Juan Pablo Sojo

Nochebuena negra



República Bolivariana de Venezuela
Fundación Editorial
el perro y la rana

COLECCIÓN
Páginas Venezolanas



Nochebuena negra





República Bolivariana de Venezuela
Fundación Editorial
el perro y la rana

1ra edición digital, 2016
Centro Simón Bolívar.
Torre Norte, piso 21, El Silencio.
Caracas - Venezuela, 1010
Teléfonos: (0212) 7688300 - 7688399

Correos electrónicos
atencionalescritorfepr@gmail.com
comunicacionesperroyrana@gmail.com

Páginas web
www.elperroylarana.gob.ve
www.mincultura.gob.ve

Redes sociales
Facebook: Editorial perro rana
Twitter: @perroyranalibro

Diseño de portada:
Armando Rodríguez

Edición al cuidado de:
Germán Ramírez
Alejandro Silva

Hecho el Depósito de Ley
Depósito legal lf 40220108004512
ISBN 978-980-14-1459-9





Nochebuena negra

Juan Pablo Sojo

COLECCIÓN
Páginas Venezolanas

c o l e c c i ó n *Páginas Venezolanas*

La narrativa es el canto que define un universo de imaginarios, sucesos e historias. Esta colección celebra a través de sus series y formatos las páginas que concentran tinta viva como savia de nuestra tierra, esa feria de luces que define el camino de un pueblo entero y sus orígenes, su forma de ser y estar. Las lectoras y lectores podrán acercarse a publicaciones de esta colección en formatos libres para el disfrute del extenso imaginario artístico de nuestra patria.

La serie Clásicos abarca las obras que por su fuerza y significación, que trasciende al tiempo, se han convertido en referentes esenciales de la narrativa venezolana.

Contemporáneos reúne títulos de autoras y autores que desde las últimas décadas han girado la pluma para hacer fluir de su ingenio nuevas perspectivas y maneras de exponer sus realidades con la fórmula maravillosa de narrar.

Antologías es un espacio destinado al encuentro de voces que unidas abren caminos al goce y la crítica.

Prólogo

Al volver a leer la novela *Nochebuena negra* de mi extinto amigo Juan Pablo Sojo, con el objeto de escribir este exordio, sentí otra vez la turbadora emoción que se apoderó de mí cuando conocí por primera vez esta obra, hace un cuarto de siglo. Como entonces advertí que la autenticidad de esta narración opacaba sus defectos estructurales y estilísticos. Por encima del artificio literario se imponía inexorablemente la verdad de vida.

No creo que exista en nuestra literatura de carácter regional documento alguno sobre Barlovento tan veraz y rico como esta novela concluida por su autor en 1930, cuando contaba 22 años de edad. Un año antes había fallecido su padre, el maestro Juan Pablo Sojo, cuya vida modesta estuvo dedicada al ejercicio pedagógico cotidiano y al fomento del desarrollo cultural de su pueblo nativo, Curiepe, adormilado a la orilla del río del mismo nombre que fluía mansamente a través de los cacaotales y la feraz arboleda del distrito Brión, hasta llegar al mar por entre los ramajes umbríos y las raíces trabadas como pulpos de los dragos llamados ahí "sangregaos". Juan Pablo Sojo padre era médico y poeta según los imperativos del momento y solía componer música para comparsas que organizaba entre los muchachos del pueblo, como "Los Negritos". Componía

también valses, merengues, guasas y canciones románticas. Era un depositario del saber espontáneo de su pueblo. Cuidó de los estudios primarios y secundarios de su hijo, quien concurrió a su escuela como un alumno más. La pena ante esa pérdida entrañable motivó quizás la creación de *Nochebuena negra*, suerte de homenaje póstumo al padre y al maestro desaparecido.

Esta narración no responde a un plan preconcebido ni persigue una finalidad didáctica ni es obra de tesis política y, sin embargo, expone con veracidad conmovedora la realidad social, económica, psicológica de la población negra, mulata o mestiza que trabaja en una hacienda de cacao para beneficio exclusivo del hacendado. Es una toma de conciencia que no excluye ni la denuncia del explotador ni la crítica a los explotados. Pero denuncia y crítica se confunden con la materia misma de la vida descrita y sentida en carne y en inteligencia propias. Los protagonistas saltan directamente de la realidad al libro y quedan precisados desde el momento mismo de su aparición, mediante su propia actuación. Existen en ellos mismos, no como fantasía del autor, y el mérito fundamental de este consiste en meterse dentro de ellos y comprenderlos en forma casi consustancial. Forman parte de su propia realidad. Creció entre ellos; peones miserables, recogedoras de cacao sensuales, negros dominados por oscuras supersticiones y temores ancestrales, funcionarios abusivos, familiares del hacendado que "temperan" en sus posesiones, pequeños propietarios arruinados por los latifundistas, comerciantes rapaces, servidores fieles. Esa pequeña humanidad actúa con asombrosa autenticidad sin que en ningún momento se pretenda imponerle destino alguno ni calidad representativa general. Está compuesta por tipos, no por arquetipos. Viven una existencia de seres corrientes, de habitantes de lo cotidiano. Y el acento puesto en cada uno de esos personajes esbozados con precisión crea el gran coro resonante de un grupo social donde los más padecen de escasez y los menos disfrutan de bienestar, donde la pena se mezcla con el estallido orgiástico, donde la cópula y la muerte parecen dialogar incesantemente.

Uno de los méritos principales de este libro es el lenguaje. Sojo crea su despliegue metafórico con los elementos telúricos y vegetales de la fauna y la flora barloventeñas. Y en esa imaginería se confunden o se reflejan mutuamente la fruta del cacao y el sexo femenino.

Un soplo de erotismo exasperado mantiene en vilo a gran parte de los actores de esta *Nochebuena negra* y Juan Pablo Sojo no atenúa giros y expresiones que describan los encuentros sensuales en los campos, los ranchos abandonados y los rincones de las casas. Se puede decir que el sexo y la naturaleza campean en esta novela y conturban con sus manifestaciones la vida de los hombres y mujeres que laboran, cantan y bailan, celebran sus ritos, atienden a sus quehaceres y cumplen con sus obligaciones o las evaden. La sensualidad y el lirismo alientan ese lenguaje mestizo y negro, sabroso, flexible, telúrico, de Juan Pablo Sojo.

Diferentemente con lo que sucede en esa literatura folclorizante y costumbrista que se escribió en América Latina y que aún practican algunos, en este caso la leyenda, el mito, el cuento popular, el canto, la copla, la ceremonia, es decir, el acervo de cultura popular tradicional, queda integrado al conjunto y a la realidad psicológica del grupo social descrito. Diré más, es uno de sus elementos constitutivos, una de las partes del todo. Las escenas folclóricas no están yuxtapuestas. Son la vida misma. Y la voz de los tambores gravita sobre la gente como el rumor persistente del río, los chirridos de los grillos, el paso del viento por los cacahuales y el grito distante de los animales.

El argumento importa poco y los amores de la blanca Consuelo, sobrina del dueño de la hacienda, con Pedro Marasma, hijo del mayordomo negro, mulato culto que regresa al terruño con un concepto diferente de la vida, no determinan en ningún momento la acción ni la acaparan. Se trata de un rasgo más, integrado al conjunto. Por lo demás, posible, casi seguramente vivido. Pedro Marasma tampoco es el personaje símbolo, la antítesis, el civilizador. No pasará de ser un viajero de comercio confundido con el medio y lleno de sus propios pensamientos. En cierto modo, hombre también del montón pero con un sentir más individuado y descondicionado en lo que se refiere a la sumisión, al trabajo agrario servil, a las supersticiones.

La pequeña historia de la región, el modo como se hicieron y deshicieron las fortunas, como se mezclaron negros y blancos, vive en el recuerdo del viejo mayordomo Crisanto Marasma. Con ligeras variantes, es el mismo cuadro socioeconómico que rigió la formación de las fortunas del agro venezolano.

La acción de la novela se desenvuelve en un período preciso, de febrero a junio de 1918. El último capítulo refiere lo sucedido diez años después. Pero los personajes más viejos recuerdan otros tiempos, la década y media con que finalizó el siglo XIX. La imagen de este Barlovento es la de una región sometida por entero al régimen del latifundio, aislada del resto del país gobernado por un dictador, Juan Vicente Gómez. El autor escribirá paráfrasis, melancólico, de Gallegos: "Barlovento es la tierra de horizontes alinderados y donde la esperanza tiene límites… Aquí, el hombre anda a pie, con 50 kilos de cacao sobre el hombro y besa la tierra para morir…" Tierra, pues, de antihéroes: "Montaña azulosa perdida en el horizonte, tras el cual verdea la risueña esperanza de Caracas, el anhelo de evasión del nativo." Me atrevo a decir que uno de los rasgos más importantes de esta novela es el de haberse liberado de la intención simbolista, propia de Gallegos, y del propósito pedagógico. Es un documento de vida fidedigno que, en cierto modo, anticipa la novela despojada y testimonial de nuestro tiempo, la novela sin héroe, cruzada por seres humildes y efímeros, pasajeros en una aventura que no escogieron, habitantes desconcertados de un mundo que no acaban de comprender.

Juan Liscano

Dedico:
al Dr. Ángel Bustillo y al Dr. Jacinto Fombona Pachano,
bajo cuya égida generosa y nobles auspicios,
hoy ve la luz este querido libro,
escrito con dolor de la tierra.

A Juan Liscano,
el poeta y compañero fraterno.

A la memoria de mi padre, muerto en el año de 1929

I
Cuando Luis Pantoja llegó

Cuando Luis Pantoja llegó como administrador de las haciendas, todos, desde el último peón hasta el mayordomo, lo fueron mirando uno a uno, disimuladamente primero, y luego, alentados por el aspecto físico menguado del nuevo jefe, comenzaron a comentar con bastante descaro su "poca lámina" para mandar allí, a más de su factible ignorancia de cómo se deschuponaba una mata siquiera… Pero como se trataba del sobrino de don Gisberto, dueño de toda aquella inmensa posesión de Pozo Frío; el amo absoluto, bueno pero inflexible con ellos; bueno, porque les daba trabajo, y absoluto e inflexible porque aún estando tan lejos, en Caracas, tenía poder para estar enterado minuciosamente de la vida de cada uno de sus peones y alcance para castigar sin perdonar casi nunca, eso solo bastaba para dar suficiente autoridad a su sobrino.

Crisanto, el mayordomo, ahogaba en compañía de su hija Deogracia, la indignación que le causaba el tener que obedecer órdenes de un patiquincito como aquél. Sobre todo la irrisión a que veía expuesta su experiencia; sesenta y pico de años de brega entre ahilados y fincas, dirigiendo peones y fundando arboledas. Todas aquellas siembras, cuyas tres cuartas partes eran obra íntegra de

sus brazos, desvelos y conocimientos. Todos aquellos años de rudo trabajo que le hacían acreedor al cargo de administrador, como siempre se lo ofrecía don Gisberto Sarabia, su compadre. Pero don Gisberto, como todos los amos, era injusto y sordo a la razón. Hacía lo que le venía en gana con su finca, favoreciendo a los suyos y olvidando bien pronto a aquellos infelices que desinteresadamente trabajaron por mejorar sus tierras, haciéndole disfrutar de abundantes cosechas que aumentaron su cuantiosa fortuna. Y solo por los cuidados de Crisanto, la posesión seguía marchando y produciendo, sin saber ahora si aquel nuevo señor lo iría a tener como trasto viejo, del que se echa mano por pura necesidad.

* * *

Días después de su arribo a Pozo Frío, Luis se encontraba en plenas funciones administrativas. Había mandado reparar la casona que servía de oficina; había hecho instalar un teléfono y pintar todo aquello, haciéndole más confortable a sus propias exigencias de ser civilizado. Ahora sí podían venirse tía y primas a pasarse sus temporadas en Barlovento; no se irían tan amargadas por los zancudos y con el terrible temor al paludismo. Aunque la verdad, hasta ahora no veía plagas por ninguna parte. Además, que nunca sufrieron la tía Marta ni Mariucha ni Consuelo de calenturas que pudieran achacar los médicos a brotes palúdicos… pero ellas eran así. Otras personas que habían venido a la región, se quejaban… de lo que se quejaban otros a quienes había contado la misma historia. Y por eso repetían el estribillo cada vez en cada año. Ahora habían hecho resguardar con tela metálica los corredores y demás habitaciones de la casa.

Mientras duraron estos menesteres de instalación, no se había metido con los peones ni con el mayordomo. Dejaba a este último en sus libres funciones. Bien había notado la natural reacción de los campesinos ante su pobre aspecto físico, acostumbrados como estaban ellos a ser mandados por aquel buenote de Crisanto, que los atemorizaba con su vozarrón y sus fuertes músculos. Ya ellos comprenderían que para mandar no se necesita de un cuerpo hercúleo como el de Crisanto Marasma, sencillote y con visos de guapo, a quien su tío tanto le recomendara. Además, con él iría aprendiendo aquel nuevo oficio de administrador de hacienda. Y no debía

extrañarle, mientras tanto, aquella actitud ostensible de los hombres por su aspecto exterior.

Pero luego de terminarse los trabajos de mejoramiento, se enfrentó a los acontecimientos, iniciándose con una inspección a caballo de toda la posesión, incluso tierras aluvionales que aprovechaban los agricultores para resiembros y demás sementeras, así como varias casas diseminadas en los "sitios"; parajes que tenían por nombre: "La Cumaca", "Guanasnal", "Subibaja"… casas que lucían sus encalados y zócalos abigarrados bajo las sombras acariciantes de árboles frutales, rodeadas de empalizadas que parecían enormes cestones cubiertos de encendidas trinitarias, que proyectaban sus ramas florecidas sobre las barrancas ocres y traicioneras, dulcemente socavadas por las aguas del río Tuy.

Cuando trataba de apearse de la bestia para ver bien de cerca los oscuros callejones de árboles, en los que era imposible penetrar montado, lo alertaban las voces del mayordomo y de los tres peones de su escolta:

—¡Cuidado…! ¡No se atreva!

—¿Por qué?

—Jiede mucho a macagua —le contestaban; y los peones se adelantaban abriendo con sus machetes el camino obstruido de bejucos de cundeamor y guaritoto. A él no le olía sino a tabaco fuerte: el que fumaba Crisanto en su cachimbo y mascaban los otros, lanzando negros escupitajos al monte. Después se dio cuenta del sabio consejo de los peones.

Por su cuenta y por lo que le decía Crisanto, el estado de las haciendas no podía ser mejor. Los árboles cacaoteros gozaban de salud envidiable, prometiendo buena cosecha. Así lo escribió detalladamente al viejo. Ahora le quedaba por llenar otra parte de su cargo administrativo. Esto era, establecer el orden disciplinario del trabajo, imponiendo así mismo el peso de su autoridad. Pero no lo conceptuaba como una arbitrariedad de su parte. Había que pensar que aquella gente iba al trabajo sin orden, presentándose desorganizadamente a la faena, cada cual haciendo lo suyo, con un criterio personal desligado de la unidad general del trabajo. Esto causaba demoras en las tareas. Si eran las talas, no servían sino para lucimiento de algunos cuantos habilidosos de la paguara, que menos anémicos que los otros, se anotaban en haber quince o veinte

"ventanas", medida con que denominan los peones metro y medio de montes rasados, distancia equivalente entre una y otra mata. Cargaban así mismo taparitas de caña o botellas de "contra", con las que a fin de templar el ánimo y "cerrarse" contra la acechanza de las serpientes, terminaban por emborracharse y ponerse charlatanes y pendencieros. En suma, todo iba en detrimento de la posesión, porque una tala mal hecha como un fruto mal cogido, traían consecuencias funestas a los intereses. Ya sabía él que don Gisberto era contrario a este modo de ver el problema, pero no le importaba; allí mandaba él. Todas aquellas costumbres si no dejaban de ser del todo, desaparecerían en gran parte; costumbres de las que era el único culpable el mismo tío, pues se le había ocurrido dejar tanto tiempo la posesión en manos del viejo Marasma, que sería todo lo bueno que se quiera, pero solo un juguete en manos de sus paisanos y cofrades. En adelante cambiarían las cosas…

Así discurría Luis Pantoja, el nuevo administrador. Y tuvo su primera entrevista con Crisanto, el mayordomo.

***

Se debió al asunto de la "costumbre" en el trabajo. Los peones al dejar la brega, sudorosos y cansados, íbanse tranquilamente a sus ranchos, sin pasar por la oficina, excepto los sábados, día de paga. Esa costumbre establecida de pagar por valor de "ventanas" sacadas al día a razón de a real, le parecía harto ilógica. Era muy justo que se pagase de acuerdo con las fluctuaciones del valor del fruto, y la manera más práctica de terminar con ese acervo de rutinas, sería estableciendo un tipo de jornal fijo. Al efecto, en el silencio y soledad de su escritorio hizo cálculos y numeraciones. Allí, a la luz de querosene de una antigua lámpara, vieja como la casa, puso en limpio definitivamente cuatro tipos de jornales fijos.

Terminado el proyecto, llamó a Crisanto.

—Viejo, he resuelto seguirme de hoy en adelante por este sistema de pagos… —y de seguida le leyó el asunto. Crisanto sintió que las alas del corazón se le caían; no por él, sino por los otros.

—¿Cómo es eso, señor Pantoja…? ¿Ganar tan poco? —se atrevió a objetar.

—Así como lo escucha, viejo…

Crisanto se quedó mudo.

—Tal como está escrito en este papel —continuó Luis Pantoja—, su sueldo en cambio, seguirá lo mismo, salvo que… la depreciación, si sigue como va, ¿usted comprende?

Crisanto no comprendía nada. Así debía ser, como él decía; pero qué caramba, los otros… ganarían tan poco, trabajando como trabajaban… Y este pensamiento se apoderó de él.

El viejo está muy viejo, muchachones…

Caminaba con la cabeza gacha. Un poco más allá, su casa, entre la sombra de árboles frutales.

—Paulo… y Vivianito… y Reyes… ¿Qué harán ahora?

Seguía pensando sin ver el camino.

Deogracia le alcanzó. Crisanto sonrió a la hija con dulzura. A pesar de la risa ancha, apretada de piedras blancas que parecían recogidas del río, ella notó la sombra de una preocupación.

—No seas sonsa, m' hija —díjole, limpiando con mano suave de ternura, endurecida de callos, sus ojos húmedos.

De pronto la voz de Emeterio:

—Viejo, ¡espéreme un momento!

Era el caporal de las haciendas. Muchacho muy querido de él, a quien sabía enamorado de su hija.

—Viejo —continuó atropelladamente— vengo a decirle lo último que acaba de ofrecé ese patiquín pa' usté…

—¿Qué dijo? —interrumpió Deogracia encorajinada.

—Casi ná, afigúrese…

Pero Crisanto hizo un ademán a su hija de que siguiera para la casa. Aquello era asunto de hombres.

Quedaron solos. Emeterio contó entonces cuantas palabras y amenazas no pudo decir "verbo a verbo" Luis Pantoja frente al mayordomo, si este se oponía a sus órdenes.

—No hombre, regüélvase y dele a comprendé con quién ta bailando, pa' que no sea grosero.

Con gran extrañeza de Emeterio, Crisanto calló. Le puso una mano sobre el hombro, y luego de palmearlo, siguió como iba, con la cabeza gacha…

* * *

Pero allí rugió, dijo y manoteó hacia la oficina. Verraqueaba, entre paseo y paseo en medio del cuarto. Y en los oídos de Deogracia, caían palabras sueltas, amenazadoras, terribles…

—¡…Amenazarlo a él!… ¿Pegarle…? ¡Juhm! ¡Cuidado, Luisito! ¡Cuidao, carajo!

Después dio un golpe en la puerta. Deogracia se asomó a ver qué era y se asustó de mirar a su padre con una cara ensombrecida, mientras de su boca corría una letanía de palabras sordas. Se encaminaba a la oficina. Lo que había en la cabeza de su padre no era nada bueno.

—¡Jesús, Dios mío! Aquí va a pasar algo…! ¡Virgen del Socorro…! ¡Ay…! ¡Líbranos de la mala hora!

Echó a correr tras Crisanto. Pero este entraba ya a los corredores de la oficina. Los peones, doblados cosiendo sacos, palidecieron al verlo y trataron de hacerse los desentendidos. Conocían demasiado a Crisanto Marasma, hombre a quien no se insultaba así nada más: "Ya va a saber a qué sabe la 'piña' del viejo!", comentaban.

Luis Pantoja, distraído en su escritorio, escribía y daba órdenes. No aparentó sorpresa cuando vio a Crisanto. Reparando en él, sonrió con naturalidad para decirle:

—¡Hola, viejo! ¡Qué casualidad! Llamaba a Emeterio ahora rato para enviar por usted… disculpe que no le haya explicado bien nuestro asunto… pero venga acá, lo necesito urgentemente…

Crisanto sintió como si le hubiesen echado una gran lata de agua fría en el alma. Por lástima no le gritaba a aquel patiquincito unas cuantas palabras hirientes y gruesas como guaratаras.

—Póngame atención, viejo —continuó el administrador. Su voz era segura, cariñosa; muy lejos de estar asustado. El mayordomo se arrimó al escritorio sin hablar. Pantoja comprendía muy bien que el mayordomo no las tenía todas consigo; que algo le había soplado aquel Emeterio, a quien sin saber por qué, instintivamente, odiaba. Sonreía indiferente a las miradas agresivas de los peones. Y pensaba: "¡Ese Emeterio, ya verá como me las paga todas….!" Crisanto miraba con azoro aquellos mismos ojos que lo acusaban a él, que lo acusaban de cobarde. Y sintió odio, y hasta desprecio por sí mismo. No

podía nada contra aquel hombre que podía partir de un revés. De pensarlo, le parecía un sacrilegio… Sin embargo, "¡él era un hombre!" "¡Será pa' otra oportunidad…! ¡Entonces…! ¡Entonces sí!"

Ahora escuchaba lo que el sobrino de su compadre trataba de explicarle:

—Mire viejo, no hay razones de alarmarse, antes al contrario, mucho me place que sea usted y no otro, en quien se pueda confiar absolutamente… ¿Todo lo que le hayan dicho? ¡Bah! Ya se olvidó entre nosotros. A usted lo considero yo como de la familia… Su compadre, mi tío Gisberto, me habló cuántas veces de usted, Crisanto…

El mayordomo sonrió inconscientemente. Su emoción era visible. Pantoja le rogó sentarse junto a él, y lo hizo complacido. Pantoja hablaba, metida una mano bajo la tapa del escritorio, acariciando la culata de su revólver… Su lenguaje, empero, se hacía agradable, insinuante, a los oídos del viejo, terminando con algunos chistes oportunos…

Crisanto soltó su risotada espontánea:

—¡Caray, don Luis! ¡Usté no le peló la pinta al compae, en lo cabecino!

Esto esperaba el aludido, que dispuso:

—Hagan el favor de dejarnos solos…

Los hombres desocuparon, rezongando, el salón. Emeterio lanzó afuera un salivazo carraspeado contra el piso. Sus compañeros comentaban el enconchamiento del viejo Marasma, y Emeterio, más triste que ninguno, fue a sentarse lejos, retirado de los demás.

* * *

—…y mire, Crisanto, esa situación de que le habló don Gisberto en su carta, como acaba usted de contarme, se agrava por momentos. Los mercados mundiales son copados por frutos inferiores de más bajo precio, como los cacaos del Brasil y África, dejando un margen reducido al producto venezolano, superior a todos los de su especie y, por consiguiente, cotizable a más altos precios. Usted verá que los dueños de hacienda en general, se ven obligados por necesidad a reducir el valor del jornal, a modificar los métodos de producción para aprovechar debidamente las cosechas…

Pantoja siguió hablando de ese problema que Crisanto no entendía pero que no dejaba de preocuparlo.

—De tal suerte que para evitar esa reacción de descontento entre los peones, pondremos una bodega de suministros en la posesión. En ella se surtirán todos, sin necesidad de ir hasta El Clavo, como es costumbre todas las semanas. Por otro lado, los precios serán iguales a los del pueblo, y además, gracias a usted, le subiré un real más a cada salario. Ya le digo que…

Crisanto solo había entendido lo de la bodega. Y pensaba en el hombre necesario y competente para tal negocio. Mientras Luis hablaba, él pensaba. De pronto interrumpió la conversación:

—¡Ya está el hombre, don Luis…! ¡Con José Trinidad tenemos pa' el caso!

—Usted lo ha dicho.

—¡Se lo aseguro! Es cabecino pa' los números y una vez, por el año 12, tuvo su buena pulpería en "Los Coloraos". José Trinidad nos conoce a todos. No hay "sitios" adonde él no haya estao manque sea como "pala" en desafíos de pelota.

—No tenemos más que hablar, viejo Crisanto. Lo autorizo para que se entienda con él. Luego me avisa.

Cuando el mayordomo salió de la entrevista con Luis Pantoja, los hombres en el corredor callaron. Un profundo silencio siguió sus pasos. Solo Emeterio exclamó sordamente, con tristeza:

—El viejo está muy viejo ya, muchachones…

Tolole

Las miradas despectivas, los rezongos, los cantos indirectos, todo ahora conspiraba contra él y lo hundía en vacilaciones solitarias. Inútil su afán de querer explicar. Lo dejaban con la palabra en la boca. No era comprensión, caballerosidad y obediencia dentro de su carácter de simple empleado bajo las órdenes de Luis Pantoja; era "miedo" al blanco, según ellos. Nadie quería entender esto y comentaban a su manera y criterio.

Emeterio, enamorado desesperadamente de su hija, le guardaba las consideraciones, pero con cierta frialdad que denunciaba su desilusión. Solo su hija se le mostraba ahora más cariñosa.

Y Emeterio, por su parte, se preguntaba por qué Luis Pantoja, después de vociferar delante de ellos en la oficina y decir que "hasta

Crisanto Marasma chuparía si se atravesaba en su camino", que "allá el único que mandaba era él, y que no seguiría consejos de nadie"; también que "ya le habían contado las averías del mayordomo, pero que él era tan macho como el que más…", en seguida, después de que se lo avisó al viejo, lo recibió como una seda, tratándolo como a una señorita… Y para colmo, Crisanto se dejó marear, conviniendo en todo y tan reído que parecía más bien que entre ambos existiera, desde días atrás, un entripado contra ellos. Pero no. Aquello no era traición. Podía jurarlo con un liniero al cuello, pues conocía la pureza de aquel viejo. Allí solo había la viveza del blanco, manejando su lenguaje fino como lo manejaba, y otra cosa… Sí. Allí estaba Deogracia por medio. Eso era la otra cosa: ¡Deogracia…! Bastante se venía fijando cómo miraba a Deogracia, "picándole" los ojos, haciéndole miles de musarañas; mientras ella, seria al principio, ahora sonreía siempre. Y el atrevimiento de Pantoja había llegado hasta hablarle al oído y agarrarle las manos… En tanto que para él se mostraba más esquiva; le torcía la mirada; era muda a sus preguntas; despreciaba sus regalos… Pero aquello no debía seguir así sin que él hiciera algo por apartarla de la acechanza de aquel hombre. Era ella una pobre muchacha criada en el campo, como todos ellos. El viejo debía saber qué era lo que estaba pasando con su hija…

Y Emeterio le contó al viejo Marasma todo lo que creía saber del asunto.

El viejo abrió los ojos a toda órbita. Sus dientes rechinaron y dejó escapar con un suspiro aquella súbita oleada que quería reventarle el pecho. Pero solo dijo, pateando la tierra:

—¡Maldito sea!

Emeterio no le vio hacer otra manifestación de ira, como lo esperaba. El viejo bajó la cabeza y haciendo un gesto con los hombros, siguió su camino murmurando en voz baja. Emeterio se quedó como quien ve visiones. ¿Hasta tan bajo había llegado Crisanto Marasma…?

* * *

Aquello que acababa de saber de su hija era tan rudo, que se sentía con los pies en un abismo. Luis Pantoja no podía enamorarla con buenos fines. Mas debía llamarla a ella, antes de tomar alguna

resolución violenta, que bastante se conocía. Debía observar las cosas con calma y tener cautela para proceder, pues lo contenía que Luis era de la misma sangre y de la misma carne que su compadre, aquel Gisberto Sarabia que los protegía a todos.

¡Solo esto lo detenía, de lo contrario, ya hubiera visto aquel blanquito con quién se había metido!

Y la risa nerviosa del viejo mayordomo floreció como una parásita en su rostro moreno, mientras la mirada se le perdía a través del verde follaje de los cacaotales.

* * *

Esa noche en su hamaca, monologaba sin saber qué pensar finalmente. Lo que sabía era que don Luis enamoraba a su hija, con la ventaja de tenerla en la misma casa, pues ella hacía los menesteres de barrido y atención a la mesa ayudando a Regana y a la otra vieja Asunsa en los demás oficios de la cocina. Y todo se presentaba así, de rotabatía, que no le dejaba tiempo a tomar una determinación… ¡Nada! Que Luis Pantoja se imaginaba que su muchacha era una peoncita cualquiera, sin saber los vínculos, el sacramento que existía entre él, doña Marta y don Gisberto, sus compadres. No lo sabía y lo iba a saber bien pronto. Contimás que Deogracia estaba muy pichona todavía, y a él francamente, no le gustaba nunca mirar a los hombres arrochelados por allí, ojeándola… Porque, si era buenamoza, no era ninguna recogedora. Para eso se sacrificaba él; para dejarle tanto a ella como a Pedro, su hijo, un nombre y unas cuatro matas; para que fueran dignos y respetados, como lo fue él toda su vida… ¡Ella debía casarse bien casada…! Y él tenía…, tenía que…, llamarlo al orden… ¡de una vez se lo dijo; que era muy atrevido…! Cuando quiso contestarle algo, lo haló por el hombro… ¡le dio un cogotazo…! Lo tiró al suelo, y luego lo arrastró llorando, suplicando a todos los peones, que más bien se alegraban de ver al blanco humillado… Y como un saco a medio llenar, lo tiró al Tuy…

Pero se despertó Crisanto. ¡Era solo un sueño! Mas, ¿quién aseguraba que no pudiera suceder el día menos pensado? ¿No sería aquel sueño una revelación de lo que iba a pasar entre él y el administrador? —¡Juhm, carajo! —dijo soñoliento el viejo, dando media vuelta en la hamaca y comenzando a roncar profundamente.

***

Al día siguiente el almacén, largo y poco iluminado por las pequeñas ventanas que absorbían aire y sol de las haciendas, mostraba actividad silenciosa y febril.

Luis Pantoja paseaba en todas direcciones, deteniéndose en instantes frente a cualquiera de las puertas de que constaba el recinto, monologando, imprecando y amenazando. Se aburría de todo. Aquella calma del medio lo amodorraba; no estaba aún acostumbrado a aquel género de vida tan rutinaria, un hombre como él que toda su existencia la había pasado en juergas tronitosas. Pero había que alegrar la cosa con algo. Haciendo el amor a las mujeres, bebiendo, insultando a los campesinos…

Doblados los peones, trabajando con la aguja y el acarreto, reían, chanceaban, pero sin palabras gruesas. Lo tenían prohibido. Algunas veces Lino Bembetoyo reía más duro que todos juntos y aflojaba alguna que otra de su repertorio. Pero se cortaba enseguida. Viendo que don Luis volvía la cabeza y exclamaba: “¡Mire Lino, van ya tres veces que repite usted sus insolencias!” Bembetoyo se callaba. No reía más, hasta pasado otro rato; pero era incorregible. El mismo don Luis llegó a reírse oyéndolo cómo se ingeniaba para hacer de sus dicharachos palabras decentes. Mas, si llegó a reírse, ellos no fueron más allá de aquello. No era conveniente dejarse ver las cartas. Imprecaba y gesticulaba para impresionarlos. De alguna manera tenía que contrarrestar su pobreza física; pero comprendía que todos eran gentes ingenuas, “pobres negros” de Barlovento. Solo por bien de ellos mismos y de los intereses, representaba la farsa. En cambio, no podía tolerar la actitud insolente y altiva de Emeterio, que parecía vivir espiando sus pasos… sus ojos escondían algo malsano. El mismo encogimiento cuando hablaba, era forzado e hipócrita; sus “sí señor don Lui”, sin la “s”, dejaban en sus oídos la zozobra de una amenaza sigilosa y reprimida. Por eso lo odiaba instintivamente, salvándolo solo las recomendaciones que de él le hizo su tío, para no despedirlo más pronto. Porque también parecía celar a la hija de Crisanto, mujercita deliciosa reservada únicamente para un hombre civilizado y culto como él, que sabría apreciarla mejor que cualquier bruto como aquel Emeterio. ¡Aquellos dieciséis años apretujados de senos duros, boca roja y fresca como el merey y ojos

negros y rasgados, eran todo un poema campesino…! "Ese pazguato me sigue como mi sombra", le había contado la muchacha, fastidiada de las importuneces de Emeterio. Y al pensar en ella, miraba además sus piernas firmes; adivinaba su sexo intacto, escondido apenas en el nacimiento del vientre… y soñaba con ella desnuda. Una Venus trigueña, olorosa a arrendajos y a jazmineros de hacienda. Carnes apretadas y ardientes, pero aventura un poco difícil: ¡era ahijada de su tía Marta!, esto lo supo por ella misma. ¡Y había que conocer a aquella vieja; los consejos que le dio; los escapularios, las recomendaciones más santas que le hizo! Tenía, primero que todo, que alejar al intruso campesino. Debía escarmentarlo de alguna manera, sin levantar sospechas. Así se vengaría de su acechanza.

La tarde llegaba con sus vaharadas cálidas, sus mil píos entre los árboles. El rumor lejano y ronco de las aguas del río, se mezclaba al ruido sordo y vasto de las hojas, que en las haciendas, eran como un mar inmenso y calmo.

Los peones dejaron el trabajo y fuéronse a sus ranchos, cantando y riendo. El alma de los negros es como el alma de las fuentes cantarinas, clara y bullidora.

Después de cerrar el almacén, Luis Pantoja se dio cuenta de que estaba absolutamente solo, sin ningún rezagado por allí que lo espiara. Atravesó el patio y llegó a la cocina. La negra Regana, afable y complacida, diole un sorbo de café. La abuela de Emeterio, Asunsa, estaba por fuera, ocupada en algo. Deogracia molía el maíz sobre la piedra. Luis le hizo una seña, y ella secándose una mano en el delantal, mostrósele abierta, indicándole que "más lueguito". Regana no vio nada. Soplaba como un fuelle el fogón, cuya viva luz le encendía la cara con relieves fantásticos. Don Luis salió aclarándose el pecho, rumbo al lado opuesto de la casa. Deogracia lo siguió poco después, con cualquier pretexto, en dirección contraria.

Se encontraron. Todo estaba silencioso, semioscuro. La noche se avecinaba aprisa. Los grillos daban su serenata al primer lucero titilante en el infinito, y en las charcas del platanal, croaban las ranas y los sapos. Don Luis se había pegado al paredón colonial. Hacia él avanzaba una mancha blancuzca, Deogracia, que caminaba lentamente, mirando aquí y allá, con el recelo de la mujer campesina… y al sentirla cerca:

—Mi amor… no tengas miedo…

La tomó de las manos húmedas de sudor, arrastrándola tiernamente hacia sí…

—Ven. Acércate a mí…

Desde las cercanas montañas llegaban las roncas voces de los araguatos, asordando el silencio que extendía sobre las vastas posesiones una quietud dulce e inmensa, que convidaba a meditar…

—Dame un besito, amor…, ¡anda!

Deogracia escondía su ardoroso rostro. Temblaba como un animal. Él, le hablaba, sujetándola por los hombros, apretándole los senos duros. Ella lo repechaba con fuerza, evitando los agarrones de sus manos ávidas sobre sus pechos. Él, aprovechándose de la noche que cerraba, dejó deslizar su mano raquítica entre el vestido de ella, contra sus piernas ardientes y macizas. Pero Deogracia le dio un empujón violento, y don Luis cayó al suelo, rabioso y maldiciente, mientras ella huía despavorida… Regana la miró llegar asustada:

—¡Muchá…! ¡Tás esmorecía! ¿Qué te pasa?

Deogracia lloraba silenciosamente, enjugándose las lágrimas.

—Y ¿por qué lloras, ah,..? ¿Qué te pasa, muchá?

—Nada… A mí no me pasa nada —y ensayó a reír, sonándose con ruido. Pero por dentro, llena de miedo y rencorosa, pensaba: "¡Ese desgraciao!" Por allá fuera, en la oscuridad del patio, bailaba la luz de un tabaco. Era un punto rojo, quizá sería el cachimbo, "el diablo".

Deogracia siguió temblorosa el zigzag de la candela, culebrilla roja torciéndose en la noche sobre el patio de la secadura… El cachimbo del diablo se apagó de pronto y una voz… ¿no conocía ella esa voz?, comenzó a cantar bajito:

¡Tololé, tololá…!
La ingratitú en la mujé
es cosa muy natural;
desprecia a quien pue queré
y ama al que le hace mal…

La voz cantaba suave. Parecía tener miedo de ser oída por alguien. Deogracia la sentía resonar en su conciencia:

Tololé, tololá…

El pecho me quiere ardé
cuando miro a mi rival;
la ingratitú en la mujé,
es cosa muy natural…

La voz se hizo noche. Los ojos y oídos de Deogracia estaban tensos a la canción de las sombras. Pero la voz de don Luis gritó por allá adentro:

—¡Asunción…! Regaaanaa…!

Fue a atenderlo Regana. Deogracia vio nuevamente cómo culebreaba el "cachimbo el diablo", que se fue empequeñeciendo, hundiéndose en la negra profundidad de la noche.

—¡Es Emeterio! —pudo exclamar finalmente, en medio de su miedo. Y por un instante desgonzó la cabeza, presa de una extraña pesadumbre.

* * *

En la mañana, por un nimio pretexto, Luis Pantoja regañaba a Emeterio. Le dijo cuanto quiso, amenazándolo además, mientras los compañeros de aquel no se explicaban por qué Emeterio no contestaba o le volaba un cabezazo al blanco. Pero Emeterio no podía hacer nada.

El administrador sabía que él los anduvo vigilando en la noche tras la oficina, y fue ella, la misma Deogracia que se lo había dicho… ¡Ella misma…! Por eso se quedaba callado. Ya no podía pensar sino en quitársela de otro modo. Que odiara al blanco y lo quisiera a él… ¡Después se vería la cara con aquel cobarde, valido de su condición de sobrino del amo!

Y Emeterio se alejó de la oficina, terciada su morocha inútil para defenderse en aquella hora mala, cantando para oírse él solo…

…la ingratitú en la mujé,
es cosa muy natural…

***

Así vino este Luis Pantoja

—¡Cónfiro! —exclamó Crisanto cuando lo supo. Acababa de recostarse en la hamaca, después de cenar y prender su cachimbo. Lino Bembetoyo, con su ancha sonrisa y su conversación llena de puntas y jocosidades, contole lo sucedido entre Emeterio y don Luis. El viejo lamentó el inconveniente, pues estimaba bastante al muchacho, y por otro lado pensaba que sus razones debió tener el administrador para violentarse, él, que nunca había procedido así, pues ya los peones hasta se chanceaban con él. Pero le extrañaba también la pasividad extraña de Emeterio, y que este nada le hubiese dicho.

—Dile a ese muchacho que venga por aquí —le encargó a Lino—, debemos evitá una desgracia, comprendes?

Lino Bembetoyo contó un chiste al respecto. Fue un día de cacería con dos compañeros más. Perseguían un venado extraño que tenía el ánima del mismo Mandinga en el cuerpo; habiendo corneado y corrido a muchos. Ni los hermanos Tocapalito, los mejores rastreadores de Barlovento, dueños de Ganga, el caserío perdido en la montaña, habían podido mancar al Caramudo. Toda una noche estuvieron en vela frente al bebedero donde suponían encontrarlo. Y, efectivamente, ya amaneciendo lo vieron salir repentinamente de un rastrojo. El animal, con toda su calma, abrevó en el agua del pozo y luego, después de rumiar la yerba, se echó tranquilamente y se quedó dormido como un niño… ¿Qué hicieron…? ¿Dispararle…? ¿Espantarlo…? Nada de esto. Sencillamente uno más valiente se le acercó y le echó la pierna. ¡El bicho era manso ‘e bola! Comenzó a trotar con su jinete y todos los demás de escolta. Así llegaron a una roza… Pero de pronto el venado dijo: “¡Fiao! ¡Fiao!”, tirando patas arriba al jinete, perdiéndose en estampía en la montaña!

—¡Mire, viejo! ¡La jedentina a azufre que nos dejó, hizo juir los perros rabo entre piernas, y a nosotros nos puso a rezá cuanto sabíamos!

—Ese era el mismo Matacán, muchacho!

—¡El diablo en persona…! Y ahora, que vale el cuento, así nos pasa con el blanco éste. No. “Es que es muy fisno y educao, y reclama con justicia…” “¡Es un santo…!” Y ya ve: lo espanta a usté y a Emeterio, y a nosotros nos tiene vajiaos…! ¡Parece que tuviéramos caligüeba…!

Lino escupió, limpiándose con el dorso de la mano.

—¡Un momento! —exclamó paternalmente Crisanto—, ten calma Lino, ten calma. A ese, déjamelo a mí. Yo arreglaré todo… Ustedes no han comprendido a don Luis todavía…

Tras el tabique, adornado con fotos de revistas, espejos y cuadros, Deogracia cantaba, echada sobre el catre. Cantaba una fulía muy triste. Los hombres se quedaron en silencio, oyéndola.

Después de un rato, Lino despidiose, ofreciendo al mayordomo ponerse al habla con Emeterio.

Deogracia comenzó entonces a cantar alegremente. Algo caldeaba su corazón y no sentía rubor de hacerlo entender, ni miedo de que el pobre viejo callara, prudente, su derrota a la conveniencia de sus años ya largos y a la confusión en distinguir si hacía bien o mal atravesándose entre el sobrino de don Gisberto y los peones… Por otro lado, Deogracia… ¡a don Luis le gustaba Deogracia! Y él no era "¡negro cogido a lazo!" Aquella muchacha era su hija. No tenía madre, porque Chencha los había abandonado, yéndose con otro. Pero él había sido, para ellos, padre y madre. Su otro hijo, Pedro, también los había abandonado. Pero algún día Pedro Marasma debía volver…, porque si él estaba viejo ya y se aprovechaban de sus canas, ya vendría Pedro, ya vendría ¿y entonces…? Por eso solo procuraba hacerlos felices. A ella, casarla con un hombre de por allí mismo, un campesino como lo eran su hermano y él. Y velaba por eso mismo, celosamente, por sus años sonrientes de mujer prometedora, de mujercita honesta como debía serlo su hija, como debía serlo la ahijada de la viuda doña Marta María Sarabia de Grünlow, hermana de don Gisberto, esposa que fue de un alemán muerto de viruela, nunca olvidado en aquel extraño apellido que a Crisanto le sonaba tan feo.

* * *

Marta María Sarabia de Grünlow era una dama fea, regañona y habladora al primer golpe de vista, al ver su nariz curvada y sus arrugas en el rostro, donde unos ojos grandes y grises mantenían un brillo y fijeza que le daban más imponencia; a fuer de que aquellos párpados afofados y aquellas ojeras de largos desvelos pasados en

la oración, denotaban los últimos fulgores otoñales. Era en cambio, tratándola, una vieja joven. Sondeando su espíritu santurrón de beata, incapaz de hacer mal a nadie; compungida por los pecados del mundo; alerta al dolor con la caridad; a socorrer, a consolar, ejerciendo todo lo que una buena cristiana debe y puede, que para ella el poder residía en meter mano al bolso inagotable y regar las manos abiertas, mendicantes y huérfanas que se le tendían a diario.

Después de la Semana Mayor, o bien por Navidad, sentía la necesidad del descanso, y sus viajes eran inagotables y ricos… Allá pasaba largas temporadas, ya con alguna de las sobrinas, Consuelo o Mariucha, o con las dos. Generalmente, Mariucha la acompañaba en sus viajes, pues Consuelo, muchacha bonita y despreocupada, criticaba descaradamente a la tía por sus largos rosarios y esa manía de vivir en constantes ejercicios de obras pías que conceptuaban hijas del fanatismo religioso. Ella era, hasta cierto punto, el dolor de cabeza de la señora. En cambio Mariucha, delgada y blanca, tenía los gestos apacibles y una suave tranquilidad en los ojos; adoraba a la tía Marta, a la iglesia, a todo lo perfumado de santidad. Era el eslabón de continuidad de la familia. Y su tía la adoraba a ella.

* * *

En Caracas vivían separados en cuanto a ubicación de sus hogares, situados en parroquias distintas. En San José, doña Marta con sus sobrinas. En la Pastora, la severa existencia de don Gisberto, a quien atendía una vieja parienta, magnificando su posición de mentor y jefe patricio de la familia Sarabia. A menudo hermana y sobrinas le visitaban.

Un día le enviaron de Puerto Cabello donde residía, a Luis Pantoja, hijo de otra hermana muerta también de viruela. Un muchacho enfermo, desgastado; carburado por las vorágines de los placeres y trasnochos. Un muchacho medio ateo, neurasténico y gangrenado de desilusión, un perdido. Así llegó. Y la tía tan conforme, tan solícita, lo había catequizado, trayéndolo poco a poco a las pragmáticas religiosas, a los trillos de la mesura, del arrepentimiento. Y el milagro se hizo. Luis había marchado a Barlovento. La tía Marta representaba un demiurgo espiritual entre Luis y Dios. ¡Había marchado

hacia plena naturaleza, a comulgar su alma con el extenso verde de las haciendas y valles risueños, donde los pulmones respiran paz…!

Así vino este Luis Pantoja, exhausto, con su neurosis y sus vicios a las inmensas posesiones de don Gisberto Sarabia.

II
Lino Bembetoyo

Lino Bembetoyo era un negro alto y joven. Chacharero y audaz. Reía por cualquier motivo. Su sonrisa era dulce como maíz tierno para las mujeres. Como decimista, solo reconocía un rival en los velorios de mayo, al zambo José Trinidad, la mejor "bolea" barloventeña. Lo llamaban Bembetoyo por eso; su labio se había deformado a fuerza de reír desde chiquito… También "totumeaba" con las hierbas; sabía conseguir una mujer y darle un ensalme a un "picao". Conocía la oración de Cristo Paz, con la que desaparecía en cualquier culo 'e palo. Era faculto en el arte; pero solo reconocía a José Trinidad el zambo araminero, que sabía "poner" una macagua y secar un conuco… Tocando "culepuya" y con el "pujao" entre las piernas, podía bailar y también tocar, como hacían los hermanos Tocapalito de Ganga Arriba. Pero eso sí, para él la mujer era un pasatiempo… Las enamoraba y las usaba sobre cualquier cepa de hojas de plátano…

—Emeterio es muy zoquete… Enamorarse de esa muchacha que ta enfatuá con "don Lui…", cuando hay tantas que uno pue zumbase…

Lino reía y hablaba, siguiendo el camino que lo llevaba a encontrarse con Emeterio.

—¡Oéeeeeeejeeee…!

Un grito llegó a sus oídos a través de las húmedas hojas de la hacienda, desde un alto poco distante. Era Emeterio. Lino contestó:

—¡Emeteeerioooo! Espérameee hayyy óooo!

Se reunieron. Hablaron.

—Ese administrador ta en salsa conmigo, compae…

—Ven acá, Emeterio… déjale que guaralée pero no te violentes. Si él es fuñío, lo amansamos… y a ella, ¡te la consigo yo!

Emeterio sintió una corazonada. Era lo que él verdaderamente deseaba. Sus ojos se iluminaron con la espléndida luz del sol avivando la verde sinfonía del paisaje, sobre el que un cielo límpido, salpicado de blancas nubes fugitivas, adormecía con susurros norteños las melenas de los árboles. En la hondonada gritaba un coro de gallinetas. Un "enfinteadoro", modulaba su flauta entre los guamos, y en lo alto de un grueso bucare el carpintero con su pañuelo rojo picoteaba el árbol repicando el láure de un futuro tambor.

Emeterio siguió oyendo a Lino:

—Mira, tú coges nueve hojas de curia morá; un jeme de bejuco 'el diablo y tres hojas de sambito. Todo eso lo echas en una botella, le agregas un mediecito limpio, tres goteritas de azogue y medio de precipitao rojo, llenándolo de extracto de "ilusión", legítimo… esa botella la entierras en la pata de una mata 'e rosa. Luego te consigues una hebra 'e pelo de ella y te la amarras ahí… Por nueve días seguidos, orinas al amanecer en la pata de la mata, procurando que no se caiga la hebra… Después, desentierras la botella y entierras la hebra 'e pelo allí mismo y comienzas a usar el olor en el pañuelo. ¡Mira Emeterio, si no la consigues, me tiro al Tuy cuando esté crecío, de cabeza!

Y se reía con satisfacción. Su risa, dulce para las mujeres, comunicó entusiasmo al muchacho de la costa, que creía ciegamente en el poder del maleficio.

—¡Emeterio, te aseguro por el Niño Jesús de Curiepe, que harás de ella lo que quieras…! ¡será esclava tuya!

El cuitado descubrió su cabeza maquinalmente: El Divino Niño de Curiepe, adorado en toda la costa barloventeña, obraba milagros difíciles y era su gran devoción. Quedó en silencio y rezó:

"¡Niño Jesús bendito! Si me ayudas…!, si yo consigo a Deogracia…, ¡te ofrezco bailá en junio los tres días seguíos de tambor, sin parar…! ¡Y te ofrezco perdonar a uno de mis enemigos, el coronel, vendiéndole el "canagüey", que hace tiempo me jocha tras ese gallo, y su valor comprarlo en velas para tu santo Altar!"

Lino se puso por primera vez serio ante su buena acción. Emeterio sonreía en cambio y Lino continuó:

—¡Ese blanquito es azariento; pero a mí me llaman "amansa guapo…!" ¡Déjalo guaraliá!

Porque el sobrino del amo quería doblegarlos, humillándolos como campesinos que eran. Era un blanco flaco y débil, pero en sus ojos había fulgor de fogones mal apagados… Bebía bárbaramente, de todo. Y ponía carácter para mandar, además, gozaba de influencia en la política. El coronel Aristimuño vivía visitándolo, y los domingos él le retribuía sus visitas con viajes expresos a El Clavo. Esta amistad del administrador con la primera autoridad del municipio, metía mucho miedo entre los poceños.

Su aparente debilidad era una máscara, aquello que llamaban los muchachos recién llegados de Caracas: "educación…"; una máscara de civilización igual, quizás, a la que ellos conocían en Má Marta, como llamaban todos a la hermana del amo, y en las niñas Sarabia. Allí el ejemplo…

Pero tal vez no fuera tan malo… "Quién quitaba que al fin y al cabo se quedara definitivamente en Barlovento, como el doctor Goyo y otros blancos que se habían quedado y hoy eran agricultores, amigos y compadres de todos ellos…"

Y Lino y Emeterio, pensando en estas posibilidades; dándole una larga al tiempo, sintieron que el odio se desvanecía un poco en sus corazones igual que las nubes se borraban sobre el toldo rojo de los bucares, contra el cielo de azul incomprensible.

* * *

¡Risa, brujería y amor sobre las cepas!

Deogracia se sentía enferma, triste. De noche le daban fiebres. Sufría delirios y veía bailar la candela del tabaco, el cachimbo del diablo, al son del tololé… Luego miraba en sus sueños a Emeterio cantando, mientras el administrador bailaba, acariciándose el

sexo… Deogracia lanzaba gritos, revolviéndose consumida en fiebre. Crisanto recurrió al médico, el doctor español que vivía en El Clavo desde hacía años, y que además era uno de los mayores hacendados de las márgenes del Tuy.

Resolvió llamarlo porque su compadre José Trinidad bajaba ese día al puerto de Paparo, para recibir el cargamento de mercancías y víveres de la pulpería, cuyas armaduras estaban terminadas. Y él hubiera salvado a su hija con sus ensalmes. Pero José Trinidad mismo le aconsejó llamar al doctor, pues la enfermedad la "ensalmaría desde lejos". Vino el médico y hacendado, de quien fue mayordomo José Trinidad y buen amigo de Crisanto. Recetó a Deogracia, su hija, y luego de inyectarla regresó al pueblo dejándola mejorada. Tres días después se levantaba.

Durante esos tres días, Emeterio no abandonaba la cabecera de su cama. Crisanto le aconsejó mucho, asegurándole que aquel señorito Sarabia sería mejor con ellos cuando los tratara más tiempo. Pero el muchacho no puso mucho cuidado a los consejos; él estaba en su idea y al fin pudo aprovechar en un descuido del viejo y de su abuela Asunsa, que la atendía en su enfermedad, para arrancarle a la muchacha una hebra de pelo mientras se debatía presa del delirio… Fue un momento al monte, y lo hizo como le aconsejó Lino. ¡Ahora, aquella mujer sería suya…! ¡Sería para él solo…! Nada importaba que la fiebre huyera de su cuerpo. Su pensamiento quedaba enredado con los de él, para siempre. ¡Para él solo, en cuerpo y alma!

Ya libre Deogracia de la amenaza de la enfermedad, Crisanto fue a dar gracias al médico y a preguntarle cuánto le debía.

—¡No, no, no! —decía aquél—; no me debes nada, chico…! ¡Todo está abonado ya!

—¿Por quién? —preguntaba Crisanto desconcertado.

—¿Por quién? —respondía el médico riendo a todo trapo—; ¿por quién va a ser, alma de Dios…? ¿No sabes que todo se lo debo a tu compadre Gisberto?, y que cuanto necesitan de mí los suyos, es como si se tratara de mi propia familia?

El viejo Marasma guardó silencio, con los ojos humedecidos de gratitud por don Gisberto y por el médico. Aquel español, ciertamente le debía cuanto era y cuanto tenía en Barlovento a su compadre, el amo de aquellas tierras, porque el doctor Goyo llegó

allí pobre y desconocido. Solo una buena alma como don Gisberto, pudo distinguirlo y protegerlo…

Pero en la noche, cuado Crisanto contó a su hija el incidente, en la mente de la muchacha apareció la figura de Luis Pantoja, entendiéndose secretamente con el médico.

* * *

En la mañana siguiente, mientras las mujeres vaciaban cacao en baba en los alijos que lo bajarían hacia el paso, Crisanto contó a Lino, Emeterio y a cuantos pudieron escucharlo, la noble acción del doctor Goyo… Un indio retaco, fornido, que sacaba filo en el mollejón, escuchaba la historia y sonrió. Lino se fijó en su risa. El indio era algo capachero; tenía pocos días en Pozo Frío y era casi un extraño. Había sido caporal en una hacienda del médico, y él solo sabía de qué se estaba riendo. De la hacienda se vino huido, después de cruzar el Tuy a nado y aparecerse en el rancho de Lino. Se llamaba Guaraco y era hermano de Juana, la mujer de él. Por allí anduvo la "Comisión", pero en cuatro días no lo hallaron. Él supo muy bien esconder al cuñado en su rancho; mas no le toleraba su risa… Allí no había más risas que la de él, Lino Bembetoyo, que sabía hacer reír a las mujeres y bregar a Altagracia, la nueva recogedora, que estaba allí con su mamá.

El viejo contaba, haciendo rayas en el suelo grumoso por cada canasto de cacao vaciado y el indio Guaraco enseñaba su dentadura picada… Lino no veía con quién se reía. Pero Guaraco había sido caporal en la hacienda del doctor Goyo, y por eso seguía sonriendo…

* * *

En la noche, en la casa de Bembetoyo, Emeterio punteaba el cuatro, y Altagracia, que estaba allí con su mamá, entonó una fulía. La luz rojiza del candil del rancho se vaciaba sobre ellos en el limpio patio. En el aire, un soplo embalsamado de flores y frutas persistiendo la fragancia del catigüire y el olor de mamoneros en flor. La india Juana había preparado anisado y tequiche, que repartía a cada momento. Los hombres preferían caña limpia, pura. Una tapara y

tres litros se arrinconaban bajo la húmeda tinaja en el sitio más oscuro del cuarto. Celebraban el cumpleaños de Altagracita, la hija de Carmen Ramona, mujer todavía apetitosa… Las mujeres hablaban como pericos y reían de todo. Emeterio no tomaba nada. Punteó su guitarra un rato y luego se quedaba pensativo. Suspiraba. Lino reía, haciendo gestos indescriptibles para sacar al muchacho de su ensimismamiento. Pero este punteaba de nuevo el cuatro, con ademán frío y flojo. Lino se decidió por cortejar a la nueva recogedora de las haciendas que era toda ojos para él… Pero su cuñado Guaraco no perdía un detalle. Le dijo algo al oído a Juana, y esta lanzó un "ajo" bien claro como él lo había oído. Y Lino, pensando en la risa y en el chisme ahora con su mujer que era un brasero, se dijo:

—¡Éste no es el tercio, qué va! —extendió una mano y gritó:

—¡Ahora vale chiste, muchachones!

—Qué bueno, palmotearon las mujeres regocijadas ante la perspectiva de un chiste "colorado" de Lino, Juana, en cambio, quería hundirlo en la tierra con sus furiosas miradas, y Lino sin hacer caso de la tempestad que se le venía encima, fijó sus ojos burlones sobre Guaraco y comenzó: Era una historia de cuando los animales hablaban. Conejo fue donde Pa Dios y le dijo: "Papá Dios: ¿porque era el más indio de la manada, por su astucia, que me hizo tan pequeño? En cambio a León, a Tigre, a Caimán, a Caballo y a Venao usté los hizo grandotes! ¡No es posible, Papá Dios!" Dios lo miró un rato, y luego contestó: "Conejo: es difícil lo que me pides… Pero bien: si tú me traes una lágrima de Caimán, y haces presas a Tía Avispa y a Tía Culebra, te concederé lo que quieres". "Acepto", contestó Conejo poniéndose en marcha, muy contento. Lo primero que hizo fue ir a casa de Tía Culebra: "¿Por qué duerme tan mal, así, bajo esa laja tan fría? Métase en esta camaza, que está calientica, mientras le acomodo unas hojas en esa peña pelada". Tía Culebra sonrió: "¡Tienes un buen corazón, m'hijo!", y zuás, se metió en la camaza de Conejo, que la tapó inmediatamente. Conejo siguió entonces hacia un avispero matacaballos. Las avispas al mirarlo, comenzaron a danzar y a limpiarse las ponzoñas. Pero Conejo se puso a llorar, diciendo: "¡Tía Avispa! ¿Cómo me va usted a picar, cuando yo le traigo esta camaza de miel de regalo?" Tía Avispa se enterneció, y todas muy contentas con el regalo se metieron también en la camaza, que Conejo tapó apresuradamente. Enseguida se fue

a un caño, casa de Tío Caimán. El viejo Caimán tenía a Sapo de vigilante en la orilla. Conejo lo saludó afectuoso, como si estuviera de tránsito, preguntándole por la familia, etc. Pero Sapo no “espabilaba” siquiera. De repente Conejo le dijo: “¡Pela el ojo, Sapo!” Y éste, abriéndolos mucho más, exclamó: “Cúndara, cúndara, cundanguá, la cundanguá”, y allí mismo Conejo aprovechó para echarle tierra en los ojos, y Sapo no supo qué se le hizo. Conejo encontró muy dormido a Tío Caimán, roncando, con la bocota abierta, a orillas del caño. Conejo sacó una botellita y un palo, ¡y le dio un solo golpe en el morro de la nariz! Allí mismo Tío Caimán comenzó a llorar y Conejo recogió una lágrima redonda y amarilla como la piedra de la sortija que luce en una mano el coronel Aristimuño… Fue corriendo a casa de Papá Dios, que lo recibió muy sonreído. Y cuando Conejo pensaba que iba a ser grande de tamaño para codearse con León y Tigre, Papá Dios lo cogió por las orejas y estirándoselas, le dijo: “¡Indio y Conejo, son la misma cosa, por la astucia…! Si yo te hago grande, m’hijito, ¿qué sería de los otros animales, cuando siendo tú tan pequeño has hecho todo lo que te pedí…?” ¡Y las orejas se le quedaron largotas a Conejo! ¡Por eso no hay que fiarse ni de Conejo ni de indio!

El estruendo de las carcajadas que siguieron al cuento de Lino se interrumpió de pronto…

—¡Barajo ese tiro! ¡Esa vaina no me la echan a mí! —rugió ferozmente Guaraco, la melena alborotada, echando chispas. Emeterio y otros hombres lo sujetaron a tiempo, cuando intentaba echar mano a su machete recostado a la pared.

—¡Suéltenme! gritaba, casi llorando; ¡yo voy a probar que soy un macho! Y se revolvía como un salvaje entre los brazos hercúleos de los que lo sujetaban. Alguien habló de ir a la comisaría, y el indio se calmó como por encanto.

* * *

El coronel iba los sábados a la oficina, en compañía del doctor Goyo, intrincándose poco después en largas partidas de póker o dominó. El médico se sorprendió bastante al toparse con el indio Guaraco en la oficina, que había salido a encargarse de su bestia. Pero recordó que José Trinidad le había dicho ya que Guaraco

estaba en Pozo Frío. Por lo demás, él simpatizaba con los hombres guapos, pues Guaraco peleó y cortó al Mocho Santiago, en defensa propia. Era la oportunidad de pagarle una vieja deuda de amistad al indio.

—¡Dotolcito! Haga algo por mí, con el coronel…

—¡Hombre, Guaraco! Es difícil, pero… veamos qué puedo hacer por ti.

—Dios lo ilumine, dotol.

Las mujeres se alineaban en el corredor, saludando al visitante con languidez y melancolía en la voz. El médico, sonriente y rijoso, les decía:

—Buenos días, hermosas chicas. ¿Estáis buenas?

—Asina, dotol… ¿Y usté?

Goyo pasó al interior.

Era día de paga y el viejo Crisanto estaba atareado. Afuera pululaban los hombres, chanceando con las mujeres. Lino aprovechaba para atacar a la sabrosa Altagracita que ya estaba por él. Emeterio divertía a otras mujeres, entre las cuales se hallaba Deogracia, mostrándole un lindo arrendajo recién cogido en una jaula de "golpe". "Aquel pájaro era de Deogracia…" Las mujeres la chanceaban. Gritaban los muchachos que vendían "alcazadas", "cafungas", "pan cernido" entre el peonaje, avivando el cuadro en armonía con el sol bien alto de las once.

Los hombres se arremolinaban ante la taquilla. De allá volvían contando el dinero. Algunos escupían el tabaco, con disgusto. Otros hablaban de gallos…

Terminaron los hombres su cobro, y la voz sonora de Crisanto llamó a las mujeres. Ellas se apilonaban, pellizcándose las nalgas, alegres como ardillas. Había en el ambiente un olor a mujer, mezclado a los perfumes de jazmín y caramelo de las brillantinas y lociones… Deogracia se quedó un instante sola con Emeterio, y él aprovechó para sacar su pañuelo oloroso y mágico. Deogracia sonrió dulcemente. Entre el calor de sus manos de adolescente se acurrucaba el arrendajo con su plumaje gualdinegro y el pico que parecía cincelado en oro. Los azules ojos del pájaro ejercían sobre ella cierta fascinación. Eran idénticos a los ojos de don Luis…

Emeterio, que vio transfigurado su rostro, no pudo reprimir un profundo suspiro que se escapó de su pecho. Quiso decirle en aquel

supremo instante lo grande y lo ardiente de su amor, pero no atinaba las palabras.

Deogracia se alejó riendo, sin que él pudiera atajarla ni siquiera el breve instante para decirle: Te quiero. Ella se alejó mirándolo, con su pícara sonrisa que a él se le encajaba en el corazón.

El doctor Goyo y el administrador comentaban el caso de Guaraco, mientras el coronel Aristimuño, con su ambigua malicia del comisario alerta y del pica-pleito zorro, argumentaba su atenencia a la Ley. "Era un hecho de sangre…" El rasguño en la cara del mocho Santiago, significaba la cárcel, tal vez la carretera para el indio… Aristimuño conocía su negocio. El médico —que sabía adónde iba a parar el asunto—, propuso: "Trancémoslo por arresto y multa…" "Bien", había respondido el comisario, y el cuñado de Lino Bembetoyo fue a cumplir cuatro días de arresto en la comisaría de El Clavo. Pero cuando lo pusieron en libertad, se encontró más preso que nunca. Debía cancelar "ciento cincuenta pesos de multa que el doctor había pagado por él". Y así volvió a la hacienda de su protector, donde aquel lo restituyó a su puesto de caporal.

* * *

Se rumoraba en todos los "sitios" que la hermana del amo estaba al llegar. Crisanto lo decía a cuantos encontraba. Don Luis había recibido carta de la tía, anunciándole que "la artritis se le había acentuado…" Que "llevaría esta vez a Consuelo…" Que "bendecía a todos los poceños, sus ahijados; y saludaba a sus compadres y comadres, etc." El administrador le había leído su carta a Crisanto y pronto la noticia fue creciendo en toda la posesión.

Mientras pasaban los días y Emeterio usaba su agua hechicera que producía dulces sonrisas y suspiros en Deogracia, Guaraco, el caporal de una hacienda del otro lado del Tuy, sudaba como un burro para poder pagar la cuenta que debía al médico, su "protector".

Lino Bembetoyo, en cambio, estaba a punto de llevarse una nueva victoria. Altagracia había convenido en "perderse de la reunión de las otras recogedoras" y esperarlo en el maizal… Allí estaba aguardándolo. Altagracia era clara, hija de blanco y negra, y sus senos redondeados subían y bajaban presa del miedo y el deseo. Lino llegó con su sonrisa que tanto la turbaba. Sus manos se posaron

sobre sus pechos, altos y duros como mazorcas de cacao. Sus gruesos labios se aplastaron en los suyos, húmedos y descoloridos por la emoción… Y rodaron sobre el maizal, cuando los conotos rojinegros se alborotaban piando, bajo el cielo claro y diáfano del día.

Tuvo que usar savia de cacao para hacerla mujer.

***

Dejen que vengan las conscripciones

Otro día sábado.

Luis Pantoja, con sus amigos de costumbre, encerráronse a beber y a jugar al póker, mientras Crisanto se entendía con los peones. El español se refería a la disciplina que ahora observaba en la posesión:

—¡Camará! —agregaba, dirigiéndose a Luis—, estás bueno para ordenar quintos en mi tierra! ¡¡Porque tienes un geniecillo que… hombre…!!

—No tanto como debiera— exclamó el aludido, recordando súbitamente la mirada altanera de Emeterio, que no había podido doblegar.

—Este Luisín es un enfermo —continuó el médico—, tiene sangre de administrador… A mí, aunque administro personalmente mis maticas, los peones me tratan confianzudamente, no hay remedio… En cambio que tú, con un gesto, una voz, en fin, cuestión de una virtud natural de mando que para mí sería una horrible tensión nerviosa…

—¡Qué tensión, ni qué bolserías hablas, Catalino! —interrumpió Aristimuño, rojo como la cayena—; a esos hay que tratarlos como merecen. No como a mujeres.

—¿Qué quieren ustedes? —comenzó Luis—, son más soldados natos que peones. No han oído sonar un tiro, pero te aseguro que el olor de la pólvora los volvería frenéticos, transformándolos en peligrosos guerreros, codiciosos de sangre y de rapiña: hordas sigilosas, homicidas, en las cargas nocturnas al machete, liniero en mano, desnudos y confundidos con las sombras. Es el ancestro. La mescolanza de sangre… Y aún más: ¿en qué crees que se gastan jornal…? Pues, en aguardiente. Sin embargo, los ves aparentemente robustos, un tronco aquí y allá. La mayoría son como esos árboles

de frondosa copa y base endeble; si están completamente desarrollados, empújalos, es decir, examina su sangre y hallarás la anemia. Ese es nuestro pueblo venezolano… ¡Es más fuerte el esmirriado que el corpulento! Y haciendo comparaciones: Cien yanquis, alineados por sorpresa en una calle cualquiera de sus urbes, serán cien Goliats fornidos y parejos. Lo mismo sucedería con cien europeos. Hagan igual con nosotros y ya verán que el que no es tuerto, tiene anquilostomos, o es gafo; si hallan algunos pletóricos de vida, fíense más de los raquíticos, que siquiera piensan y ejecutan…

—Lo que dice usted es cierto —recalcó Aristimuño—; no sirven sino para peones de carreteras. ¡Son unos verdaderos muérganos!

Crisanto escuchó sin querer las últimas palabras del administrador y las amenazas del comisario. Penetró al salón, cuando don Luis, fija su mente en la altanería de Emeterio, golpeaba la mesa con el puño, apoyando a su vez lo dicho por Aristimuño, que agregó furibundo:

—¡Dejen que vengan las conscripciones…! ¡Dejen que vengan! Se van a envainar!

Hubo un silencio ante la presencia del viejo, que reprimiéndose a duras penas, se acercó al administrador para hablarle algo. Pero éste, sonriendo de pronto, le dijo:

—Échate un palo…

Crisanto lo rehusó, y dijo:

—Solo venía a decirle, don Luis, que las bestias están ya ahí. Las solté en el potrerito, mientras llega el momento…

—¿Vas a negociar caballos ahora? —preguntó el médico con la voz desatinada del beodo.

—¡No, doctor! En esas bestias han de montar la comae Marta, la niña Consuelo y don Luis. En cuanto a las mulas, son para el equipaje.

Un color rojo pareció bañar la calva y el rostro del médico. Don Luis insistió nuevamente con el litro de licor, y Crisanto comenzó a beber con ellos, y apuraba los tragos, como si quisiera borrar una mala impresión, mientras pensaba en aquellas arrobas de carite seco y en toda aquella mercancía que bajo los encerados de los alijos remontaban el río para surtir la bodega, que como un monstruo acabaría con lo que restaba ya de todos ellos…

—¡No te duermas, negro! —le gritó uno de los contertulios, dándole una palmada en la robusta espalda, viéndolo con los ojos cerrados. Los otros comentaron:

—¡Buena pea amarró el viejo!

* * *

III
…Lo que Crisanto sabía

La pulpería había sido abierta con su mostrador de madera sin pintura y sus armaduras surtidas de potes y botillería barata. Afuera un letrero:

NO PASE SIN ENTRAR
Detal de víveres y licores.
José Trinidad Nieves.

Esto fue un acontecimiento. Se bailó al son de la grande y del cuatro, estrenando las mujeres justanzones de vivos adornos y colores. Bebiose mucho anisado y caña sin rebajar. En la noche, sancocho de pargo, cruzado con mero; sancocho de gallina y mucho casabe. Se bendecía en todos los tonos el nombre de Gisberto Sarabia.

La madrugada sorprendió a los peones, en pie y soñolientos.

Había que traer cacao "picado" de las haciendas al desbabadero. Cansados y calenturientos, amolaron sus paguaras, y luego de tomarse el trago de café cogieron camino, algunos maldiciendo, otros cantando. La mayoría en silencio.

Rato sobrio apenas gozado. La campana sonaba de nuevo, esta vez como la carcajada de una bruja encaramada en el mirador ceniciento de la oficina.

* * *

Crisanto daba comienzo a su almuerzo, y mirando comer a los peones, se puso a pensar en los que a esa misma hora también lo hacían en la oficina; tan distinto a aquella comida pobre comida en el suelo que hacían ellos.

Servir en la casona era un privilegio que todos envidiaban. Cada quien soñaba dar sus hijos a los Sarabia. Hasta ahora solo gozaban de tal preferencia: Emeterio, el caporal y su abuela Asunsa, la lavandera de la casa; Regana, la cocinera, que gozaba como él del aprecio de los dueños; Deogracia su hija, y por último, Teófilo el muchacho de mandados.

Era una "plana mayor" con más amplias libertades. En cambio aquellos que no deseaban nada para sí ya, ansiaban hacerle a sus hijos un mejor porvenir. ¿Pero cómo? Cuando "para el negro el fresco es jobo…" Nada importaba que hubieran aprendido a leer y hasta a escribir de viejos. Habían encanecido y el recuerdo de los primeros años se les volvió nada. No sabían cómo. ¡Era obra del destino!

Allí estaba Vivianito… ¡Quién lo conoció! Con sus tierras de "Subibaja", toda "una señora hacienda" de 15.000 palos, avaluada a razón de un peso la mata. 15.000 pesos de capital productivo para un hombre que los sudó y los labró agachando el lomo sobre tierras que antes fueron montañas vírgenes; y todo, para qué?, es decir, ¿para quién…? A Vivián Blanco se le abrían todas las bodegas de los pueblos vecinos, y llevaba relaciones comerciales con los almacenes de Gisberto Sarabia en La Guaira; relaciones directas. Y eran órdenes al almacén de Zappa, allí en El Clavo, quien le suministraba "todo para la casa y la familia…"

El negro pagaba en cacao, fanegas de cacao. Zaraza, madapolanes, *brandy* para las fiestas; un fonógrafo (el primero de estos inventos llegados a "Subibaja"), una mula fina… Cajas de pastas, sombreros importados; brodequines con terciopelo, ginebra de caneca, cortinas para las ventanas… El negro pagaba en cacao, fanegas de cacao. Y el negro, que del arte de jalar machete había

construido su porvenir, podía fumar "habanos puros", codearse con el jefe civil del Distrito y hasta cargar las llaves el Jueves Santo, ¡como aquella gloriosa Semana Santa! El negro Vivianito, "Don Vivián Blanco", para entonces presidente de la Cofradía del Santísimo y hacendado y rico, lucía su reluciente levita y el pumpá de muelles, mientras la roja hopalanda sobre sus hombros le completaba una figura solemne… En los días ordinarios vestía de blanco, y así brillaba su negrura honrada floreciendo en una sonrisa blanca que empalagaba a las hembras y cohibía a los machos, que para macho él lo era, con su pelo 'e guama negro y un buen mistrirgüirson en la faja pesada de monedas…

Buen *brandy*, buenas hembras, buena vida. Los almacenes Sarabia se abrían de par en par al negro. El negro pagaba en cacao, fanegas de cacao… Un día llegó la cuenta; una cuenta de cuentas acumuladas. Otro día se venció el plazo fijado por él y aceptado por sus "generosos" relacionados, y… ya no hubo más plazos. "Entiéndase con nuestro apoderado en esa"; y llegó también Aristimuño, menudo e inquieto, con sus citaciones al Tribunal. Dos años después "Subibaja" tenía otro dueño. El erizado, frágil límite de "siete pelos de alambre", fue echado al suelo, y 15.000 palos cacahueros, como 15.000 hijos paridos por Vivián Blanco comenzaron a producir para el dueño de Pozo Frío.

Allí estaba él, como Merencio, Paulo y Reyes, que también tenían sus historias. Allí estaban ellos, que nada sabían y nada querían saber, sin olvidar nunca el arte de jalar paguara; el arte de tirar el filo, tirando las energías, que parecía que la juventud se les había ido a pura sota-mano… Para comer siempre como todos, en el suelo.

De aquellas cercanas y alejadas épocas, venían dulces recuerdos. Cuando niños, no tuvieron necesidad de la cartilla, que ahora, junto a los hijos y nietos, deletreaban. "Que no les suceda como a nosotros, hijos", decían a sus muchachos. Porque a ellos les habían puesto otra cartilla, de acero martindale, y materialmente, más provechosa para los más vivos… Habían encanecido en aquellas haciendas que habían levantado con sus brazos. Cada grano de cacao podía ser una gota de sudor. Y la almendra azucarada en los yuyos, se torna roja como la sangre bajo el sol… ¿Por qué enrojecerá la almendra? Y las nueces de cacao, rojas, son como puños que protestarán contra la iniquidad…

* * *

También don Gisberto, cuando jovencito, tumbó cacao con ellos. Era el dueño entonces de aquellas tierras, un isleño analfabeta y despótico que enterraba los reales. Se llamaba o lo llamaban todos, Ño Julián. Un hombrachón grueso y zurdo; lardoso, desaseado y bruto, que se bañaba una vez al año. Jamás se quitaba de las patas los arrugados zapatones de cuero de burro, y cuando tal hacía delante de algún ser humano, parecía más bien que hubiese una mortecina por allí mismo, y el peón que no pudiera tolerar semejante hedor haciendo cualquier gesto, taparse la nariz, etc., era despedido en el acto. Roñoso, desconfiado y miserable. Se alimentaba con pura cebolla, cambur y pan. Para él no había fiestas de guardar. Rudo y ceñudo en el trabajo. Los trataba como a esclavos a todos.

Ño Julián llegó allí como arriero de la negra Pilar Marasma, hermana de Crisanto. A ella, desde un principio le gustaron las rudas maneras del catire, que no trataba a los burros sino a pescozadas y echaba cada terno que la encantaba. El isleño marcó su luz y se casó con ella. Crisanto era solo un zagalejo para esa época. Del matrimonio les nació una hija, "Clotilde, muchacha que creció bachaca, con los ojos rayados y el pelo tieso, amarillo-araguato". Ño Julián entonces se hizo más insoportable. Pasaba dos y tres días durmiendo en la hacienda. Le escuchaban decir que se iría para su tierra. No parecía querer ni a la mujer ni a la hija. Un día lo hallaron torcido, recostado a un palo, los brazos a horcajadas de las ramas. Dijeron que había muerto de hambre. Pilar Marasma quedó inconsolable. La vieron, en su desesperación, sacudir la cabeza al cadáver, preguntándole: "¿Dónde…? ¿Dónde lo enterraste, Julián?" Y esta tremenda preocupación por unos reales enterrados que eran suyos, se apoderó totalmente de ella, volviéndola insensata. Gesticulaba sola, abría huecos, removiendo la tierra; en la hacienda y en los solares; tanteando las paredes… Quedó después en un estado de inacción, atendía únicamente al cariño de su hija. En esos tiempos terribles fue que llegó Gisberto Sarabia a Pozo Frío. Crisanto no sabía nada de números y agradándole el trato del forastero, le encargó la administración de los intereses. Un año después Gisberto casaba con Clotilde, para contento de ellos. Pero la muchacha murió bien

pronto. Un aborto se la llevó al otro mundo. Pilar no pudo sobrevivir a aquello y también entregó su alma al Creador meses después. Gisberto hizo creer entonces a Crisanto que toda aquella historia del botijón enterrado era invención de ociosos. Gisberto le propuso comprar los palos de cacao que heredara Crisanto de su hermana; y él, inocente, le vendió unas dos mil matas de cacao de cuatro años, por ochocientos pesos, siguiendo allí como mayordomo y fundador de la posesión. Gisberto se creció de la noche a la mañana. Su ascensión fue meteórica. Compraba haciendas y ahilados colindantes, plata en mano; remataba quiebras; construía casas en El Clavo. Crisanto no podía explicarse el fenómeno. Un día Gisberto se marchó a Caracas. Crisanto quedó como administrador, bajo el ofrecimiento de que le regalaría una hacienda y una casa, pero todo fue mentira.

—¡Pilar Marasma! —pronunció en un suspiro Crisanto—; ¡mi pobre hermana! —y él que creyó meses atrás que don Gisberto lo nombraría de nuevo y le daría la haciendita y las tierras que ansiaba poseer para dejarlas a sus hijos Pedro y Deogracia… ¡Y pensar que él conocía el secreto de la aristocrática familia Sarabia…! Así como la historia de todos aquellos que se habían enriquecido en Barlovento. La historia de aquel doctor Goyo, rico hacendado de la otra ribera del Tuy, que compraba al parecer legalmente pequeñas posesiones, que no habían sido sino producto de "negocios" como le hizo al pobre Reyes, que ahora "comía en el suelo" con ellos. ¿Quién no recordaba a Reyes Mota, dueño de 12.000 palos y un potrero por los lados de Urba…? Aquella hacienda producía mucho, y su familia no pasaba trabajos. Nunca quiso "pagar en cacao. Tenía tres alijos y sus cosechas las vendía personalmente. Remontaba el río, siempre con mercancías de flete, y su doble negocio le acarreaba envidias de los comerciantes lugareños. El se reía. Gozaba y hembreaba a su gusto, bebiendo a su gusto. Un día se sintió enfermo. Una flatulencia y un dolor de cabeza horrible, lacerante, lo acogotaban. Le hablaron del doctor Goyo. No lo quiso… "Que me llamen a José Trinidad", dijo entre ayes y torcijones; no creía en los médicos. Sus padres se habían curado con "curiosos"; sus abuelos, los padres de sus abuelos…

Así pues, vino José Trinidad que para entonces hacía curaciones asombrosas en todo Río Grande, conquistando el sobrenombre de "Diablo de Oriente". Lo vio.

—Juhm! —dijo y se rascó la barba erizada de pelos agresivos. Aún esperó un buen rato, y después de pedir a las mujeres que desocuparan el cuarto, expresó su parecer:

—¡A Reyes Mota lo ambilaron! ¡Ese dolor de cabeza y esa flatulencia no se le quitan mientras no desentierren un mondongo de ganado que le tienen en la hacienda…!

Las mujeres y hermanos del enfermo lloraron al curioso. Él les ofreció curarlo, y por tres lunes seguidos fueron a la posesión, a media noche, alumbrándose con velas. La tercera noche, después de miles de sortilegios y ensalmes extraños, llegaron al pie de un majomo. ¡Allí estaba la cosa! José Trinidad se detuvo allí. Dio tres saltos repetidos, transfigurado, con los ojos incendiados como Perro Sucio, babeando igual que un hidrófobo… De entre sus labios se escapaban frases extrañas, lamentos que parecían responsos, quejidos roncos. Crisanto parecía estar viendo el rostro de José Trinidad aquella noche, que reflejaba un intenso sufrimiento… Y aquellas terribles palabras que se le clavaron para siempre en la mente, una jerigonza que lo hacía temblar de miedo al volver a pronunciarlas:

—*¡Malabí, maticú lambí! ¡Oé… Malabí! ¡Maticú! Oé…*

Después de que José Trinidad las pronunció, quedó en calma. Marcó tres veces la cruz en el suelo y mandó cavar allí… El hedor de los intestinos de res, la visión horrenda de aquellas negras piltrafas, hizo que uno de los hombres se desmayara. Ordenó seguir buscando, luego de que con palos se apartaban las asas putrefactas… Temblorosos e impresionados, rebuscaron en el hoyo, tropezando con la dureza de algo. Era una caneca antigua.

—¡Dentro está la cosa! —volvió a exclamar José. Y esta botella se la llevaron a Reyes, la cual contenía un papel muy viejo, pues la tinta se había evaporado un poco… El misterioso documento fue leído ante el Juez por Aristimuño, que era muy práctico en esas antiguallas. El documento pertenecía al antiguo amo de los terrenos de Urba, fechado ochenta años atrás. En él decía, textualmente, “que el que para dentro de diez y seis lustros poseyese aquellas tierras, debía venderlas inmediatamente al vecino colindante, bajo pena de emplazamiento ante el Todopoderoso, por un mes de vida; pues su alma no vería la luz hasta que su última voluntad se cumpliera…” Así pasaron los palos de cacao de Reyes Mota, a manos de su vecino

colindante, por la suma de mil pesos, la mitad de los cuales fueron para pagar al curioso…

Cómo su compadre José Trinidad adivinó aquello, no podía explicárselo, porque era un curioso de los que sabían “quitar” y “poner”. Pero de todas maneras, fue uno de los mejores negocios del médico.

Ninguno en Barlovento, conocía más historias que Crisanto Marasma. Por su imaginación pasaban los nombres de todos los nativos y forasteros residenciados en aquellas tierras, con sus virtudes y miserias… Él solo comprendía el dolor mudo y trágico de todos aquellos brazos incansables, de aquellos rostros demacrados, de aquellos ojos asombrados, llenos de miedo y superstición…

Crisanto Marasma se quedó pensando, pensando con los ojos cerrados, adormecido por los recuerdos y por el sordo rugir del río, sentado como un patriarca negro sobre el rodillo de guanasnas…

* * *

La ley era para todos

El terror sacudió de pronto la tranquilidad de la región…

—¡La recluta!

—¡Ahí viene la recluta…!

—¡Escóndanse, muchachones…! ¡Juyan!

La recluta recorre las haciendas, arrasando los ranchos. Había que huir. La voz se corría rápidamente. Los hombres buscaban los sitios más remotos del monte para ocultarse. Solo quedaron los viejos, las mujeres, los niños y los enfermos en las casas. Los peones de Pozo Frío, representados por Crisanto, se dirigieron al administrador pidiéndole mediara en el asunto, pues la cosecha sufriría mermas con aquella otra cosecha de hombres. Don Luis fue hasta El Clavo, “pero nada pudo hacer por ellos”. “Lo lamentaba…” Aristimuño le había dicho que “la Ley era para todos”, y no había excepciones para las posesiones de los Sarabia.

No se respetaba casa. Entraban a los cuartos, a las cocinas de palo a pique. Subían a los techos. Husmeaban en las altas ramazones de la arboleda. De todos los rincones sacaban hombres, amarrados como animales ariscos… El administrador fumaba y bebía *brandy* en la oficina.

Hasta él llegaron los gritos de la vieja Asunsa:

—¡Don Luis! ¡Por su santa mamita que en gloria esté! A Emeterio lo cogieron también… ¡Sálvelo! ¡Por sus santos tíos! ¡Sálvelo, don Luis!

Pero él nada podía hacer… La ley era para todos.

Y con los alaridos de la vieja, le llegaba la primera noticia de lo que esperaba con interés desde hacía tres días. Por otro lado, el servicio obligatorio sería beneficioso para aquel campesino levantisco. Se instruiría un poco y perdería tantos resabios propios de los ignorantes…

En la noche, brillaban las luces de los velorios en los ranchos. Velorios a las Ánimas, al Gran Poder de Dios… Aullidos de perros, gritos de madres desesperadas, de mujeres llorando a sus maridos reclutados, de niños llorando a sus padres, de hermanos y de novias…

Sobre los tejados de la oficina, barruntaba el viento nocturno una dulce conseja, que coreaban las ramazones y la gritería lejana y salvaje de los araguatos. Don Luis, fumaba y bebía brandy reposadamente. Sobre su lecho, un libro abierto. La última novela de un autor francés… La luz tenue de la lámpara —luz azul de la pantalla azul— lo hacía soñar. Nunca había experimentado aquella indolente satisfacción, aquella sensación agradable de ser dueño de su propio mundo.

En aquella misma hora, apilonados en un cuarto sin luz ni aire, muchos hombres lloraban en silencio. Otros se mantenían indiferentes, comentando sencillamente aquel lance. Las respiraciones se hacían ruidosas. El sudor, la fatiga, el dolor que dejaron en las carnes los mecates nuevos, arrancaban maldiciones de los pechos y dejaban en suspenso los pensamientos. ¿Por qué aquella maldad…? ¿Qué habían hecho ellos…? “No habían matado ni robado”.

Emeterio callaba.

Un rayo de luz de afuera penetró pocos momentos después al recinto, y la puerta se abrió, dejando pasar con un policía, una ráfaga de aire. Preguntó por Emeterio. Traía una cobija enviada por Crisanto, unos cuantos centavos de la vieja Asunsa y algunas hallaquitas de Deogracia. Emeterio besó los panes humildes, pensando que ni el poder, ni la traición de Luis Pantoja, borrarían jamás su recuerdo en el corazón de la muchacha. Y juró volver a Pozo Frío, pasara lo que pasara, a casarse con ella. ¡O a robársela!

* * *

La recluta pasó como un ciclón, igual que las crecidas del Tuy que arrancan haciendas enteras, barriendo "sitios" y caseríos. Urba, Pozo Frío, Merecure, Aramina. No quedó un campo solo donde el brisote de la recluta no conmoviera hogares llevando desolación a todos los corazones. Igual que el vendaval en invierno, sacudiendo las melenas de los árboles; volando los techos de paja, desarraigando cumacas y bucares corpulentos. Es un mal, como una tara indeleble del pueblo venezolano.

Escaparon los más avispados, los astutos. Entre ellos Lino Bembetoyo, que conocía la oración de Cristo Paz, y su cuñado el indio Guaraco, a quien persiguieron encarnizadamente en Urba. Ambos tenían sus secretos para burlar las asechanzas del comisario Aristimuño.

Días después del desastre, volvió Lino al rancho. Estaba macilento, casi desnudo y cojeaba, pues una espina de guaica le había desflecado el dedo gordo de un pie. En la noche, se apareció el otro, desgreñado y pálido.

El infortunio hermana a los hombres. Se olvidan pasadas rencillas. Lino y Guaraco se juntaron en silencio, y bajo la mirada triste de Juana, cogieron aliento, respirando profundamente sin comprender toda la maldad de los hombres. De una vez, dijo Lino, dirigiéndose sin ver al cuñado:

—Y tú también…

—Sí. Tuve que huir; ¡no quiero seguir siendo más esclavo de nadie! Por eso me azuzaron la "comisión…" Nunca terminaba de pagar los ciento cincuenta pesos que el doctor Goyo pagó por mí… Solo quería tenerme a su orden para sus vagabunderías.

La mujer de Lino encendió el candil, cuya luz puso a bailar las sombras en las paredes al son de un misterioso e inaudible tambor. Las voces se hicieron confidenciales… Guaraco contó cuanto sabía del médico, enriquecido a fuerza de exacciones y despojos criminales. La última hazaña había sido con unos pobres conuqueros que hizo expulsar de unos ricos terrenos que no eran suyos. Ellos reclamaron lo que les arrebataban y él se transó por un contrato, alegando su propiedad con documentos falsos; contrato que puso a los infelices a trabajar para él, con la condición de que de

suceder algún inconveniente con sus animales, perderían ellos la siembra… Y así fue.

—Un día me mandó picar el alambre y machetear una res a medianoche. Yo me negué. Estaba cansado de hacer estas cosas, además, era amigo de los conuqueros. Entonces me hizo jurar no decirlo a nadie, bajo amenaza. Se entendió con el Mocho Santiago, y una mañana apareció el alambre roto… Dos reses macheteadas en el maizal de los infelices. Ellos probaron, tras mil sudores, su inocencia. Pero una semana después el alambre fue echado en gran parte al suelo y una vaca recién parida apareció con el pescuezo degollado en medio de un gran charco de sangre. A su lado el becerro bramaba tristemente. Los pobres conuqueros fueron a la cárcel. ¡Quince días incomunicados. No pudieron probarles el crimen, pero perdieron lo sembrado. Después llegó la recluta, yo me salvé, por milagro de la providencia!

Quedaron en silencio. De lejos llegaban ladridos y voces de aviso a los fugitivos. El peligro se había ido con la rapidez que trajo. Entonces Lino comprendió el odio y el desprecio que se escondía tras aquella risa del indio. Guaraco tenía corazón de hombre.

La india Juana les ponía la comida y rompió el silencio, para decir:

—La vieja Marta y que está al llegar…

Los hombres dejaron aquellas palabras en el vacío, y comentaron:

—Mañana, al amanecer, sale la "comisión" para Caucagua con los presos…

—¿Cuándo volveremos a ver al vale Emeterio, Lino?

—¡Quién sabe, hermano!

Y la carne les tembló en el cuerpo, con el recuerdo amenazante de aquella Ley que era para todos.

* * *

La anunciación

Los albañiles habían dejado la casona arreglada y pintadita. Hoy, según se rumoraba, llegaba la tía Marta. La noticia circulaba del uno al otro confín de las posesiones.

Amanece.

Piafan las bestias en los corrales.

Los hombres cantan o silban, con el machete en la mano y la vara al hombro.

Caminan por oscuros callejones, rumbo a las haciendas, con ese andar garzoneado como si fueran a agacharse. Es el oficio que ha evolucionado en ellos una raza de peones de tala, o de cercenadores de cabezas en los asaltos de las guerras civiles. Los viejos ya tienen hundido el pecho, vencido el espinazo por el esfuerzo de la carga sobre los hombros.

Detrás, las mujeres, con enormes canastos bajo el brazo caminan arrastrando las cholas, ceñida la cintura con tallos de urape, corta la falda, floreada caprichosamente por la savia lechosa del banano. Fuman con la candela para adentro, y el peso continuo sobre la cabeza engrosa sus cuellos, levanta sus hombros y robustece sus piernas bien formadas.

Los pies marcan en la tierra húmeda y grumosa sus huellas nítidas. De lado y lado del camino los charcales se cubren bajo la enconosa protección de las ortigas. Los guaritotales y la planta del "murciélago" sobrecogen al peón: a su sombra las macaguas se estiran y bostezan, reptando en sus correrías de pajarillos y ranas.

La hojarasca se hace música bajo las pisadas.

Las plantas humanas cogen el ritmo: raz… raz… raz…

Parece que anduvieran al son de los tres "tamborcitos".

Hojas secas y barro… Raz… raz… raz… Es un ruido mudo sobre la alfombra seca de las hojas, que emite, a ratos, un gluc líquido que salpica las piernas de barro gris.

El ruido y las voces espantan los insectos, los escondidos animaluchos; la picúa y la paloma montañera de pechuga redonda. Es un golpeteo de cantares y risas a toda garganta. Una mujer canta una fulía…

Esta noche me reviento
aunque mañana me empate
de tanto llorar a mi amante
con dolor y sentimiento.

Los hombres corean. Ella sigue:

Mi cariño se halla ausente
y debe por él llorar
quien ya no puede cantar
y espera solo la muerte…

Es Coínta, una morenita apretada, de dientes intactos y pechos malditos por la tentación. Los hombres se la comen con los ojos. Tiene apenas quince años y ya sabe de amores desdeñados, dichos en su copla dulce y melancólica como sus ojos grandes de muñeca negra. Pero ninguno ha hincado el diente en su carne virgen. Ella sabe repecharlos, dejando burlado a más de uno, incluso al mismo Lino, que sabe sonreír. Y nadie conocía su dolor. Nadie sabía que su amor era de Tereso, el hijo de Celedonia, la que hace las mejores "alcazadas" en Pozo Frío, ido una madrugada de noviembre para Caracas… Su amor era de Tereso y por eso canta:

Si mi corazón hablara
cuántas cosas no dijera,
aunque jamás comprendieran
lo que el pájaro cantara…

Uno de los hombres lanzó su carcajada estrepitosa, después de decir algo intencionado a las mujeres. Lino Bembetoyo le cogió la palabra a la cantadora, y comenzó con su voz medio ronca:

Ah malaya quién pudiera
comerse un "cotoperís",
y en tu boquita bebiera
una copita de anís…

Lentamente y en silencio comenzaron a subir una colina. Iban al primer "paso de vara" del día.

Mientras los peones deschuponaban los arbustos sin perder el paso, Crisanto iba hundido en sus pensamientos. Pensaba en Pedro, su hijo, de quien no tenía noticias hacía tiempo. El recuerdo de Pedro era la única esperanza que lo mantenía atado a la vida. Su hijo Pedro que estaba lejos y que algún día debía volver a su lado.

El sol clareaba poco a poco, y el terreno fue apareciendo alfombrado de rastreras multicolores, de purpurinos jazmineros de hacienda y hierbecillas tiernas y conchas secas, podridas de cacao. Por las ramplas de la cuesta se estiraban las matas, buscando la ley de gravedad entre la yerba rala y húmeda. Cambia la vegetación; el sendero es otro. El paisaje hace desfilar hileras de limoneros dulces, de onotales, de martiniqueras ubérrimas. Las matas de coco se alzaban desafiantes, una tras otra. Cada una de ellas había sido sembrada por un poceño. Manos de niños depositaron las nueces germinadas: en el hoyo abierto por el cariño tradicional del padre o de la madre. Entre ellas estaba la que había sembrado su hijo Pedro, gallarda y alegre a todos los vientos, como la vida alegre y libérrima de Pedro Marasma que algún día había de volver…

Adelante surgió un viejo rancho en piernas, largo y medio retorcido como si fuera a bailar malembe.

Un patio de tierra apretujada y amarilla sugería el golpe restallante de la bolea luego del salivazo negro, tinto en tabaco en ramas sobre la mano endurecida por el roce de las cachas. Rodeado de rimeros de conchas secas, podridas y fermentadas de cacao.

—¡Bueno!— exclamó Crisanto, deteniendo la marcha, sacando el cachimbo que se había olvidado en el macuto, y luego de encenderlo, continuó—: ya hemos llegado. Vamos a ver cómo amanecimos…

Dio órdenes. Algunos ponían el gancho a la vara, metiéndole con fuerza la púa, remachándole el clavo a golpes de mango de machete. Otros amolaban en la húmeda piedra del mollejón, para ir a jalar. Las recogedoras sacudían sus canastos, arrollándose los fustanes a la cintura. Antes de encaminarse a la “pica”, se santiguaron todos:

—¡En nombre de Dios!

Crisanto daba las instrucciones del trabajo de aquel día. Repara en un muchacho que ponía la enjalma al burro, para ir por agua al río. Todo estaba listo para la brega. Pero Lino Bembetoyo se le acercó con una duda:

—¿Usté trae la “contra”, viejo? —pregunta.

—Sí, m’hijo. Con el favor de Dios, no nos sucederá tampoco nada hoy.

—¡Écheme aquí un poco —dijo uno por allá—; aquí hay la “boca fría” hereje!

Uno a uno iban bajando el enmontado sendero. El último, Vivianito, —largo, acartonado y más viejo—, sonrió con su cara morena y apergaminada para decir: “Crisanto, ¿crees tú que hoy llegue esa gente?”

Su voz era reposada, un poco afónica, que denotaba un gran cansancio.

—Lo más seguro es eso —respondió el mayordomo—. Procura vigilarme bien a los peones. Debemos terminar temprano. Que yo me reuniré con ustedes dentro de un momento.

Vivián el peón, que fuera un tiempo “don Vivián Blanco”, con una posesión de 15.000 palos de cacao, inclinó la canosa cabeza, y como los otros bajó la cuesta para ir a tumbar frutos de aquellos queridos árboles que eran sus propios hijos…

Nunca, como ahora, había sentido su desgraciada suerte. Caminaba penosamente, deteniéndose a ratos para coger alientos. Sentía dificultad para respirar. Llegó a un claro y se quedó inmóvil, mirando sin ver la umbrosa soberbia de los árboles, entre cuyas ramas saltaban revoloteando los arrendajos. El peso de su mala suerte había sido para él solo caprichos del destino. Nunca se había revelado contra nada. Todo lo aceptaba humilde… Pero ahora… Aquello… Inconformidad o rencor, nunca lo había sentido. Elevó una oración a Dios: pidió perdón por su soberbia… El dolor y la desesperanza le hundían el pecho.

De pronto, sin saberlo, el corazón le dio un vuelco y toda la arboleda circundante comenzó a girar en vértigo. Repicaba en sus oídos un extraño tambor cuyos rugidos venían del río. Los árboles comenzaron entonces a mecerse y retorcerse al son del “mina”. Todo aquello adquirió un diabólico ritmo, un frenesí insensato de árboles, donde todo era ya una sola mancha verde y borrosa… Se llevó las manos a la cabeza gris como cenizas de tabaco. Le fallaron las piernas y cayó de cara al suelo.

Poco después Crisanto lo encontró en aquella posición, tirado como un saco vacío. Lo volteó y miró su cara demudada, la boca torcida, manchada de espumarajos sanguinolentos…

La voz de Crisanto sacudió hasta la raíz la vastedad de las haciendas, llamando a los otros.

Los rayos solares incendiaban el verde de las hojas, arrancando destellos de oro y esmeralda a las palmeras que rodeaban el rancho. Pronto resonaron allá lejos las voces respondiendo a sus gritos. Así también, cualquier día moriría él. Tirado como un saco sin llenar y lo sembrarían a la tierra como pilón de almácigo. Con su cruz torcida sobre el montón de tierra. Aquellos cocos, sembrados por los hijos. Cuántos de ellos muertos por la hemorragia de una cortadura, por los colmillos de la macagua… Sin embargo, así y todo eran felices. Preferible era morir a llegar a viejos para arrastrar la vida de aquel modo.

Crisanto suspiró con desaliento al pensar que su hijo Pedro, como tantos que trataron de escapar de aquella tierra, se había marchado a correr mundo. Mas, volvería al fin a la hacienda. Tenía que volver atraído por el cariño de su pobre viejo, allí donde tenía los recuerdos y afectos enterrados con los pilones que crecieron en los almácigos abonados con los ombligos de todos los poceños. Era una ley ineludible y fatal el dolor y el amor al terruño. Allí estaba Vivianito, “largo a largo…”, ¡y le parecía estar viendo a su hijo! Miró con desesperación a su alrededor. ¡Tampoco estaba allí Emeterio!, perseguido como váquiro en el monte “pa’ el servicio melitar…” No estaban allí ni Emeterio, ni Vivianito, ni su hijo Pedro. ¡No estaba allí ninguno de aquellos que fueron siempre sus compañeros de trabajo…! ¡Ninguno…! Solo el lloriqueo de las mujeres junto al muerto; solo la tragedia reflejada en el silencio y los ojos de los hombres; y solo él, con su impotencia. Le dieron ganas de maldecir en voz alta. Y maldijo y pateó la tierra. Maldijo y pateó la tierra mala y la tierra buena como una madre en cuyo regazo dormía Vivianito un sueño para siempre… Todos se volvieron, asustados, viéndolo patear la tierra, profanando el cadáver. Pero un hijo del muerto “sí sabía por qué había muerto su taita”:

—Lo ambilaron, eso jué así… Le tenían una lámpara enterrá. El muchacho lloraba ante el silencio cobarde de los hombres y el dolor incomprendido del viejo mayordomo.

Crisanto seguía pensando en Vivianito; pensaba en su hijo que se había marchado tratando de huir de todo aquello; y también en Emeterio, perseguido como “negro alzao…”

* * *

A esa misma hora, en la hacienda, Luis Pantoja acababa de levantarse. Deogracia le había traído su café, y mientras sorbía el caliente líquido reparaba en el rostro encendido de la trigueña, acalorada de soplar las brasas. Tratando con los ojos también de saborearla:

—¡Caray, Gracita; viéndolo bien, estás más buena que nunca…! ¡Mira esa boquita! ¡Y esos pechitos…! ¡Huy! ¡Si eres como una matica de rosas! Déjame coger un botoncito…

Enserióse ella y guardó silencio. Sus manos temblaban dentro de los bolsillos del delantal. La mano blanca y raquítica del administrador se detuvo a mitad de camino. Rehaciéndose, insinuó:

—Todo eso es mío, ¿sabes…? —y su mano buscó ávida los pechos de la joven que sin dejarse tocar, retrocedió replicando:

—Yo no soy mata, ni tampoco soy suya, don Luis… Y echó a correr con sus senos abotonados bajo el organdí.

—¡No eres sino un pobre animalito! —silbó Luis entre dientes, destrozando con ira arrebatada la taza contra el piso. Las viejas se asomaron desde la cocina, hasta donde había llegado la muchacha a esconderse, sintiendo como truenos los pasos del administrador sobre el enladrillado. Se tapó los oídos y se echó a llorar.

Mientras tanto le habían ensillado la bestia a Luis, quien luego de montar, encargó a Asunción:

—Dígale a Regana que tenga todo listo para dentro de tres horas, tiempo que calculo demorarán tía y Consuelo en llegar. ¿Lo cree usted así? —exclamó, dirigiéndose al muchacho.

—¡Guá, don Luis, ya lo creo! El bote lo trae el negro Morocota, q'ues veterano en el río.

—¡Muy bien! Entonces, Regana, no se le olviden las frutas y el vino que mandó el padre Arturo.

¡Conque hasta la vista!

* * *

Mientras todos rodeaban al muerto y una mano piadosa sostenía un cabo de vela encendida, Lino se abrió aparte, secándose dos lágrimas con la manga de su camisa. Lino pensaba como el viejo, en

el amigo fallecido y en Emeterio. Le dolía mucho más la desgracia del peón reclutado. "El pobre, jué vírtima del administrador… Celos de don Luis, que dejaba pa' él el campo libre pa' usá a Deogracia. ¡Pior pa' su alma! ¡A la señora Marta no le gustan esas cosas!" —y lanzó un escupitajo. Pensaba además, en Guaraco, su cuñado. Guaraco se había ido para Cúpira. Al menos por sus "puntos", no temería al doctor Goyo. Hasta allá no lo alcanzarían las uñas de Catalina Goyo, y "podía jacé su siembrita con tranquilidá".

Lino Bembetoyo venía siendo ahora caporal. No ambicionó nunca el puesto del amigo. Vivía mejor libre como cualquier otro peón. Tenía encima otras responsabilidades. Ni siquiera una hembrita, como aquella Coínta, podía alejarlo de sus deberes. La atacaba, pero trataba que el asunto no llegara al oído del blanco, que quería ser el macho de todas las mujeres poceñas. Coínta seguiría cantando sin importarle que la fulía fuera dulce y melancólica como sus ojos de muñeca negra, ni que su cuerpo luciera morenez apretada, ni que tuviera dientes intactos, aunque sus senos estuviesen malditos por la tentación de todos los hombres… cantaba porque amaba a Tereso, hijo de la señora Celedonia, que un día se fue para Caracas. Ahora veía a Coínta, juntita a él, sintiendo el calor de su cuerpo intocado, con sus ojos cuajados en lágrimas. ¡Ah! ¡Quién pudiera bebérselas como se bebe el agua del jagüey! Y Lino olvidaba por instantes su propio dolor.

Horas después trajeron una hamaca. Echaron al muerto, tapándolo con una cobija vuelta el rojo hacia abajo, el negro hacia arriba, dirigiéndose a paso de marcha al poblado.

Luis trotaba sobre su bestia con una alegría indescriptible, bajando las barrialosas hondonadas del camino, rumbo al desembarcadero donde pronto debían arribar su tía y su prima. Cantaba a media voz. Silbaba trozos de óperas, de *couplets*. Brindó tabacos finos a algunos trabajadores que iban a sus conucos. Todo se explicaba: ¡Venía la tía Marta! Y con ella, la revista, el último libro, la prensa; un fresco hálito de la capital con la alegría de Consuelo.

Lucía un día espléndido, luminoso. La brisa del Este ponía rumores en los follajes. Los peoníos desangraban sus gallitos y temblaban los peinados de púrpura de los arrabales. Luis decía para sí:

—¡Esto es una Anunciación…! Es que hoy llega la tía Marta!

Y pensó que bien se merecían sus familiares aquellas ricas frutas y el buen vino, regalo del padre Arturo, que la cándida de Regana desempolvaba en el viejo armario, y hasta la naturaleza estrenaba sus mejores adornos, y la alegría de la tierra, al sentirse hollada por sus dueños, era como el anuncio de un esperado bien!

IV
La vieja Regana

La gorda Regana era una anciana negra, ceremoniosa, requeneta. No había llegado a la senilidad. Estaba fuerte como una ceiba centenaria y las cenizas de los años le adornaban en gris el hirsuto pelo semejante a una peluca sobre su cabeza. Era alegre por naturaleza, pero timorata y rezandera. Su vida estaba llena de supersticiones, y a la vez que el miedo, la malicia formaba el todo de su existencia. Cuando el administrador le encargó lo del vino y las frutas, un rictus de picardía pasó por sus labios y floreció un instante su intacta dentadura. No había perdido detalle de la entrevista entre Luis y Deogracia, y bien sabía a dónde iría a parar todo aquello…

Igual que el viejo mayordomo, compartía los favoritismos de don Gisberto y doña Marta, pues habían envejecido en las posesiones desde aquella feliz época que don Gisberto vivió con ellos en las haciendas, allá por el año de 1884. Ella, como el viejo Crisanto, habían sido fieles servidores; eran allí reliquias familiares, únicos conservadores a través del tiempo, de los usos y costumbres de los Sarabia. Crisanto y ella eran como hermanos. Ella nació en Capaya, en una hacienda, y él en Curiepe; dos pueblos hermanos. Ella llegó a las tierras de Pozo Frío como recogedora, después de que Miguel, el

zambo de Merecure la abandonó. Era para entonces la posesión de propiedad de Pilar Marasma, la hermana de Crisanto, viuda desde muy joven. Solo le había quedado su hija Clotilde, muchacha triste y retraída, aunque adornada de natural belleza. Los mejores mozos de por allí la requerían sin que mostrase interés por ninguno. Jamás iba a un baile de mina, si no fuera a ver bailar; nunca a un velorio, ni a un baile de "música de viento". Todo su encanto era la casa, sentadita con las manos cruzadas entre las rodillas, mirando al suelo o al cielo.

Vivía distraída consigo misma, cantandito, a ratos contemplando un manojo de jazmines de hacienda, cuyo rojo capitoso no tardaba en deshacerse como pétalos de sangre entre sus dedos. Otros días estaba muy triste. Decía que le habían echado un mal…

Clotilde era la niña de los ojos de Crisanto, quien le daba todos los gustos que podía a su sobrina, pero por más que la hizo ver y ensalmar con varios curiosos, nunca consiguió alejarle aquella preocupación a Clotilde. La propia Pilar Marasma, que no era "excusa", puso toda su ciencia en favor de su hija, sin resultado, optando después todos por dejarla quieta con sus tristezas y fugitivas alegrías. Así vivía Clotilde Marasma, "el lirio de la casa", como decían todos allí. Hasta el día que llegó el joven Gisberto, un catire pobre y sangrino a quien dieron hospitalidad en el sitio. Gisberto era de genio alegre y "liso" con las mujeres, sin que éstas rehuyeran sus caricias. Clotilde bien pronto salió de su ensimismamiento. A la vista de aquel atrevido y hermoso joven, su pecho se insuflaba y creía asfixiarse por extraña emoción. Para Gisberto no pasó desapercibido el efecto fulminante que ocasionaba en el corazón de la muchacha, y utilizó por primera vez los buenos servicios de Regana, quien con gran astucia y muchos halagos cariñosos, en lo que era ducha, consiguió que Clotilde aceptara al mozo. Regana sirvió así mismo para velar que no fueran sorprendidos en sus entrevistas, mientras Pilar se estaba por la hacienda y Crisanto en el pueblo vendiendo el cacao o comprando la comida de la semana. Y resultó al fin lo que Regana misma se temía: mareos y vómitos, además de intensa palidez que denunciaban el estado interesado de la joven. Regana no hallaba qué hacerse, pues veía que Gisberto se iba poco a poco alejando de su prometida, y todo esto sin ser del conocimiento, ni despertar la más leve sospecha de la madre, ni del tío Crisanto. Atribulada y con la zozobra y el dolor de su culpabilidad, llamó aparte a Gisberto y le

hizo ver lo grave del asunto, poniéndole en cuenta la inocencia de Clotilde, el celo que por ella tenía Pilar y de lo que era capaz Crisanto, reconocido como hombre de honor y valor en más de un lance.

Gisberto se ocupaba en organizar la administración de la hacienda y tuvo tiempo sobrado para darse cuenta del capital que representaba para él aquella muchacha; palos de cacao y tierras por cultivar, a más de los rumores del entierro de onzas que había dejado el viejo isleño difunto, padre de la joven. Así fue que sin mayores dificultades aceptó el peso de su responsabilidad y anunció a los Marasma sus relaciones amorosas con Clotilde, quienes no pusieron reparos, en vista de que ella confesó que lo amaba y que de alguien impedírselo se suicidaría.

Se casaron, pero duró poco el matrimonio. La joven murió al año justo, de resultas del parto, en manos de una comadrona rústica.

Vivió Clotilde la existencia de un lirio, y jamás la madre pudo consolarse de su triste suerte. Dos años después, cuando casi todos los trabajadores abandonaban las fincas por el mejor salario que pagaban en la construcción de la vía férrea en la Empresa de Carenero, el joven Gisberto se convirtió en don Gisberto Sarabia; manejando a su saber los intereses de Pozo Frío… Desde entonces a esta parte, mucha agua ha corrido por el Tuy…

Regana era, para el amo de aquellas tierras, algo que estaba íntimamente relacionado con su propia vida, lo mismo que Crisanto. Sin embargo, ni él ni ella trataron nunca de valerse de aquel ascendiente con don Gisberto. A ella le parecía natural lo sucedido a través del tiempo, porque todo era obra del destino. No quería discernir ni pedía mejoras a la vida, conformándose con ser siempre la "cocinera de los Sarabia". Además su existencia había transcurrido alegremente. Nunca tuvo hijos. En su mocedad fue hembra coqueta y se dio a cuantos la desearon. Gustó a saciedad los placeres de la carne, y por esto le chocaban los remilgos de las muchachas que exclusivaban sus cuerpos a un solo hombre… Pero ahora, con la llegada de doña Marta, todo habría de cambiar, como había cambiado siempre que efectuaba sus periódicas visitas a las posesiones. Las mujeres se casaban. Los hombres mordían el bozal con repugnancia. Se regularizaban los amancebamientos. Allí no había más voluntad que la de los dueños, y esta era acatada en silencio.

Crisanto debió su desgracia conyugal precisamente a esto. Mientras vivió con Chencha, nunca pudo quejarse de frialdad en el amor. Su mujer le era fiel, con libertad, porque no existía ligazones por la ley que los retuviera al uno amarrado al otro.

Llegó doña Marta y dispuso el enlace. Chencha no tardó en cambiar entonces. Nada valía para ella el que el matrimonio diera nombre a sus hijos Pedro y Deogracia. Ella se sentía oprimida con las cadenas del convencionalismo, donde las más puras pruebas de amor carecían de esa espontaneidad del amor libre, retozando sobre las cepas del platanal verde y sombrío…

Chencha quiso volver a ser libre. Era algo que estaba más allá de su razón, que no podía explicarse… Y se fue, dejándolo abrumado en la soledad de sus años, junto a Pedro y Deogracia. Don Gisberto le había hecho muchos ofrecimientos a Crisanto, y él tenía cuarenta años esperando para tener algo que dejarle a sus hijos. Regana y Crisanto, bien que se daban cuenta de la miseria de sus vidas, igual a la de los demás poceños. Pero lo que en él era silencio y ceño de desesperación, en ella solo surtía indiferencia, miedo a veces, dolor nunca; Crisanto siempre hacía exclamaciones por su hijo Pedro, ido a correr mundo. Se sentía viejo y cansado; esperaba al hijo para contarle cuantas cosas sabía de aquella vida de los “reyes del cacao”, cuyo origen torcido se perdía en negras historias de despojos y sangre de crimen. Siempre decía: “¡Mi hijo lo sabrá todo…!” Pero a Regana aquello le daba mal agüero, y se santiguaba cuando lo escuchaba en sus juramentos.

En tanto, don Gisberto gozaba su dorada existencia de un “rey del cacao”, habitando su casa bien confortable de Caracas. Hasta él llegaron los gritos de clemencia de la vieja Asunsa, cuando reclutaron a Emeterio. Al mismo tiempo había recibido una carta de Luis, diciéndole en cambio “que no pudo hacer nada, pues el caporal últimamente se había entregado a la bebida; se “rascaba” todas las noches, con escándalos y pleitos con el peonaje….” Que “le aconsejaba a menudo sin resultado”. Y así otras lindezas. La carta de Asunsa dejaba entrever que entre su sobrino y Emeterio mediaban cosas de faldas… ¡Mentiras de aquella vieja achacosa, loca y medio bruja. Ya iba él a creerla! Y don Gisberto, después de leer aquellas cartas, agarró nuevamente el periódico y continuó su interrumpida búsqueda de las ventas de casas y oscilaciones de la bolsa.

Ahora la vieja Regana se esmera en adicionar a la mesa todo lo necesario. La ayuda en sus menesteres Asunsa, la abuela de Emeterio, hábil para torcer cuellos de aves y condimentar un picadito… Esto, para los días corrientes, ya que la vieja Regana tomaba los bártulos en los grandes días, como aquellos por venir, que estaría de nuevo en el anticuado caserón la enteca efigie de doña Marta, celosa conservadora de gustos y hábitos tradicionales. Regana había preparado un almuerzo regio, que sabía estaría al gusto de la señora. Tenía en maceración desde días antes un famoso encurtido, mezcla de todos los condimentos de la guasacaca, llenando un frascón de ancha boca.

—A lo mejor —murmuraba— se presentan con sus "morton" y sus "rodel…" Esos potajes que soasan las tripas con tanta mostaza. Esto no —y agitaba el frasco—, ¡esto es fresquito…!

Asunsa, que era nerviosa por naturaleza, mientras preparaba la ensalada, no podía ver entrar muy orondos y desafiadores los pavos por la puerta de la cocina, tirándoles cuanto encontraba a mano, a la vez el "güéspere" en los leños verdosos del fogón; la hacían rabiar y murmurar sin tener un minuto de reposo. A todo esto también atendía a su arrugado rostro, pasándose el brazo por ojos y mejillas cuando el recuerdo de su nieto reclutado la hacía lagrimear, suceso que ponía en zozobras a Regana, gritándole a menudo: "¡Cuidado como tus lágrimas caen en la ensalá!" Pero ni ella ni la otra pudieron evitar que las lágrimas cayeran en la ensalada. Y fue cuando se le entorpecieron los dedos al rebanar las cebollas, y se rozó un dedo con el rabón cocinero. Sin poderlo remediar, varias gotas de su sangre cayeron también en la bandeja, nadando en el aceite y el vinagre de la famosa ensalada en que la venerable cocinera ponía todo su arte.

—¡Cómo! —exclamó iracunda Regana—; ¿de manera que así 'stamos hoy? ¡Que se pierda mi ensalá… No creas que te daré guto, Asunsa!

Y quiso con la cuchara sacar las manchitas rojas de la bandeja florecida de rodajas de tomates, papas y huevos, y al jurungar la cosa, por más que acercaba sus ojillos semi-apagados, no hizo sino revolver el vinagre que rápido disolvió la sangre de Asunsa… Regana entonces se irguió cuanto pudo. Miró a la otra, que le señalaba hacia el "güéspere" con su dedo entrapado y con el semblante demudado y las manos y la voz temblorosa, exclamó:

—¡Lágrima y sangre de nosotras, Asunsa!

—Lágrima y sangre, Regana…

Se hizo un silencio solo surcado por el roce del templado plumaje de los pavos contra el suelo y el ruido borborítmico de una lucecita verde deambulando en mitad de un leño en el rojizo resplandor del fogón.

El hermano penitente

Los perros de la oficina comenzaron de pronto a aullar.

Las gallinas alborotaban, y el ruido esparcido por toda la casa terminó por exasperar a las dos viejas que, perdido un instante el miedo, sacaron ánimos para darse a la tarea de callar aquellos ladridos lúgubres y cacareos de mal agüero…

—¡Que Dios nos ampare!

Deogracia, que andaba arreglando los dormitorios, se unió a ellas, presa de pánico, y respondía junto a Asunsa, como en un responso:

—¡Que pase la mala hora, Santísimo Sacramento!

—Guá, mijita —decía Regana, con los ojos en blanco—, esa debe de se la sombra del Hermano Penitente… Como ayer no le prendí su vela…

—¡Que pase, que pase… —seguían las otras—; que pase la mala hora, Jesús!

—Vamos a rezar tres credos…

—…y a regarle agua bendita a la casa.

Las tres se juntaron y, arrodilladas, comenzaron a rezar.

Y fue como un conjuro contra el ladrido de los perros, menos para las aves, que siguieron escandalizadas.

Terminado el rezo, dirigiéronse las tres al callejón orillado de alelíes tupidos y naranjos estériles, no sin antes ir regando agua bendita de la totuma que cargaba Regana. Así llegaron al portalón, donde Regana comenzó a pasearse majestuosamente.

—¿No oyen ustedes los cascos de las bestias…? ¡Ay, Virgen Santísima…! ¡Que lleguen con felicidad!

Regana era la figura simbólica, necesaria en ese punto para la buena viuda de Grünlow. Una especie de brújula o presagio de buen agüero en todos sus viajes. Allí estaba ufana y sonreída, ya olvidada del espanto y del "güéspere", con la mano doblada sobre

la redondeada cadera, oteando con la otra como pantalla, el largo sendero por donde habrían de aparecer los Sarabia.

De pronto chilla de gozo como un ratoncito. Y comenzó a dar saltos, juntando las manos igual que en el juego del sapito lipón de los años infantiles. Las otras mujeres empezaron a imitarla.

—¡Ya vienen…! ¡Ya vienen!

Saltaba con más agilidad la muchacha por supuesto, que no daba importancia así las cortas faldas descubrían o no sus redondeadas piernas.

Efectivamente, las bestias ascendían el fatigoso camino apelmazado de barro medio seco, con ruido de cascos que al despegar simulaban disparos pirotécnicos.

Inesperadamente, Regana reparó de un vistazo en sus dos compañeras.

—¡No, no, no! —exclamó furibunda, empujando a Asunsa que no había tenido tiempo de cambiarse la grasienta ropa de la cocina—: ¡No m'hijita! ¡Usté 'stá muy curtía…! ¡Le va a da mala impresión a esa gente! Vaya, vaya, y aproveche este jaciíto mientras llegan, pa' que se cambie.

Pero Asunsa se echó a llorar. Y Regana se puso lo más pálida que podía ponerse. Un silencio se hizo entre todas. El miedo se reflejó en el rostro de las tres mujeres. ¡Por allá dentro debía rondar todavía el Hermano Penitente!.. Si rondaba el corral de las gallinas, de seguro se había metido en la casa…

—¡Güeno! —pudo exclamar Regana con la voz temblona, condescendiendo por fuerza—, entonces estese p'uái y espere.

Pero en realidad no entendía aquel abandono de la otra. Para eso se había preocupado siempre en comprar sus buenas tricotinas y zarazas, para tener que ponerse en las fiestas… ¡Contimás ahora!

Y la digna cocinera atrajo hacia sí a Deogracia, como escudándose en la inocencia de la joven, cohibida entre su traje de organdí verde perico, contra toda acechanza de los espíritus malditos. Asunsa se retiró no mucho, tras el follaje frondoso y oscuro de los alelíes que comenzaban a botonear.

V
Llegan los dueños

Llegaron.

Gritos y voces de alegría de los que esperaban y los recién llegados. Regana y Deogracia corrieron al encuentro de los dueños. Entre el grupo se destacaba la rígida figura de la matrona Sarabia. Varios peones atendían las bestias.

—¡Mama Marta! —exclamaba Regana, abrazándose a las rodillas de la sonriente señora.

—¡Hija mía! —contestaba ella, poniéndole una mano sobre las blancas canas. Vestía de falda oscura y cota blanca de mangas largas. Sobre los hombros una chalina para resguardarse de los rayos solares en la espalda. Cubríase con ancho sombrero de Panamá. Por lo demás, doña Marta era una mujer enteca: pobreza de carnes que hacía resaltar saludando a compadres y comadres, ofreciéndoles su riqueza espiritual. Tras ella el sobrino Luis sobre el macho con los ijares ensangrentados a fuerza de espolazos, pues era macho viejo y mañoso. Lo seguía una hermosa mujer, con el rostro encendido, cuerpo bien delineado, a horcajadas sobre una yegua amarilla, con ese aire desenvuelto y despreocupado de la caraqueña moderna. Vestía de amazona de kaki, sosteniendo una amena conversación

con su jinete acompañante, el doctor Goyo, quien ponía énfasis en sacar a relucir su palabrería de hombre civilizado.

Desmontaron en el corredor. Para hacerlo, la hermana de don Gisberto necesitó del alto taburete del escritorio de Luis, ayudándola Regana a afirmar sus puntiagudos zapatos manchados de barro y a luego echarse en brazos de la fiel servidora. La sobrina preguntaba por todo cuanto veía, mirando las paredes adornadas con sencillas litografías alusivas a la caza y a la pesca; las altas copas de los árboles, donde temblaba en cerquillos dorados la luz del sol; el patio, rodeado de cayenas y trinitarias. A todo esto, la noticia de la llegada de los dueños había cundido por los ranchos vecinos, y ya doña Marta tenía tarea para rato, bendiciendo ahijados, para más luego regalos que llegarían con el equipaje al cuidado de Teófilo. La mayor parte de aquellos buenos poceños son sus ahijados. Después de que casaba a los padres, bautizaba a los hijos. Y las mujeres le presentaban allí todos los años, su cosecha de párvulos, como diciéndole: "Vea, señora Marta, cómo hemos trabajado entretanto". Era una misión que le había encomendado Dios. De ahí el respeto y veneración que doña Marta María Sarabia de Grüunlow despertaba en esas regiones. Era presidenta de muchas sociedades religiosas. Miembro militante de una Santa Cofradía en Roma. Premiada con la medalla de Su Santidad y distinciones del Nuncio y de Monseñor. Su corazón albergaba cariño para todos, casándolos, bautizándolos, repartiéndoles medallas y regalos, con recomendaciones pías de humildad y conformidad. Y de la preocupación espiritual de la buena señora no podía dudarse un ápice, cuanto que a sus gestiones pasó en las posesiones sus días muy completos de cerdos horneados, capones asados, gallinas guisadas a pasto y pavos degollados que se rellenaron de especias y buen vino, a más de otras sabrosas satisfacciones como el ingreso —a fuerte por cabeza—, de cientos y tantos catecúmenos y otros cientos de confirmaciones a precio de primicias en retribución, al señor Delegado Arzobispal, que concedió ese honor a Pozo Frío. Pero dejemos a la buena viuda ejerciendo su obra entre compadres y ahijados, mientras Luis preguntaba el motivo de que Crisanto aún no estuviera allí como debía estarlo. Súbitamente le llamó la atención el ver a Crisanto atravesar jadeante por entre el tumulto de las gentes que llenaban el patio, abriéndose paso a fuerza de codos. Una mujer lo detuvo y él le dijo algo de paso, dirigiéndose

como iba hacia el administrador. La mujer dio un grito, un grito desgarrador, con los brazos levantados con desesperación:

—¡Bendito sia Dios…!

El grito produjo un tenso murmullo entre el alegre tumulto, y enseguida se formó un apretado círculo alrededor de la mujer. Trataban de sujetarla. Se tiraba los moños, brincaba torciéndose, chillando como cerda desmadrada…

—¡Ah! Mi pobre Vivianito…! ¡Mi pobre Vivianito…!

—¡Muerto…! —decían algunos.

—¡Muerto! —repetían otros.

Crisanto no tuvo necesidad de hablarle a Luis, tampoco hubiera podido ser oído con aquellos tristes gritos de la mujer y las exclamaciones de los circunstantes. Y Luis se había dado cuenta de que su tía, horriblemente impresionada, se había recostado a la pared del corredor. Fue a atenderla, después de ordenarle con un ademán a Crisanto que despejara aquello y que se llevaran a la mujer, que sacaron casi a rastras.

Asunsa y Regana silenciaban como fulminadas por la brusca realización del presagio. Nunca se imaginaron que aquella hamaca llevada en la mañana por un peón fuera para un muerto. ¡Y como la hamaca la usaban a menudo cuando algún peón se desmayaba durante el trabajo…!

Ambas se persignaron al recordar los lúgubres aullidos de los perros…

* * *

Después de que la oficina hubo quedado en calma, desocupada por los vecinos alarmados, Crisanto pudo ir a dar la bienvenida a doña Marta y su sobrina.

—¡Gracias a Dios! —decía el mayordomo— ¡Comadre Marta! ¡Niña Consuelo! ¡Que la Virgen de la Encarnación me las guarde!

Doña Marta se dejó abrazar por Crisanto. Consuelo le golpeó los duros músculos de sus brazos. La buena señora sentía humedecidos los ojos. Se hallaba en una tierra sin vicios, donde reinaba la sinceridad y el verdadero amor.

—Sí, exclamaba Crisanto, viéndola enjugarse las lágrimas; yo sé que usted debe sentirlo igual que nosotros… Sí señor. El pobre

compañero se murió así… La muerte lo sorprendió así… Vivián Blanco era un alma de Dios, comadre…

Luis no lo dejó terminar:

—Deja eso para más luego, viejo, ahora vamos a almorzar.

Dio unas palmadas, que oyeron Consuelo y el médico entretenidos contemplando el paisaje circundante:

—Ea! ¡A la mesa! ¡Vamos, vamos…!

Doña Marta hubiera querido seguir oyendo al viejo Marasma, pero la sobrina llegó pasándole un brazo y llevósela al comedor, mientras Luis hacía lo mismo con el mayordomo y el médico.

* * *

El almuerzo transcurría sin ese entusiasmo que reina necesariamente entre personas que se quieren, reunidas después de muchos días de ausencia. Había algo triste en el ambiente que daba a los seres y a las cosas un tinte de velada mortuoria, a la luz cálida de aquel sol del mediodía. Todos comían en silencio. A ratos Crisanto dejaba libre un suspiro ruidoso, duramente contenido. El médico sonrió en una de estas veces y comenzó a hacer la apología del trabajador muerto.

—Vivián Blanco, un pobre hombre honrado…, y analfabeto… Víctima del aguardiente, como todos…

Dicho esto suspiró, trinchando enseguida el pollo que tenía en el plato con esa supina satisfacción del que pone en paz su conciencia y su estómago.

La viuda casi no había probado nada. Decía estar fatigada del viaje. Luis hizo un gesto a los demás para que cesaran de hacer más alusiones al desaparecido; su tía era muy impresionable y se sentía mal.

Pero no pudo impedir que ella también suspirase, para decir:

—¡Dios tenga piedad y acoja en su seno a esa pobre alma!

Hubo otro instante de silencio. La frente de Luis estaba arrugada con visible enojo. Crisanto quiso cambiar de conversación:

—¡Je, don Luis! —exclamó con el rostro lleno de repentino júbilo—, yo maliciaba que ellas llegarían temprano. Y todos tan alegres como amanecimos, ¿verdad…?, si no hubiera sido por eso… digo…

Se quedó callado, bajando los ojos sin acertar con las palabras.

—¡Hombre! —saltó el administrador ya fuera de sí—: no pongan fúnebre la comida, ¡por favor!

A todas estas Regaña, que ayudaba a Deogracia en la atención de la mesa, sentía crecer un extraño resentimiento —nunca jamás sentido— en su corazón. Miraba aquel desdén con que la buena señora probaba su comida, aquella indiferencia que le caía como una piedra fría sobre el cariño guardado y el orgullo de su arte otrora muchas veces alabado por la dueña. Y eran entonces sus grandes triunfos las palabras con que doña Marta se refería a su "querida Regana", a su "fiel hijita Regana", masticando sus asados, sus bollitos pelones y todos los platos que preparaba… Ahora los probaba para dejarlos. Y Regana sentía que una negra fatalidad se le venía encima. Que una negra fatalidad era su destino.

Pero de pronto doña Marta comenzó a animarse. Su conversación volvió a ser alegre como siempre. ¿Qué habría obrado el milagro? Regana sintió curiosidad por saberlo. Una corazonada la hizo dejar lo que estaba haciendo en la cocina y se acercó al comedor. Los ojos risueños tras los lentes y la bondadosa sonrisa de la viuda la recibieron, mientras exclamaba:

—¡Regana! ¡Hijita! ¡Qué bien sabe tu ensalada…! ¡Me he comido una enorme cantidad! Dios te lo pague, hijita. Si no es por esto, nada hubiera probado hoy…

Mas, ahora la extrañada fue la dueña. Regana ni sonrió, ni dijo nada… Algo quiso salir por su boca, algo que ella comprendió serían palabras de agradecimiento, y en sus labios solo hubo un temblor nervioso. El rostro de Regana tomó una coloración muy rara, un tinte parecido al de la hoja seca del cacao. En medio de su turbación, dio media vuelta y se volvió a la cocina.

—Qué extraño… —murmuró la viuda. Pero suspendió los hombros, con énfasis, y siguió comiendo alegremente.

Asunsa, viendo llegar a Regana tan demudada, le hizo la misma pregunta que le hacía cada vez al regreso del comedor:

—¿No ha probado nada, manita?

—Sí, Asunsa, ahora sí; la ensalá… Le ha gustao la ensalá…

A Asunsa se le cayó un plato al suelo, rompiéndose con el estrépito y la fuerza del presentimiento.

—¡Regana! —exclamó la vieja temblando.

Y ambas permanecieron durante un rato sin decir palabra.

Tormentos de doña Marta

Los días que pasaban las Sarabia —tía y sobrina— eran muy agradables. Estaban en plena estación de febrero, y aunque generalmente esos días son lluviosos en la región, hacía un tiempo despejado y las aguas se prestaban a refrescantes abluciones. También las siempre revueltas aguas del Tuy, con sus remolinos y torrenteras, y a veces algún caimán aventurero, atraen la osadía de muchachos atrevidos que las cruzan de una a otra parte sin más remos que sus brazos, montados sobre gruesos mástiles de plátano. Lo del caimán no es raro. Casi siempre después de las grandes crecientes, al bajar las aguas, uno de estos bichos sanguinarios atrapa su presa… Más de una madre vocea e insulta desesperadamente las aguas a lo largo de los barrancos; puéblanse entonces los elevados bosques de la ribera de gritos y ayes lastimeros. Y aun en las noches ruidosas de plagas, tumultuosas por las aguas raudales, vivaquean luces y faroles alumbrando los fangosos bajíos, carameras informes tupidas de leños y yerbajos, que hacen las veces de redes accidentales donde los cuerpos arrastrados se detienen un instante para seguir rodando.

¿Quién que haya vivido en Barlovento no conoce de estas escenas trágicas? Y casi nunca vuelven los cadáveres a la superficie. Porque el Tuy tiene eso; es un soberano que reclama su tributo y lo obtiene. Cuando no es el caimán, son las raíces, semejantes a tentáculos gigantescos estrangulando los cuerpos ya inermes en las profundidades de las pozas… Es posible que en las aguas de este río vivan alerta vegetaciones subterráneas de árboles antropófagos. En la flora salvaje que las bordean, debe estar el espécimen extraño, con su tronco reluciente y hojas pulposas y movedizas que destilan pegajosa fragancia, invitando a romper el azul de las aguas dormidas bajo su sombra.

Pero bañarse en el río es prueba dura.

Quien no esté familiarizado con estas muestras de valor, no se atreve nunca, a menos que sea obligado por algún accidente de navegación. Las aguas cristalinas del riacho que atraviesa las posesiones de don Gisberto sirven a maravillas para los diarios menesteres del baño.

Hacia allá, cada mañana, van Consuelo y Deogracia jineteando sus bestias, acompañadas de Teófilo, el muchacho de mandados.

La viuda de Grünlow no ha querido arriesgarse a más de un primer chapuzón, del que salió tiritando, escasamente de la aventura. Sí que compadeció Regana aquella vez, la delgada y chorreante humanidad de mamá Marta, temblequeante hueso, con hueso bajo la larguísima batola azul.

* * *

Día domingo.

Los peones han bebido y bailado la noche del sábado, al son de la pequeña y la grande. También han peleado. Hubo sangre, porque salió a relucir un machete en manos del Mocho Santiago, caporal del doctor Goyo, cortando al negro Culencho, el guitarrista, después de "degollarle" el instrumento. Intervino José Trinidad, sometiendo al Mocho, desarmándolo y escondiéndole en la pulpería, antes de que llegaran los hombres de Aristimuño. A Culencho se lo llevaron jipeando al médico, y el heridor volvió a su trabajo muy tranquilo al amanecer.

Tales cosas pasaban ahí mismo, en las narices de los dueños.

Doña Marta leía tranquila, sentada a la orilla del lecho, su sana lectura de La Cruz. A través de la ventana abierta, la brisa de la mañana traía olores del follaje florecido, lo mismo de la vegetación desintegrándose.

Regana le trajo el café humeante, que tomó a sorbitos, moviendo sus labios delgados. Entre tanto la negra espera secando sus manos gordas en el talle bombeado de sus ancas fofas y sencillas. Contaba todo lo sucedido en la noche sabatina, la "sampablera" del peonaje…

—¡Qué mundo tan incomprensible! —exclamó la señora; mientras ella pasaba el rosario, en la cantina se bebía; y cuando tras persignarse y se echaba bajo sábanas cuan larga era, se bailaba y corría la sangre. Y aquello, en su propia posesión.

—¡Qué mundo, Dios mío!

Terminó su café entre lamentaciones y suspiros ungidos de un fervoroso deseo por el bien de todos sus semejantes. Y la digna cocinera volvió a sus quehaceres con el alma compungida. Doña Marta renovó su lectura hasta que el sol comenzó a meterse en la alcoba.

Entonces marcó su libro con una hojita de intenciones y lo dejó cuidadosamente cerrado sobre el velador.

San Pascual Bailón

En la noche recibieron una invitación. Era Carmen Ramona, la madre de Altagracia, que le ponía un velorio a San Pascual Bailón.

—Pero, ¿cómo? —argumentó doña Marta, contrariando el deseo de ir de Consuelo—; ¡si apenas hace pocos días se terminó el novenario de… este señor Blanco!

—Precisamente, mi señora —interpuso Carmen Ramona—; Luisa Sinza y yo le ponemos el velorio pa' sufragio de su alma…

—Sí, tiíta… Mire: yo quiero saber cómo es eso… ¡Vayamos!

Pero no hubo forma de que la grave hermana de don Gisberto se decidiera a salir. Consintió en que la sobrina concurriera acompañada de Luis, el primo, y por Deogracia.

—Tengo entendido que en esos velorios se baila —fue todo lo que dijo después doña Marta.

—¡Ay!… —exclamaba Consuelo, ansiosa de curiosear las costumbres lugareñas—; creo que mataré el aburrimiento esta noche.

El rancho estaba alegremente iluminado con lámparas de acetileno, era amplio y con piso de cemento. Para la niña Sarabia y sus acompañantes, señalaron sitio especial, desde donde pudieran gozar de todo sin ser estorbados. Sobre y debajo de una mesa estaban algunas ventrudas garrafas de bebida preparada especialmente, y otros litros de vino y amargos. En otra mesa descansaban azafates de dulces y granjerías cubiertas, con blancos paños. El administrador y su prima se acomodaron en un viejo sofá, Deogracia tras ellos. Desde allí miraban todo cuanto sucedía en el recinto, a cuyo fondo se elevaba un altar profusamente engalanado de flores, de entre las cuales emergía un santo gibado con un bulto sobre los hombros mientras parecía sostenerse en un cayado. Tras el altar, sujetas a la pared con clavos, lucían varias sábanas de colores abigarrados y violentos, así como abanicos y muñecos, que daban al altar apariencia de quincalla turca. Había bullicio por los alrededores. Los hombres hablaban y reían en voz alta, fumando, comiendo y bebiendo. Las mujeres engalanadas con sus tricotinas y zarazas lucían llamativos adornos en el pelo y sobre el pecho. Comían dulces y sonreían sin artificios. Algunos hombres, entre los cuales lucía su dentadura

intacta Lino Bembetoyo, atendían solícitamente a las invitadas al velorio. Allí estaba Altagracia, alegre; mas, a pesar del disimulo de los polvos, mostraba un rostro demacrado, ojerosa; su piel era casi transparente; sus caderas lucían más desarrolladas bajo el traje de raso azul, y su cuerpo se había transformado rápidamente de adolescente en mujer. Junto a ella tomó asiento Carmen Ramona, su mamá, que estaba muy atrayente con sus cuarenta años todavía duros y apetitosos. Una morenita, despierta y más seria que todas, se mantenía en silencio junto a las dos. Era Coínta, la de los ojos grandes y pechos siempre tentadores para los peones. En sus ojos hermosos y vivos se traslucía la distraída tristeza del que está lejos de cuanto le rodea. A su lado fumaba una vieja semidormida un grueso tabaco con la candela para dentro. Era la señora Celestina, madre de Tereso. Más allá se erguía vestida de rojo la india Juana, mujer de Bembetoyo, oliscando desde ahora, con la estadía de doña Marta en la posesión, la perspectiva matrimonial con Lino su marido. Seguían otras mujeres, viejas, jóvenes y adolescentes; negras, indias y mulatas. Blancos había cinco, incluyendo a los sobrinos del dueño. La concurrencia bullía como un colmenar. Hombres y mujeres pedían a gritos un poco de anisado o aguardiente. Pero hasta después de las letanías nadie podía tomar.

Poco después entró Regana, oronda, ruidosa entre sus camisones almidonados. Le pusieron un silletón junto al altar, y detras de ella quedaron dos viejas en pie.

Regana hizo callar a todo el mundo.

—Ah, pue… —dijo; vamo a comenzá la letanía.

Y comenzó el rezo. Una especie de cantata a ratos fúnebre y alegre. Regana guiaba con su lengua torpe y el ademán ceremonioso. Todos los demás respondían en coro: “Ruega por él, ruega por él”.

Por los labios bisbiseantes y carnosos de la maritornes, pasaron todos los santos habidos y por haber. Luego terminó con un “amén” acentuado y profundo, al que todos repitieron con fastidio. Silenciosamente a un lado del altar tomaron asiento cuatro hombres, armados de furruco, cuatro y tambora. Tan pronto finalizó el rezo, comenzaron ellos el macán, pero en pianísimo. Todo entonces se animó repentinamente. Regana y sus viejas desocuparon el sitio. Carmen Ramona llamó a Luisa Sinza, india jalifa de cintura vibrante como un látigo, y juntas comenzaron a repartir la mistela y

el anisado. La niña Sarabia bebió con gusto la mezcla rósea de caña dulce aromatizada con frambuesa. Luis bebió amargo, chocando su vaso con Lino Bembeyoto y otros. Cuatro vasos bien cargados de amargo de berros vaciaron los músicos, y enseguida comenzó el baile. El tan tan de la tambora retumbaba diestramente, mientras el furruco contrapunteaba con sus lujuriosos lamentos de bestia humana. El cuatro alegre y saltarín cantarineaba y la risa nerviosa de las maracas llovía sobre el ritmo del son que parecía aguinaldo o tango. La india Luisa Sinza, con su cintura latigueante y un pañuelo de seda verde en la mano, y la negra Teodora, esbelta, ágil, de dientes nacarinos y perfumada de *patchouli*, meneando majestuosamente sus nalgas combas, avanzaron al centro de la sala golpeando a compás las palmas de las manos…

¡San Pascual, eleoló!
¡San Pascual, eleoló!…

Hombres y mujeres bailaban sueltos, golpeando las manos; las hembras recogiendo el camisón; los hombres con rápidos esguinces buscándoles el frente, que ellas les ofrecían el flanco en un meneo violento…

¡Ay!, todos, todos, todos los negros
me buscan a mí…!
¡San Pascual, eleoló!…
¡San Pascual, eleoló!

El furruco gemebundo, en pleno orgasmo, se crecía de nuevo al llamado de la compañera, la tambora cloqueante e insaciable retumbaba violentando el sacudimiento de las mujeres, despertando en los hombres el deseo que se les colgaba de la bemba como a ellas de los senos y el sexo… La negra Teodora lucía su cuerpo y su canto. De sus axilas fluía almizcle de lujuria; entre sus piernas, duras y tersas como macollas de plátanos, apretaba el deseo erizado como la tuna enconosa, escondiéndolo, convencida y segura de su poder como hembra a quien los hombres lloraban, babeantes. Luis Pantoja, al comienzo un poco aburrido, —ya que la presencia de la prima

le impedía decir algo a Deogracia—, reparaba fijamente en el cuerpo de la negra bailadora. El talle de Teodora tenía algo mágico, embrujador… Tiraba la cabeza atrás, sacudiendo el pelo enmarañado y aceitoso, presentando el busto, elevando los brazos llenos, morenos como la piel del quimbombó, serpenteantes como la culebra calicante, fabulosa serpiente barloventeña que nadie ha visto, y que sin embargo aterroriza el corazón del rozador en esta copla:

Si la calleante viera
y la víbora escuchara,
qué gentío no muriera
si esa bicha los picara…

La negra Teodora, de Ganga —caserío perdido en las serranías de Capaya y Curiepe—, absorbía la atención del administrador. Sin saberlo púsose en pie, coreando también:

¡San Pascual, eleoló…!
¡San Pascual, eleoló!…

Lino Bembetoyo, por su parte, sudoroso e incansable, bailaba a duras penas con Coínta, que sabía poco de esa ciencia del disimulo de la negra Teodora. Sus “justanes” eran cortos como sus años. Bailaba y bailaba, sin darse cuenta de que su cuerpo temblaba como el manare cerniendo pan; reía, viendo el afán de Lino por menearse y pegar su ombligo al de ella, y ella sin dejarlo, como le aconsejaba Luisa, que sabía de esas cosas; y cuando él le agarraba una mano para decirle y pedirle una cosa que le decía y pedía desde semanas atrás, ella contestaba: ¡Nunca, nunca…!; aquello lo guardaba a Tereso, el hijo de la señora Celedonia. ¡Después, sería otra cosa, antes no…! Y el baile seguía, crepitante de palmadas; asfixiante, de vahos de axilas y de perfumes baratos. La tambora afinaba como un gongo, sugiriendo a la bestia en celo, a las mujeres en cuatro patas sobre un rimero de tusas como “súcubos diabólicos…”

Ah, todos, todos, todos los negros
me buscan a mí…
Ay, San Pascual…

¡eleoló!
Ay, San Pascual…

La india Juana bailaba con un negrito adolescente y reparaba en Lino. Y fue Altagracia —también celosa—, que le dijo al oído: “La que cuida lo que tiene… ¡Juhm! Ojo pelao, Juana”. Y le hacía señas hacia Lino, empeñado en convencer a Coínta que hacía leves esfuerzos por apartar el cuerpo del apretón de sus manos. Y Juana no perdió un detalle, sin importarle que, en su descuido, las manos de José de las Mercedes se bajaran a sus ancas. Sí, ella se estaba dando cuenta de lo que estaba sucediendo entre aquella muchacha y su hombre. En cuanto terminaran el velorio, ¡ya iba a ver el confiscao!

El furruco se estremecía. Pujaba como los asnos espiados con dos sacos de a cincuenta kilos de cacao, Consuelo reía, pensando en la viuda, quien hubiera sufrido un vahído mirando el “velorito” aquel. Y pensaba que todo aquello debía tener una tradición, un motivo en fin. Preguntó a Deogracia, que nada sabía de nada. Pero la señora Celedonia que escuchó, mientras revolvía el carato en las latas, comenzó a contarle:

—¿Con mucha guto, m’hijita, cómo no?… Ah, pue, uté me va a dispensar, pero no jallo ma remedio que contáselo a como me lo contaron a mí. Resulta, pue, que San Pascual era muy parrandero, y Dios, pa’ dale trabajo, cuando jizo al mundo, a nosotras las mujeres nos jizo enterizas, lisas como estautas. Y le dio un saco de empanás calienticas a él, tal como uté lo pue mirá ahí enfrente, eto era pa’ que a ca mujé le diera la suya. Pero resulta que San Pascual, parrandero al fin, se echó su carga al hombro, y después de emborracharse, salió dando traspiés, cayendo finalmente al suelo, quedándose allí durmiendo la juma… Pero en la mañanita se recordó, buenito y sano, porque las granjerías, ya piches, le quitaron la rasca…

Consuelo no siguió oyendo aquella historia, que no le hacía gracia alguna. Vulgarísima…, pero había en ella algo tan curioso que la hizo reír durante un buen rato.

Poco después se marchaban los Sarabia.

Luis sentía dolor de marcharse. Aquel ambiente, frenético y sensual, quemaba su carne con fuego arrebatador, ansias de poseer cuanto antes a aquella negra. Y cuando se iba de regreso con la prima, la noche sin luceros le pareció las fauces de un bello monstruo

de lujuria que poco a poco se lo tragaba… El dombo del caballete de palmas era como las curvas de Teodora contra el reflejo del acetileno. La comba de los árboles, sus senos; y el rugido de placer del furruco, el espíritu de África, vibrante, oloroso a mandrágora, a curujujul y áloes…

Dejó a Consuelo y a Deogracia, y, sin hacer ruido fue a esperar a Teodora en el punto convenido: tras la cocina. Poco después llegó ella, y allí, recostándola del tucutuco, levantó sus faldas con furia y la poseyó totalmente al son de la tambora y del furruco en celo.

¡Sagrado y desesperado rito de Cam!

* * *

El hijo del mayordomo

Consuelo, sentada en un silletón de mimbre, tomaba su café junto a la vieja mesa de caoba.

En el rincón sacude sus perlinas notas el tinajero, con su barbuda piedra, verdosa de hierbas. A un lado la alacena amplia y oscura, inmutable guardián de las comidas. Las sillas de manufactura extranjera parecían asistir a una sesión misteriosa de invisibles comensales… Porque ella sentía la compañía de la soledad que tajaba los altos bucares el cuchillo silbante de los arrendajos. A su cerebro volvían recuerdos de la infancia.

Todo estaba igual, como si los años no hubiesen pasado acumulando polvo. Hasta el reloj grande y medio ahumado, vecino a la cocina, continuaba repasando el tiempo con el monorrítmico tic-tac que herrumbraba sus ruedecillas deshaciéndolo…

A través de la rejilla de filamento de caña-amarga, sopla el olor de la vegetación, el aroma montaraz… El olor a campo, ¡inconfundible olor de libertad y de vida! Si no fuera por todo aquello. Las sabrosas excursiones que espantaban su tedio; aquellos ricos baños en la quebrada —agua diáfana y cantadora—, cuyos pozos limpios de breñales copiaban la hondura azul del firmamento…

Un mes de nuevo en aquellas tierras que no veía desde su niñez. Tierras bondadosas, mansas como los remansos; poderosas en plena gestación, retorciéndose en las raíces de los añejos troncos; triunfantes de verdor en las preñadas ramazones como manos informes de millares de dedos, ofreciendo tras cada flor la promesa frutal.

Hojas amarillas, rojas, verdes, en todos los tiempos y en todas las edades del árbol, y por sobre los lomos desgreñados la obstinación encendida del sol achicharrando. Aquel encanto de eterno verdor, sumía su espíritu en una suave placidez.

No era el roce con aquellas buenas gentes que desconocían los convencionalismos de lo que se tiene como civilización. No era la ingenuidad de aquellos hombres fuertes, de palabras desnudas y pasiones sencillas, Lino Bembeyoto, José Trinidad, Crisanto Marasma… Era ese algo que la aturdía de lasitudes como una bohorrina aguardentosa de peones; el vacío que dejó en su vida el ruido del tráfago. Era una sensación tediosa, que la privaba como un tósigo lento en el amanecer y atardecer que envolvía la paz de los ranchos humeantes; en el gorgotear del rocío en las hojas del cacaotal. No hallaba como matar su aburrimiento. Cualquier ejercicio le producía cansancio, el deseo de echarse con un libro sobre la hierba del patio. De tarde salía a departir con los vecinos, contándoles las cosas de la ciudad que oían las jóvenes con morbosa atención. De noche, el ludo y el dominó con la tía, el primo y Deogracia. En las tardes de los domingos y entre semana, presentábase el coronel…, por cierto, señor muy culto y hábil lisonjeador a la antigua. Quedó pensativa mientras sus ojos contemplaban el jardín gallardear con sus lirios y el blancor de sus berberías. En el muro limoso del estanque, las campanas azules subían enredándose hasta el techo. Las rosas rojas y las trinitarias confundían sus colores. Y del jardín venía una deliciosa mezcla fragante.

Siguió pensando en su mundo interior. Cuántas cosas hacían falta a su vida de mujer moderna. Pensó en los galanteadores que, no obstante, no habían logrado despertar en ella algo que llevaba dormido en su pecho, el amor que cargaba dormido en su alma… ¿Sería el amor lo que le hacía falta?

¿Podía despertarlo un hombre vulgar, igual en palabras a los otros, que no tuvieron un poco de idealismo, en fin, un idealismo que no fuera solamente el casarse y tener hijos?

Sabía que era bella. Ya se lo había cantado un poeta trasnochado un día de su onomástico…; pero ella no quería precisamente un poeta que solo hiciera versos; ella soñaba con uno de esos hombres a quienes un fuego secreto les enciende el espíritu con la ambición de

grandes empresas. Ese sí era su ideal. Mas qué pena; esos tiempos del romance ha mucho tiempo que pasaron. Y no era el "príncipe azul" al que esperaba. Detestaba lo romántico, pero amaba lo "exclusivo", lo que las demás no tuvieran; lo que ella supiera forjado a golpe de sus propias emociones…

Deogracia interrumpió sus pensamientos. Traía un rostro animadísimo de la cocina.

—Buen día, niña Consuelo… ¿Cómo pasó la noche?

—Bien, ¿y tú?

—Rendía, soñando con zoquetadas…, me levanté toda asustada. Tuve una pesadilla con el negro que tocaba el furruco, pues cada vez que sonaba la verada me clavaba los ojos y se reía, ¿no se fijó usted…? En el sueño lo miraba grandote, desnudo en pelota, con el furruco entre las piernas… ¡Qué horror! Pero gracias a Dios, esta mañana hemos recibido una gran alegría.

—¿De veras…? Gracioso, ¿y qué han sabido?

—Un telegrama de mi hermano Pedro…

—¿Tu hermano Pedro…? ¿Y dónde está él?

—Ahora viene de Caracas… Ese se fue hace tiempo pa' el Zulia, a trabajar en las petroleras y a…

—¿Y a qué?

—Según le dijo a taita y que a instruirse y a conocer yo no sé cuantas cosas. Lo cierto es que le puso telegrama al viejo, avisándole que salió para acá.

—¿A instruirse…?, repitió Consuelo pensativamente. Y después agregó:

—¿Y él, nació aquí?

—Si, mi niña…

—¿Junto a ustedes?

—Claro… ¿Por qué me lo pregunta?

—Por nada…

Dicho esto, la espléndida joven Sarabia sonrió poniéndose en pie.

—¿Vamos al baño, Deogracia?

Salieron del comedor.

Tropezaron con la viuda. Venía de su alcoba con sus finos anteojos sobre la frente, donde un mechón de canas se le irisaba con la brisa mañanera.

—Tía; acompáñenos hoy… Mire, son las nueve y el sol ha calentado bastante. Con el calor que hará hoy, un baño nos sentará muy bien…

—¡No hija! ¡Váyanse con Dios…! Todavía sufro de reuma. Esos baños no convienen a los viejos. Ahora a ustedes, que están hermosas y fuertes —las jóvenes rieron.

* * *

Crisanto Marasma sintió que algo se le agrandaba en el pecho. ¡Su hijo Pedro al fin debía llegar! Su hijo, que había escapado a aquella vida dura y bárbara del rozador, le ponía telegrama anunciándole su regreso. Allí, contra su corazón se humedecía el amado papel con el sudor de la faena… ¡Su hijo Pedro…! Él no estaba allí, como los otros, doblegados como una C, de sol a sol, sobre los barbacoales rebeldes, resollando grueso, fijos los ojos enmarañados de tierra y sudor en el corte, evitando que los filos del liniero reventaran chispas cegantes contra las ocultas guaratas…

—Zuaz… Zuaz… Linnnn…

Ese canto del machete rozador, y la mano como un nudo de callos honrados apretando las cachas. Esos callos no habrían de endurecer las manos de su hijo. ¿Qué le importaba la crítica de las mujeres, la de los otros hijos de los demás?

Allí, donde todos habían aprendido a jalar para arrancar ese canto melindroso de onzas de oro a la paguara, nació un hijo de peones que no quería continuar en la esclavitud. Ese bonito tilín que recorre los nervios desde la punta del acero hasta la raíz de la uña del pie, rompía el filo y enduelaba los rostros:

—¡Maldita y tapa…! —la frase salía sorda como el rugido del avispón. Gracias a la Providencia, su hijo huyó de esa tragedia pequeña y gran tragedia del trabajador de haciendas. Ni los ceños apretados, ni el rostro contraído por las cortaduras. Ni el colmillo de la macagua. Tampoco la venganza a machetazos, por las faldas de alguna recogedora…

No. Pedro Marasma, su hijo, sería distinto.

* * *

De regreso del baño, ya Consuelo Sarabia, conocía íntegra la vida de Pedro Marasma y también la de Deogracia. Ambos eran hijos de Chencha, mujer humilde venida del Llano, en unas de esas constantes migraciones de los pueblos. Allí conoció a Crisanto y ya nacidos Deogracia y Pedro, fue legitimada su unión por el padre Arturo de la Peana, párroco de Caucagua. Pero al parecer surgió lo inevitable: Chencha se separó de su esposo y se fue con otro, un antiguo amador. Deogracia quedó en la casona, acompañando a Regana y a la vieja Asunsa, mientras Pedro, sin querer doblegarse a la ley de la tierra, cogió el camino de la aventura un día cualquiera. Contaba diez y seis años para entonces, cuando se fue con unos ingenieros a Maracaibo. El muchacho nació muy extraño para todos. Cuando solo contaba ocho años, ya conocía todas las reglas de contabilidad y leía cosas que los poceños no entendían, pues acaparaba cuanto libro o papel le caía en las manos. Así pasaba el tiempo. No quiso levantar una chícura. Su vida, su manera particular de ver las cosas, que la hermana repetía a su manera; así como su ida con los ingenieros —una madrugada—, dejándole una carta explicativa al viejo, carta que aclaraba el por qué de sus días silenciosos y pensativos, mientras el viejo lloraba "sabiendo que él quería aprender más de la cuenta…", todo eso aumentaba su curiosidad por leer esa carta.

—Bueno, niña; a la tarde se la llevo, pa' que la lea…

Había encontrado al fin algo interesante con que matar la modorra del resto del día. Las bestias marchaban cómodamente, ramoneando a diestra y siniestra. El muchacho sudaba, con las piernas cubiertas de polvo. Protestó del andar regalón y le echó un trastazo a una de las bestias…

—¡Yegua 'el cará…!

Cada trastazo hacía reír a las jóvenes. Malditas las ganas que tiene él de reírse. Ya son una pila de días que llevaba en aquella brega de apalear y correr. Bien ganados se tenía aquellos seis reales diarios. Y todo por darle lo suyo a su boca y a la de su mamá, que si no, cogía cualquier camino… ¡Y a correrla también!

Las bestias se hicieron a un lado al llegar a una vuelta. Deogracia soltó intempestivamente las riendas y comenzó a chillar. El muchacho se adelantó para espantar una manada de araguatos que

cruzaba en aquellos momentos el camino, rumbo a las haciendas, donde harían un gran destrozo en el cacao. Hecho esto, quiso calmar a las mujeres, pero Deogracia principalmente estaba muy impresionada. Consuelo calmó sus nervios. No a la hija de Crisanto, que se había tirado de la bestia, echó a andar apresuradamente hacia la oficina y no hubo forma de detenerla.

Por la tarde, y de regreso del trabajo, el viejo mayordomo hablaba consigo mismo. Canturreaba. Ya Lino Bembetoyo y otros comenzaban a regar la voz por todas partes, avisando la próxima llegada del hijo de Marasma. Crisanto despidió a los peones como siempre, y se quedó solo. Mas, viéndoles a todos, cansados, llenos de tierra; algunos heridos en las piernas o en los dedos de las manos; otros con escalofríos de fiebre, sintió que una inmensa conmiseración lo invadía. Antes, cuando aún los buhoneros no habían tirado los fardos para poner sus tiendas en los pueblos, ni los isleños dejado las arreas de mulas y las cocinas de los negros ricos para negociar palos de cacao y abrir comercios prósperos, había mejores ambiciones en el trabajo. Los padres de aquellos muchachos que ahora daban lástima encorvados sobre los gamellones, podían disponer de holganza en la vida; y cuántos de ellos, muchos de los cuales veían morir como Vivianito, de cara al suelo, dándole el último beso a aquella tierra regada con sudor y sangre, disfrutaron en la infancia de las comodidades y el cariño de los viejos.

VI
Hijo de peones

El canto de la coca enredaba su cinta encendida en la melena de los árboles hundidos en el gris lento de la noche cercana. El terral rumoroso perfumaba de jazmines de hacienda, de resinas y almizcles animales la soledad de la hora. El Tuy retumbaba, con ecos sordos, y en los charrabascales el gorgoreo musical de los "enfinteadoros", era una aria cándida a la muerte del día. Los cocuyos comenzaban a incrustar sus luces como botonadura de preciosas piedras a las sombras que rondaban por los largos callejones de las haciendas.

—Esos son los faroles de las macaguas —contaba Deogracia a Consuelo. El ambiente se poblaba de susurros y presagios maléficos…

—No, señorita; esas no son las luces de los muertos… Dicen que en el patio de esta casa está enterrada la botijuela 'e Ño Julán… Asunsa, que cree en brujerías, asegura que al punto de las doce, antiquina, brilla una luz al pie del jobo que hay en el centro 'el patio… Pero esas lucecitas a esta hora avisan que p'uallí andan las macaguas, sanguiando un jarrete…

—¡Huy! ¡Lagarto…! Tráeme más bien la carta esa para leerla. ¡No sigas hablando más esas cosas tan desagradables!

Sus bellos ojos comenzaron a recorrer las líneas bien trazadas de la carta. Deogracia había encendido, entre tanto, la mecha azulenca del gas, y a su luz, la señorita Sarabia leía: "Papá; yo no le exijo a usted más, no porque sepa que no podrá dármelo, sino que mis aspiraciones serán tal vez absurdas y signifiquen una pretensión para los otros y aspire a salir de por todo esto… Por supuesto, no para abandonar mi terruño, mucho menos a usted; yo persigo el rastro de lo que deseo saber, y ese rastro no podré hallarlo quedándome aquí como un peón más… ¿Usted no se fija que hay seres mejor dotados, que nos subyugan, dominándonos por el acervo de sus conocimientos…? Pues bien, esos, casi todos, han nacido en mejores condiciones económicas que yo; ellos habrán podido estudiar metódicamente siguiendo un curso normal de ciencias. Esa superioridad le prueba que no toda la vida vamos a vivir por estos montes, sometidos a la voluntad de los que adquiriendo algunas luces no siempre usan con nosotros la sinceridad… Yo deseo ilustrarme un poco. Seguir mis aspiraciones, quebrando en mi existencia esa línea paralela de peones que ha sido siempre mi familia… ¿El dinero?, dirá usted. Yo le respondo que esto es accesorio. Si no hay preparación, no podrá aspirar a obtenerlo quien nació pobre; ni a conservarlo quien nació holgadamente. Eso es todo. Si voy errado, no importa. Esto es bastante humano, pero no quiero doblegarme a la inopia, a la rutina, sin luchar por mis ideales…"

* * *

Teófilo, desde el día del susto de los araguatos, buscaba un pretexto para evitar volver a la quebrada, a pie y cansado tras los cascos de las bestias. Aquel era un trabajo incómodo, bastante ingrato, sobre todo, con mujeres tan miedosas…

Hoy, como siempre, la señorita había ordenado ensillar. Y en su imaginación, tras largo pensar, se clavó una idea salvadora: La pringamoza. Y acto seguido colocó unos tallos bajo la silla de una de las yeguas. Pero cuando le tocó el turno a la otra, sintió un grueso resuello en la nuca…

—¡Guá…! ¡Pero miren al muchacho 'el diablo!

Regana se salió con la suya. No había perdido un solo detalle de su fechoría, pues Teófilo, antes y después de los viajes a la quebrada, se lamentaba "como indio que era…"

—¡El indio es vil, hasta morir!

Regana siguió hablando a grito herido, insultándolo. Y no contenta con esto, salió a decirlo al administrador.

Decírselo a don Luis era soplárselo al viejo Crisanto. Y Teófilo, todo mohíno, se escondió en el chiquero pensando en la fuga. Miró a través de las haciendas. El alambrado no distaba mucho, y en su cerebro apareció el compungido rostro de su madre, allá en el rancho sobre el cerro, tras el negocio de José Trinidad…

Al pensar en ella, retrocedió. ¿Quién iba a mantenerla, cuando ella estaba paralítica de un pasmo que cogió una madrugada en las haciendas y no podía ir como las otras a recoger cacao…? ¡Qué caramba! ¡El mal estaba hecho…! Aquella pela del mayordomo era segurita. ¡Maldita sea la vieja Regana! ¿Quién lo salvaba ahora de aquellos cuerazos, al regreso de la quebrada?

Las lágrimas le corrían por las mejillas, mientras resueltamente terminaba de aparejar las bestias.

* * *

Al regreso del baño, Consuelo volvió a preguntar a Deogracia otras cosas referentes a su hermano próximo a llegar. No tenía interés personal en ello, ni aficiones literarias más o menos en mientes, sino que simplemente anotaba todo en su librito de apuntes. Después lo leería a sus amigos de Caracas. Así se dio cuenta de que Pedro Marasma tenía inclinación al estudio y a la investigación de las cosas. Deogracia le decía que también cantaba. Desde pequeño trataba de imitar las voces de los artistas, grabadas en los discos fonográficos. Sería interesante conocer a Pedro Marasma. Deogracia le ofreció la otra carta, donde el hijo del mayordomo daba consejos a la hermana y trataba de interpretar el miedo que sentía por ciertos animales…

"Todo ser humano tiene un grado de sensibilidad nerviosa, que solo se aprecia a la vista de algún objeto: animal, sonido, color, etc. Esta especie de superstición lleva a algunos a huir de un gusano, una serpiente o de un simple polluelo… Personas hay que creen

en signos, agüeros y demás supercherías. Todo esto no es más que "complejo ancestral…"

No siguió leyendo. Bastante extraño le parecía todo lo que aquel hijo de un mayordomo ignaro escribía a la hermana, que de seguro se quedó en la luna —como le sucedía a ella misma— al leerlo. Y se rió un buen rato dándose cuenta del interés que el hermano de Deogracia había despertado en su interior.

Devolvió los papeles a la muchacha.

Era absurda la curiosidad que sentía por un simple hijo de peones.

El regreso de Pedro

Una noche, en el silencio de las horas resonaron pasos de bestias en el callejón de la oficina. Los perros ladraban furiosamente, incomodando el sueño de los moradores de aquellos sitios. Mientras tanto el trote de la cabalgadura, pese a los denuestos perrunos siguió sin más novedad, dejando atrás el viejo recinto envuelto en las sombras y fue acercándose a la casa del mayordomo. Crisanto había sido uno de los primeros en oír al inesperado jinete. Encendió luz y se aprestó a mirar con cautela entreabriendo cuidadosamente la puerta… para recibir a su hijo que volvía. Era Pedro, quien al verlo gritó:

—¡Qué hubo, papá…!

Volvía por fin el esperado… Era ya un bien formado hombre. Anchos hombros, mirada firme. Sus ojos negros tenían la lejana melancolía de la raza de los abuelos.

—¿Y esto? —inquiría el padre desmontándolo en peso, como lo hacía cuando él no era más que un chipilín, notando su traje embarrialado, la cabeza al aire…

—¡Qué se hace, viejo: el sinsombrerismo! No me acordaba de estos barrizales y me vestí como para un baile…

—Siempre loco… Siempre loco, hijo…

—No te preocupes por lo demás, viejo; desembarqué, cogí el ferrocarril y aproveché unos muchachos que bogaban hasta El Clavo. Allí, con estos deseos que tengo de verlos, no podía estar tranquilo. Alquilé la mula y aquí me tienes… Es todo mi equipaje —continuó Pedro, mostrando una pequeña maleta atada al pico de la silla y una guitarra enfundada en la mano:

—Algunos libros, alguna ropa y este instrumento, ¿te parece?… Pero por ahí te traigo alguna platica, mi viejo, para que te compres un nuevo cachimbo. ¿Y Deogracia?, ¿dónde está?

Sin dejarlo contestar, agregó:

—No la despiertes… Mañana hablaremos. Vengo sumamente cansado y con mucho sueño.

Crisanto desembarazó la mula de equipaje y montura, y empujó al hijo al interior, que aturdido por el estropeo del viaje, tumbose en la hamaca del padre, con ropa y puños encima. No tardó en dormirse al instante como el que no tiene peso en la conciencia y vive sonriente:

El viejo, con los ojos húmedos de alegría, lo desvistió, echándole sobre el cuerpo su cobija de doble paño. Quería saltar, gritarlo, abrazarlo contra su pecho… Lo que hizo fue doblar la cabeza gris como las cenizas del tabaco.

* * *

Los peones han visto una bestia amarrada tras la casa del mayordomo, informándoles este mismo de la llegada de su hijo. Entre algunos ha circulado de nuevo el mismo prejuicio que a raíz de su huida del hogar paterno, servía de comidilla en los sesteos bajo las verdeantes hojas del conuco.

“Ahí ta el pretencioso ese…” “Ajá: ahora vamo a ve pande coje…” “Jum: yo no respondo, pero como que va a tené necesidá de cojé su machete, pa’ sostené ese postín…” Eran sus compañeros de infancia, ya hombres, y los padres de éstos; no resignándose a aceptar aquella excepción. En otros de su edad fulguraba el rencor consigo mismos; pero un rencor que era un sentimiento de admiración hacia él y al mismo tiempo, el despertar de la conciencia adormecida por la rutina. En todos terminó de avivarse aquel acicate de levar en ocasión propicia sin hacer inventario del bagaje con que pudieran contar. Nacía el empeño como una cosa objetiva, exteriorizada en los modales y maneras de vestir del coterráneo: su lenguaje culto; el acervo de cosas nuevas que traían su guitarra y su voz. Tenían pues, necesidad de emigrar, ir a arrancarle los secretos de su modernismo y hasta la sapiencia misma que suponían pedantería en el hijo de Crisanto. En cambio para Coínta revistió algo más que

un acontecimiento. El corazón quería salírsele por la boca, cuando Pedro le contó que Tereso, después de mil tropiezos en la ciudad, donde comenzó por emplearse en el almacén de unos musiúes, pudo luego comprar un carrito de vender chicha y dedicarse al negocio recorriendo las calles; pero como a él le gustaba la música, había comprado su cornetín y estudiaba en la noche… Ahora era músico. Podía vérsele bien trajeado en La Torre, reunido con los colegas en espera de contrato de baile. Estaba muy gordo y era otro Tereso…

—¿No le hablaba nunca él de su mamá, la señora Celedonia?

—¡Cómo no!

—Y, de una amiga…, es decir, de mí…

—¡Oh…!, de ti, pues, también; a menudo…

Había dicho una mentira. Tereso recordaba muy poco a la sencilla muchacha que lo aguardaba todos los días. Cuando venía el recuerdo a su imaginación, la miraba cada vez más lejana, perdida en el corazón de las haciendas barloventeñas. La verdad era que Tereso se veía muy poco con Pedro. Cuando esto sucedía, si acaso le hablaba de la señora Celedonia, su madre. Ahora era Tereso el señorito perfumado, que tenía una pieza en el 140 de su cuadra; llevaba a menudo “hembras completas”; se perfumaba con agua de Orsay y fumaba “Chester”. El 140 era una casa de vecindad que tenía más piezas que un colmenar. Pagaba el cuarto mejor y más caro. Era su gusto. Pero la “encargada”, una señora bizca y cejijunta, tenía muchos inconvenientes con él por sus llegadas tardes de noche. Y Tereso no se había mudado por tener una novia ahí enfrente, en El Vapor, otra casa de vecindad de la cuadra, inmensa, construida de tres pisos sobre la profundidad de una barranca, con triple hilera de piezas constreñidas y numeradas como los camarotes de los buques. Allí vivía Ana Rafaela, una andinita, con su mamá. Blanca, como él aspiraba, y ya tenían algunos meses de relaciones. El único inconveniente eran las visitas a su novia, porque el “encargado” de El Vapor, un sujeto alto, desgarbado, con una calvicie lustrosa, zurdo y amanerado, se gastaba un carácter más propio de mujer histérica, era una maldición que ese encargado fuera negro. Tenía la voz ronca, pero al hablar entornaba los ojos y se contoneaba… Una noche, que salía más tarde que de costumbre, el “pato” de El Vapor por tris lo desnuca: le tiró el portalón encima y sintió el aire del golpetazo sobre la espalda y el cogote… La historia la conocía Pedro,

porque Tereso se la había contado. Al venirse le había comunicado su resolución de ir a la policía, pues cargaba entre ceja y ceja darle unos cuantos verazos al maricón de El Vapor, ¡"pa" que respetara!"

Coínta, ignorándolo todo, quedó encantada con las noticias que Pedro le trajo de Tereso. Y la carrera fue a contarlas a la señora Celedonia.

Los pocos días que llevaba de nuevo en el terruño, los aprovechaba para recorrer los viejos caminos nunca olvidados; los limpios platanales extendidos bajo el sol como una llamarada verde y tierna de rumores; las riberas de la quebrada, sombreada de bambúes y árboles frutales, cantarina como un carángano, y llena del pío de los pájaros, picoteando el oro viejo de las naranjas cajeras; respirando la fragancia del campo, aturrullada de pitahayas y jazmineros de hacienda. Desgajaba los frutos como en sus primeros años. Pulsaba la guitarra, mirando el cielo siempre azul, mientras el paisaje se encendía en las playas yerbosas con el rojo de los riquiriquis y el morado tímido de los angelones… La hilacha de agua rumorosa se perdía en el boscaje de guananas, dracos y plantas salvajes de "cocos de monos", como las notas de su guitarra se perdían en la oquedad diáfana que asaeteaba el rápido giro de los pájaros.

* * *

Rehusaba instintivamente pasar por la oficina, pese a los deseos de su hermana. Pero una tarde se vio sorprendido en sus paseos. Oyó que lo llamaban. Al voltearse se encontró con la sobrina de los dueños, acompañada de Deogracia, que le decía:

—Señorita; este es mi hermano que le dije…

—Mucho gusto, caballero —respondió ella, mientras él se erguía del tronco que le servía de asiento. Ella le extendió su mano suave y bien cuidada. De aquella súbita presentación, le quedaba la insistencia de unos ojos ciertamente bellos, que revisaron su cuerpo de los pies a la cabeza, y sobre todo, aquella frase: "caballero", que pareció contener cierta intención burlona. Rehusaba acercarse a la oficina por eso mismo. Sabía que los dueños habían llegado y bastante conocía el orgullo que se gastaba aquella gente.

Los tenues coloridos de la aurora trasponen el umbral de la alcoba y el canto de los gallos anuncia un lunes de fiesta campestre

para Consuelo, un lunes de ruda brega para el peón. La viuda de Grünlow asegura haber oído una bonita canción. La sobrina confiesa su sueño pesado, no obstante añade:

—Ese debió ser el hermano de Deogracia; se lo preguntaremos a ella…

—Pues, te digo que me gustó mucho, y tú conoces mis gustos. ¿Recuerdas al tenor Pereda, en el Nacional?

—No exageres, tía… ¿Qué puede saber ese muchacho de canto?

—Te digo que la voz es bastante educada.

—Puede ser… —recalcó finalmente la sobrina disimulando una mueca, que quería decir: "Esta vieja está achacosa de remate". Y se limitó a sonreír.

El último paso de vara

Hoy recibieron carta de don Gisberto. ¡Y qué carta! Un completo tratado de moral y buenas costumbres que atañía a Luis. También cartas de la familia.

También este día han sacado bastantes sacos de cacao almacenado, en arreas de mulas, hacia el embarcadero. Los peones sudan, desnudos los torsos, bajo los preñados sacos que lucen en colores de anilina, las iniciales del propietario.

Bulle la oficina de trabajadores que circulan con sus capuchas de henequén, brillosos de sudor.

* * *

Las mulas llevarán hasta el embarcadero la almendra del "último paso de vara".

Como era costumbre en la región, doña Marta organizó una fiesta en la que, al igual que otros años, se efectuarían bautizos y matrimonios.

El padre Arturo había sido invitado, y en el portalón de la oficina se ha construido un altar con palmas y cajones artísticamente cubiertos con apariencias y tabernáculo, donde se pudiera guardar la Sagrada Forma, y llevar a bautizar a aquella nueva cosecha de angelitos rurales.

La animación cundía en todas partes. De los “sitios” La Cumaca y Guananal —los importantes— bajan romerías de nativos con sus atajos de muchachos. Hombres y mujeres se agrupan en los corredores de la casona; en los patios y hasta en la cocina. Regana luce finchada su saco blanco, el pañuelo de madrás sobre los hombros; vistiendo muy oronda el lujoso justanzón de percal profusamente estampado. Apenas se daba abasto atendiendo la coladura del carato, oloroso a clavos de especia, que vertían en sendas latas Asunsa y Deogracia. Vigilaba también el anisado, turbio como la horchata, que sobre un mesón preparaba Lino en limpios botellones. Otras mujeres lavaban jarros, vasos y demás adminículos en el fregadero.

En el patiecito del fondo trituraban relucientes cilindros de caña dulce a golpes de tucutuco, exprimiendo el jugo meloso a chorrerones, colmando las ollas de azulado peltre. Completaban estas actividades otros importantes preparativos que prometían hacer del festival aquel algo insólito en aquellos alrededores. Por lo demás, la alegría saltaba en todos los ojos y la vieja casa se llenaba de voces y de trajes limpios.

Doña Marta y su sobrina esperaban en el salón que Pantoja utilizaba como despacho, mientras este venía de El Clavo, con la comitiva que acompañaba al padre.

Los invitados especiales eran, en primer término, el presbítero Arturo de la Peana, digno discípulo de Santo Domingo de Guzmán, párroco del pueblo y orador de fama en las patronales; luego el coronel Aristimuño, comisario general, señor de leyes y de gran influencia en la política; completaban la comitiva don Lisandro el boticario; musiú Zappa —un viejo italiano con más historias que tío Conejo—, y tres comerciantes más de renombre local, descontando por supuesto al doctor Catalino Goyo. La buena señora se había acordado de invitar además a Pedro Marasma, por órgano del viejo Crisanto, “para que nos complazca con sus bellas canciones después de los actos religiosos”.

La respetable hermana de don Gisberto y su sobrina se mecían en las mecedoras de mimbre, esperando los acontecimientos. El ruido que armaba toda aquella gente hacía gritar a cada instante la Lino Bembetoyo, recomendando silencio.

Un cohete rasgó el aire como una tela que se rompe, estallando en lo alto estrepitosamente. Gritos y vivas resonaron en todas

direcciones, al mismo tiempo que otros petardos trazaban su estela encendida en la diafanidad del cielo, aumentando la bullanga en que se confundían las voces roncas de los hombres, los chillidos de las mujeres y de los chiquillos

—¡Ya vienen, ya vienen…!

—¡Que viva el coronel…!

—¡Que vivaaa!

Doña Marta fue a la puerta a esperar a los visitantes. Consuelo se quedó en su asiento. Aquella bulla la aislaba más dentro de sí misma. La tía la había convencido de que ese festival envolvía un fin humanitario y cristiano. No lo ignoraba, pero se sentía triste. No sabía por qué, ni quería saberlo…

Teófilo había jurado vengarse. Y la ocasión se le presentaba. Cuando Regana, muy oronda entre su fastuoso justanzón de fiesta, salió a lucir su sonrisa desdentada a los visitantes, Teófilo dejó caer estudiadamente las conchas del cambur que estaba comiendo… Aquel resbalón de Regana, aquel relampagueo de ruedos en que, como dentro de un inmenso floripondio quedaron al aire las negras carnes de Regana, fue cosa tan inusitada y de tanta sensación entre los presentes, que sin conmiseración a la vergüenza de la infeliz, toda la casa retumbó en carcajadas. Hasta el padre de la Peana, bajándose de la mula, esbozó una risita capciosa…

Teófilo había jurado vengarse y desapareció…

* * *

Consuelo sentía, además de tristeza, cierta aprensión al medio. El día anterior, en el baño, habían hallado una serpiente que les arruinó el día. Teófilo le aseguró que era una terciopelo, de esas que persiguen a sus víctimas por el rastro que dejan… Desde entonces tenía miedo del monte. Cada hoja de los árboles le parecía cabeza de serpientes en acecho. ¿Ese temor no sería esa especie de aprensión que ella leyó en esa carta…?

—Ya están aquí —exclamaba la viuda entrando con una risa de satisfacción. El relinchar de las bestias y las voces de recibimiento confirmaban sus palabras. Rogó a Consuelo que la acompañase, y luego de echar un vistazo a las sillas hileradas contra las paredes, salieron a dar la bienvenida a los visitantes.

Estos entraron al salón en grupo, precediéndoles los dueños. Allí estaban presentes el ya conocido coronel; pequeño, nervioso y trajeado de azul marino. Sus ojillos minuciosos, hábiles recorredores de documento, saltaban de un punto a otro, comentando con el inmediato compañero, el farmaceuta don Lisandro —adusta y reseca personalidad embutida entre unos pantalones difíciles de un casimir que fue negro en su infancia—, los diferentes aspectos de la fiesta, "el fondo moral que involucraban", "la preocupación y el altruismo de los dueños", etc. El padre Arturo, rosado y sonriente hablaba rubricando con afables gestos sus palabras, mientras su acompañante más cercano, un zambo comerciante de agresivos bigotes —bigotes que parecían alisados con petróleo, tal de lustrosos y brillantes—, lo oía con respetuosa complacencia. Musiú Zappa venía del brazo del médico. Musiú Zappa encanecía de zorro. Su poder era tan temido como el de Aristimuño y sus posesiones habían aumentado por virtud de esos extraños y enmarañados expedientes que lindaron alguna vez con la violencia y el crimen. Bajo sus abultados ojos se escondía la acechanza, y al desmontar de la mula, sus oídos tapiados por conveniencia no escucharon el sordo murmullo de las maldiciones de más de un desheredado; sus ojos de ofidio importado parecieron no ver los ojos grandes y fijos de Crisanto Marasma, que atendía a los peones para que las cabalgaduras tuviesen buen sitio y pasto; la mirada infalible y acusadora del viejo mayordomo centelleó mientras mordía, con un trozo de tabaco, una maldición.

Luis Pantoja se había quedado rezagado adrede. La actitud que observaba el administrador de algunos días para acá, puso en malicia al viejo. Don Luis estaba irremediablemente perdido, entregado a la negra Teodora. Hasta la metía en la oficina. Aquella mujer lo había asegurado. "Le había cogido la naturaleza". El administrador debía y se reunía ahora con todos. Nadie decía que era malo como al principio, aunque los bolsillos se llenaban de fichas y la plata no la manoseaban como antes. Luis entró el último al salón; con andar vacilante, seguro de que su negra estaba en la cocina; ¡seguro de que hoy Teodora no se echaría encima a uno de esos peones hediondos a monte, y sería íntegra de él, con toda la sensación de una virginidad nueva en su maravilloso cuerpo de ébano!

En sitio de preferencia se habían sentado el cura y el coronel; tía y sobrina, todos en las cuatro poltronas que rodeaban la mesita. Los otros, inclusive Luis y el médico, en las sillas, intrincándose enseguida en una animada tertulia donde restallaban las carcajadas del zambo de los bigotes brillantes. Regana, con la palidez de una hoja de cacao seca obsequiaba el brandy, yendo y viniendo del interior.

Pero había que ofrecer el brindis, y aunque el sacerdote rehusó su copa por tener antes que cumplir con sus deberes rituales, así como Consuelo, para extrañamiento de la tía que la instaba con el ejemplo sosteniendo entre sus finos dedos el vasito colmado del líquido ámbar, era de rigor esperar que el señor coronel, levantándose de su asiento, dijese algunas palabras haciendo lucir enseguida su elocuencia salpicada de latinazos que hicieron recogerse al cura en una filosófica zozobra…; porque el padre Arturo gastaba sus ribetes de crítico, y allí precisamente le estaban latiendo en la cueva. Su angustia calmose un poco cuando el orador pasó de la apologética mitológica, llamando al campo templo de la diosa Ceres con los correspondientes santos o dioses tutelares del agro, y cayó en la épica, afirmando patéticamente que "donde ahora se levantaban esos árboles milagreros del pan, yacían huesos de gloriosos combatientes de la libertad abonando con cal y sangre la tierra donde crujió la metralla y el redoble de los tambores, trémula hoy con los cantos del trabajo y el afán de la cosecha" . "¿Y por qué todo esto?, preguntaba el muy ladino, dirigiéndose al grupo abigarrado de hombres y mujeres que le oían en la puerta sin comprender. Todo, señores, por esta bendita paz sostenida y alentada por el héroe de diciembre…" Muchos peones no alcanzaban a ver ni ser vistos desde la sala. Se encogieron de hombros retirándose sin oír el nombre que a continuación Aristimuño sacudió cuatro veces como una bandera de tropa. Ya sabían quién era el "héroe". Y sus palabras debían ser rigurosamente veraces, porque el aplauso que se llevó repercutía desde el salón hasta el último rincón del edificio. Donde quiera que hubo un par de manos. Don Lisandro, el médico, Pantoja y demás invitados se tranportaron en alas de un completo entusiasmo. Los brindis menudeaban, ya que la recia Regana mostraba la agilidad de unos cuantos tragos de anisado probados en idas y venidas. Por otra parte, Lino Bembetoyo y las mujeres vigilaban en la cocina los demás obsequios destinados a los vecinos de la posesión. Coyuntura

infalible para Lino, con su sonrisa de maíz tierno convenciendo al fin a la resbalosa india Luisa de ir al día siguiente a cortar un racimo de plátanos en su conuco…

Pero el padre de la Peana estaba en su misión, y consideraba el momento de iniciar los actos religiosos.

Todos le siguieron al altar elevado en el portalón de la oficina. Mas, un acontecimiento inesperado paralizó un instante el séquito.

Atravesando el camino frente a la oficina, vieron confundir una hamaca, "el rojo debajo, el negro hacia arriba"… Los que la cargaban y los que la seguían guardaban un silencio fúnebre. Varios peones y mujeres saliendo del patio se atravesaron al triste cortejo, y éstos detuvieron su marcha un instante. La cubierta negra reflejaba en los rostros cansados un matiz de tragedia. Crisanto Marasma, como siempre el primero en acercarse, preguntó:

—¿Y quién es…?

—Reyes, maistro, le respondió; lo picó una…, de vara y media…

—¡Pobrecito!… ¡Pobre Reyes…!, gemían las mujeres.

—Reyes, m'hijo —continuaban los hombres—; se habían ido a atenderle al aíladito, con su mujé que está en estao… Pero está visto que Dio dispone de los mejores… ¡De los mejores, sí!, ¡Y vení esa terciopelo a agarrarlo aquí, en la corva…! Cuando Dominga su compañera vino a avisame al rancho, al punto salí p' allá con José Trinidá. ¡Pero ya era inute! Lo jallamos muerto boca abajo, gomitando la sangre…

—¡Pobre mi compae!, rugió Crisanto.

El médico, acercándose, levantó una punta de la cobija. Metió una mano, y al cabo dijo:

—¡Muerte fulminante!

Consuelo, en presencia de todo aquello, sintió un escalofrío de terror…

—La terciopelo… ¡Líbrame, Sor Teresita!

El padre de la Peana logró restablecer un poco los ánimos, después de rezarle al cadáver. Los hombres siguieron con su fúnebre carga hacia el embarcadero. El alijo esperaba, y los remeros lo conducirían al cementerio de El Clavo. Había muerto Reyes Mota, negro que nunca quiso pagar en cacao y a quien Goyo y José Trinidad

despojaron de 12.000 palos productivos. Pero ya de eso hacía tanto tiempo y tanta agua había rodado por el Tuy, que nadie se acordaba.

Excepto Crisanto y el médico…

José Trinidad vino poco después. Daba sus explicaciones:

—La bicha que picó a Reyes, fue “puesta”, naide me lo quita. Yo le había dao un cuarto’e contra, pero la indina lo aseguró arriba, p’un roto’el pantalón, tras la chocozuela… ¡Le marcó los cuatro…! Cuando me lo trajeron, no había remedio; apenas con tres ensalmes abrió un ojo y probó una chinguita de agua….

—Fue puesta —murmuraban todos como un responso.

—Lo mismo que a mi papa —decía otro—; ¡pero Dios tarda y nunca olvida!

La bicha esa buscó el punto —siguió el curioso—, aonde Reyes no se había fletao: arriba, aquí…, ¡miren!

—¡Pobre gente! —exclamó Consuelo yéndose, erizada de miedo al salón.

Ante el altar el sacerdote rezó brevemente y bendijo a la descubierta multitud arrodillada. Dio algunas palmadas y avanzaron varias mujeres, trayendo del brazo a su correspondiente compañero: eran los matrimonios a realizarse. Las comadres de la india Juana extrañaron que esta no estaba entre los presentes, enteradas por ella misma, días antes, de que ella figuraba en la lista para casarse al fin con Lino. Pero éste, valiéndose de su astucia, la mandó para casa del hermano en Cúpira, diciéndole que aquel estaba enfermo y la mandaba llamar. En cambio Altagracita, ya bastante avanzada en su preñez, era la mujer que había seleccionado para echarse la dulce broma, gracias a las amenazas de Carmen Ramona, la madre…

Doña Marta y sus invitados hacían de testigos. Las parejas eran seis, incluyendo a Bembetoyo y Altagracia. Avanzaron torpemente los hombres, en cuyos rostros morenos se agriaba reacia la voluntad. Lucían las mujeres —con edades oscilantes entre cuarenta y diez y seis primaveras—, una tímida sonrisita triunfal. Llegados a los pies del cura, comenzó la ceremonia… Respondieron al unísono seis voces roncas, apenas audibles, siendo de hombres… Y el cura se ensañaba: “¿Quiere y recibe usted por mujer a…?” Y la interrogación no terminaba hasta leer la lista de los seis nombres de las cónyuges. En cambio bien distintas las voces femeninas: “¡Sí lo quiero y lo

recibo!", dicho con firmeza. Contestaban conscientemente, esgrimiendo sus derechos irrevocables.

Había risas por todas partes. Y bullas. Las nuevas esposas contestando, engallaban un aria solemne.

Luego vinieron las felicitaciones. Luisa Sinza lo hizo muy reilona con Altagracia y Lino, aunque había convenido con él en "ir a cortar un racimo'e plátano a su conuco". ¿Pero qué le importaba? ¡Ella era una mujer libre! Además, "eso no era jabón que se desgasta…"

Comenzaron los bautizos de menores de cinco años y hasta de meses; y mayores de diez y ocho, entre los que se contaba a José de las Mercedes, hijo del difunto Vivián Blanco, que hacía agujeros a las macollas de plátanos, poseyéndolas a nombre de Teodora, de Coínta, de la otra… ¡De todas…!

La sal se repartía profusamente. Las abluciones lustrales pronto dejaron en pie a nuevos catecúmenos.

Leche para las serpientes

Doña Marta había invitado especialmente a Pedro a la fiesta. Aquella invitación le sorprendió bastante y la tomaba como gracia que no exigía y ellos querían otorgarle.

Paseándose de un extremo al otro de la habitación y hablando consigo mismo lo encontró su padre. Por un instante se miraron en silencio. Luego Crisanto dijo:

—Óyeme, hijo…

Fue una historia larga que escuchó Pedro, una de muchas, y que fueron aclarando en su espíritu aquel sedimento de aversión, aquel odio instintivo que sin saberse explicar experimentaba por todos aquellos señorones cuya lista le había enumerado su hermana.

La muerte de Reyes en la fragosidad de la montaña, cara al suelo, "dándole el último beso a la tierra", mientras en la oficina se elevaban obras pías y se alababa a los dueños, y se hacía política con la honrada creencia de elevar así la moral de los pobladores; sin indagar el porqué de sus desgracias; sin buscar hondamente en la conciencia la causa de esas vidas rotas, trituradas por la ambición y el egoísmo; todo eso le aclararon las sombras que "telarañaban" sus ojos y le asignaron, ahora firmemente, la determinación que de

pequeño lo llevó a la aventura, ansioso de romper aquel paralelismo de la rutina que engruesaba las alas de la juventud...

—Por ejemplo —seguía Crisanto—; ese musiú Zappa, que vino por acá de buhonero, como Mayolini y otros, redondeó su fortuna igual que los otros… Tú no conociste al padre de Lino Bermúdez, a quien todos llamamos Bembetoyo. Eras un nene entonces. Su padre tenía negocios con Zappa. Como todo negro con "rial", era dicharachero, bebedor, "jembrero…" Poseía una hacienda regular, y varios conucos, tumbados, quemados y sembrados por él mismo. Su pertenencia atravesaba entre una y otra de Zappa, que había agotado los recursos para comprarle al negro Bermúdez. Se valió de la emboscada… Porque la mujer de Bermúdez quería vender; era una zorra, enamorada del blanco… Y fue así, como una noche, sin saberse cómo, ni quién, le regaron la espalda de guáimaros… Cayó de cara al suelo… Lino estaba pequeñito. Él no sabe nada de esto… Yo y tú ahora conocemos el secreto… En tus manos queda, hijo.

Quedaron en silencio, un silencio que profanó con su mordisco crepitante y sardónico el ruido de la fiesta, allá en la oficina.

—Sí, viejo… ¡En mis manos queda…!

Pero algo le impelía a asomarse. Tuvo miedo de encontrarse allí solo con aquella carga acumulada de odio, que reventaría como una carga de explosivo poderosa entre aquella miserable multitud en fiesta, si sus labios se abrían para contar… Tenía miedo de asfixiarse, y salió al patio a desintoxicar el pecho respirando hondo aquel aire viciado de humos pirotécnicos, donde respiraban satisfacción los "reyes del cacao".

—Barlovento —pensó— es la tierra de horizontes alinderados y donde la esperanza tiene límites… Aquí el hombre anda a pie, con 50 kilos de cacao sobre el hombro y besa la tierra para morir…

La voz de su hermana lo sacó de estas comparaciones filosóficas:

—Pero si te estamos esperando, Pedro…

—Ya dije que no quiero ir.

—Pero si la misma señorita me mandó…

Pedro reprimió un suspiro y contestó más grave que de costumbre:

—¿Y qué me importa eso…? También nosotros tenemos derecho a sentirnos "indispuestos". Dile que lo lamento. No puedo ir.

Pero fue ahora mismo la propia voz de Consuelo que, intempestivamente, apareciendo tras los árboles del patio, le dijo:

—Caramba, señor Marasma; sí que se hace usted de rogar…

Su sonrisa apacible y sus ojos húmedos lo atraían como una insinuación más fuerte que su voluntad.

—Francamente que… me sorprende su visita, Consuelo…

Ella le tendió su mano, perfumada y suave.

Pedro cantó sus canciones a la señorita Sarabia, sin tomar muy en cuenta los aplausos de los concurrentes. Estaba a la sombra de los árboles. El ruido de las voces y la alharaca de la fiesta llegaba hasta ellos, como el olor diseminado en el aire de la carne asada. En frente se abría el paisaje en violentas gradaciones de verdes. De lejos, del portalón, llegaba el sordo rumor de las voces…

—¿Complacida? —exclamó Pedro, con ademán de marcharse.

—No tan pronto, señor Marasma —arguyó la joven: Estaba por decirle que sus canciones son una extraña mezcla. Une usted lo poético con lo cruel… y lo sarcástico. Parece que fuera usted un viejo, renunciando a la lucha.

—Es mi experiencia en la vida, cruda y descarnada, que no ha podido lijar al soñador que llevo dentro de mí. ¿Qué se hace…? Sueña uno, y mientras más se convence de la realidad, más ciego irá precipitándose en lo fatal… ¡Pensar y cantar imposibles!

—¡Es lástima!

—Y, precisamente, mientras más cerca de nuestra propia conciencia, de nuestra propia carne y de nuestra tierra, más juntamente a nuestro propio dolor. Y deseamos ser egoístas. Es la realidad tan amarga y tan dura, que no la entenderían ni usted, ni nadie; es la conciencia de los desheredados… Sería como la leche de las serpientes…

—Señor Marasma —interrumpió Consuelo con leve estremecimiento—; mucho miedo tengo de esas lagartas… Le suplico cambie el tema. Pero permítame, una curiosidad: ¿dan leche las serpientes?

Y al hablar Consuelo encogió los pies, como si en la vegetación circundante se arrastrara el peligro …

—Me da risa esa suposición suya… Pero no hay más remedio. Es bueno que sepa que aquí en Barlovento, cuando el rozador quiere eliminar a uno de esos peligrosos animales —que al probar, la

primera vez un jarrete, se ceban y siguen acechando en el mismo lugar—, recurren a la leche con pelos o cerdas picadas minuciosamente. Les dejan un poco por allí y el ofidio la traga con avidez… Los encuentran al día siguiente, tiesos como garrotes. Eso es todo. Lo que sé, lo que siento, es como ese plato: veneno para la codicia y la injusticia ciega.

—No lo entiendo…, pero quisiera pedirle una explicación respecto a este miedo que les tengo, aún sin haberlas mirado nunca…, no sé; en estos días hasta el apetito he perdido… Créame; hace días, en el baño, le aseguro que no la vi, pero fue peor… ¿Verdad Deogracia? Ya sé lo que me va a decir… "El complejo ancestral…"

—No acostumbro analizar los sentimientos o emociones de los demás —dijo y continuó—: Considero, señorita, que está usted complacida y…

—¡Pero no se marche…! Aún tiene usted que cantar para que la tía lo oiga…

—Señorita; aún no sé cómo llegué hasta aquí… No canto para hacerme oír. En mí, es una necesidad cantar. Hago mis propias canciones y ellas interpretan mis sentimientos. Créame, ya basta. No toleraría que esos señores que rodean a su tía me ofrendaran palmas con esas manos con que arrancaron cuántas felicidades que usted ignora; con que firmaron tantos documentos falsos, y más aún, oprimieron, tal vez, el gatillo homicida en la emboscada. ..

—No entiendo…

—Ni aunque lo supiera. Usted tiene sangre de los dueños y pertenece también a los que quieren ignorar. Por eso, no sé cómo estoy aquí.

—Sus ideas son malsanas…

Pedro sonrió. Hubo un silencio en ambos. Y él continuó:

—No son mis ideas las que hacen daño. Es el miedo a pensar, ese terror instintivo al análisis de las cosas… Usted es bella, rica. Tiene derecho a pensar libremente, es decir, debiera hacerlo. Quizás diga: el hijo del mayordomo canta bien y pasaré un rato ameno oyéndolo. O tal vez no lo diga, pensando que su mundo es así, como lo vio desde su niñez. ¿Pensará acaso en cómo sería el mundo antes de nacer usted? No lo dice porque se lo prohibieron. Son pensamientos indiscretos… Así todos: gordos, rozagantes, nadando en oro. Ellos también lo prohíben a sus hijos, a sus nietos. Tienen un

mundo a su manera. Pero hay padres que no tienen por qué temerle al análisis, y sus hijos aprenden de ellos a callar, aunque lo sepan todo, el pasado y presente…

—No entiendo —exclamó Consuelo, con voz un poco temblorosa. Deogracia se había puesto pálida. No obstante, Pedro sonreía con finura al despedirse de la joven. Al alejarse pensó: "No quieren entender…"

Ya venía doña Marta con sus invitados, Aristimuño, el cura, el médico, musiú Zappa y el zambo de los bigotes brillantes. Habían terminado los innúmeros bautizos y Consuelo, uniéndose al grupo, los acompañó hasta el salón. Pronto se reanudaron los servicios de brandy y jarros de refrescos, mientras las conversaciones se animaban y el coronel Aristimuño dejaba escuchar nuevamente su verba encendida y servil. Afuera, el torrente humano se disputaba el anisado y el carato, así como las totumas colmadas de jugo de caña. Los hombres reclamaban a gritos, aunque fuera un lavagallos, porque doña Marta había proscrito el aguardiente crudo; absurda broma, si lo tomaban cuando no debían…

—¡Es caña lo que queremos!

—Un palo pa' mí…

—¡Brrr…, esto es bebedizo 'e mujé!

Las mujeres chillaban de lo lindo, bailando a los nenes entre los brazos. Altagracia cantaba, medio chispada, y a ratos, hacía cálculos y profecías con Lino y otros hombres respecto a lo que llevaba en sus entrañas…

—Esa va a se jembra, comae —argüía una recogedora.

—La pondremos como su abuelita: Carmen Ramona.

—¡Jum! —reclamaba Lino—, ese es un machito, mi vida; y se llamará como mi taita: Timoteo Bermúdez… El negro Bermúdez!

Pedro Marasma oyó a Lino y se tapó la boca intempestivamente. Tuvo la sensación de que había hablado mucho. Pero luego sonrió y dijo para sí: "Ese secreto no paralizará tu felicidad, Lino; mejor es que lo ignores… Y siguió su camino."

Regana, por allá gritaba sus ¡sooo…!, recomendando silencio como si se tratara de atajos de bestias. Un cerco de peones atendía a dos capones que se asaban atravesados a un mismo palo, mientras los hocicos se estiraban soplando los fogones. El aire se llenaba del olor a carne asándose y de la gritería de los poceños en fiesta.

Bajo un árbol, Culencho y sus compañeros tocaban la grande y la pequeña, y las muchachas estrenaban sus zarazas en el placer del baile…

—¡Upa Crisanta!

—Dame una palomita, Pantaleón.

—¡Avemaría con ese cintureo…!

—¡Por ahí!

La negra Teodora, después de lucir su cuerpo en el escobillao, dejó el baile y se dirigió a la caballeriza. Allí estaba Luis. Juntos se perdieron entre la arboleda de las haciendas…

* * *

Doña Marta preguntaba a Consuelo:

—¿Y el hijo de Crisanto…? No lo he visto.

—Pues verás; sí vino…

—Cómo no me lo avisaste…

—Claro que no, tía. Es un joven muy “tímido”. Nos cantó algunas “romanzas clásicas”, y se marchó.

—¡Lástima no haber estado con ustedes! —suspiró la viuda. Agregando—: Mañana recuérdamelo para hacerle un regalito.

—Como para un buen divo, remarcó la sobrina con intención irónica, haciendo fijar en ella los ojos de la buena señora, en una interrogación.

Siguieron al salón, donde el coronel parecía esperar a Consuelo para cederle su propia copa que ella tomó sonriente y despreocupada, sin cuidado de la alarmante mirada de su tía.

Al día siguiente Deogracia fue por su hermano.

Pedro llegó un poco sorprendido a la presencia de la viuda. Lo recibió muy afable. Agradecíale su concurso en los festejos, lamentando no haberlo podido oír… ¡De todos modos, estaba complacidísima…!

—Y… he querido ofrecerle esta nimiedad para que se compre alguna cosa como recuerdo…

En la mano de la viuda vio el papel verde de algunos billetes.

—Perdón, señora; no acepto gratificación en dinero. Crea que aprecio en cuanto valen sus palabras. Canto por una necesidad interior mía. Ya se lo expresé así a la señorita Consuelo.

Por la noche, cuando Consuelo supo el incidente, sintió la impresión de haber hecho juicio muy a la ligera de las condiciones de Pedro. Ahora veía humildad, donde miró pedantería. El orgullo de la propia estimación. El respeto a sí mismo, para ser respetado por los demás. Aquel hombre, si no fuera lo que es, se hacía interesante. ¡Digno de ser comprendido!

Y en sus divagaciones un dulce sopor la fue invadiendo mientras su cabeza, adornada de cabellos brunos y frescos, se hundía en la mullida almohada, sumiéndose en angustioso sueño donde ella era una hermosa serpiente dormida bajo los negros y melancólicos ojos de aquel hijo de peones…

VII
Este amor no tiene cura…

Con los anteriores festejos se cerraban las actividades agrícolas, en parte, en las posesiones, hasta la llegada del mes de junio, época de la cosecha de San Juan. El mayordomo dispondrá entre tanto de algunos pocos hombres y mujeres para ir tumbando el cacao maduro en el transcurso de la temporada. Toda la vegetación comienza a sentir el proceso de los renuevos, y el cacao apunta las primeras metidas que cuajarán mazorcas en la otra cosecha.

Entró marzo, con sus ligeras lluvias, ráfagas primaverales. La savia nueva prende en los bullones la melífica codicia de los insectos. El más grande árbol y la planta más tierna sienten el estremecimiento con que Natura los despoja para dar libre retoño a las yemas nuevas. Las hojas cubren la humedad de la tierra, y la mullida hojarasca no tardará en podrirse, para abonar el torrente circulatorio de los seres vegetales. La lluvia arrecia y los viejos cauces comienzan a preñarse de aguas turbias. Gotean los bambuales, las cerosas hojas de los plátanos. El paisaje se envuelve en rumores de aguas que corren. A ratos las nubes descorren sus sábanas y el sol es un rumor de aguas que corren cañaote abajo… El sol prende bambalinas verdes al peinado de los árboles. Y los pezones rojos del cacao madurarán…

La lluvia arrecia continuamente.

Arrecia el agua y la hermana del amo no podrá ahora regresar a la ciudad como lo había decidido. Los caños se hinchan y el Tuy engruesa repicando sus cien minas milenarias… Si el agua sigue, las haciendas estarán en peligro de muerte, porque el chirel (cacao en embrión) apagará su roja llamita de savias. Pero si el verano se acentúa, correrían las haciendas idéntico peligro. El cacao vegeta en un término medio; y aquí el trabajo de caporales y mayordomos, veteranos en el cuido de estos millonarios árboles… Los prácticos desagües, etc. En Barlovento no existe riego para las haciendas. Sus valles bajos, a orillas de ríos y arroyos, y sombreados por los bucares y mijaos, conservan la necesaria humedad. Pareciera que el cacao nace libre, como nacieron también nuestros abuelos…

Pero ahora los hombres tendrán que hacer sus propias siembras, atender sus conucos y ahilados en terrenos de "medianía". Otros se marcharán a Caracas. "La situación 'stá maluca…" Otros a Merecure, hacia las dos Araminas, casa de sus parientes, con sus mujeres y sus hijos. Luego van a las tiendas de Caucagua y El Clavo a comprar ropa y zapatos para la Semana Santa que ya se avecina con sus pasos solemnes, sus libaciones abundantes; el arroz con dulce, el vino, los potes de salmón y sus Judas quemados públicamente en la plaza mayor del pueblo, Los nativos que se encuentran en Caracas se disponen a arreglar su percha y a preparar las piernas para marchar sobre el largo camino que comienza al final de la carretera de Guatire y se bifurca hacia Caucagua —por el difícil cerro de Palo Gacho— y hacia los pueblos de Capaya, Curiepe, Higuerote y Tacarigua, por la serranía de Buena Vista. Caminos más propios de chivos. Pedregales, subidas, bajadas. Los guamos y cujíes. Cafetales sombríos como pelambres sobre un sexo en los profundos cañaotes. Gigantescos guayabos, sobresaliendo de tupidas melenas de las montañas. El nativo atraviesa indiferente, en sentido inverso, aquel camino aprendido de memoria. Son catorce o más leguas alargando un pie tras el otro. El cansancio no se siente; van a ver a la madre, a los hermanos; tal vez a la muchacha que espera, como todas las novias de provincia. A ratos un salto rumoroso ofrece su agua generosa al caminante. Luego se asciende a la cumbre más elevada, y desde allí, el mar Caribe a lo lejos despliega su sábana inmensa de azul bajo la pálida comba celeste. Un índice de roca morena es

el Cabo Codera avanzando hacia el océano. La brisa lejana trae a los rostros la caricia salobre de las algas y el rumor misterioso de los tiempos. Comenzará el descenso con la alegría y la visión de la casita amada; de las calles pedregosas, con sus canes distinguidos con nombres populares y con cierto aire de personalidad. La iglesia, la plaza, el cementerio… Los árboles del patio familiar. El río de cada pueblo, el Capaya, el Caucagua, el Curiepe, el río Guapo…; los ojos se adormecen al recuerdo penumbroso de los samanes que desplazan sus celosías enmarañadas de verde, susurrantes de trinos, sobre los acantilados donde el agua aminora su andar eterno y vagabundo. Y espejean los arenales de las playas, holladas por plantas de hombres desnudos, como hace el espacio de cinco centurias las dejaron los abuelos autóctonos. También el golpetear de piernas y risas de las muchachas del pueblo; pegada a sus cuerpos mestizos la discreción humana de la camisa de baño colonial. Los majagüillales y cañaverales en las vegas ocultando desnudeces espléndidas, y más de un amor desfallece en el lecho celestinesco de las aguas del paso: paso de San Ramón, de Ño Benito, del Sapo… Todo esto pasaba por el magín de Tereso, en su pieza del 140 de la cuadra. Hacía seis años que no veía a su mamá, ni a sus tíos y amigos del terruño. Le había salido contrato para la Semana Santa de Caucagua, y aprovecharía después de tocarla para ir a abrazar a su vieja… Ya saboreaba la sorpresa de sus paisanos mirándolo todo un músico de postín en La Torre, metido en la "línea", emboquillando la boquilla de galalit de su lujosa trompeta… Pero debía telegrafiar antes a la vieja…

Doña Marta, en vista de las lluvias, resolvió pasar los días santos en Caucagua. El sábado, víspera de Domingo de Ramos, embarcaron en los alijos. Con ella, Consuelo, Deogracia, Regana. Luis se negó a ir. Sufría de "una seca motivada por la cortadura de un callo". Dos días cojeando, y quedó solo con la vieja Asunción en la casa. El Tuy comenzaba a crecer. Se hinchaba como una gran serpiente vajeando la presa, y sus aguas tejían trasmallos terrosos en la superficie.

Atronaba y se encrespaba de espumarajos en la superficie y cada derrumbe ocasionaba una baja entre los seres vegetales; el ruido de la caída parecía un cañonazo…

—¡Dios nos ampare! —exclamó doña Marta al oír uno de aquellos ruidos pavorosos. Sus ojos medrosos, a través de los lentes,

miraban con miedo la turbulencia de aquel Aqueloo enfurecido. Se acomodaron todos en el alijo escogido especialmente por Crisanto, y en seguida los remeros comenzaron a apartar vigorosamente el abrazo de las aguas, avanzando transversalmente hacia el otro puerto de más abajo donde las bestias esperaban. Los cañonazos sobresaltaban a la buena señora, pues sabía que en cada derrumbe se perdían vidas; vidas de árboles y de animales irracionales y también racionales, cuando el socavón minaba una casa que no distara mucho de la barranca, arrastrándola con sus pobladores y sus trinitarias que servían como póstumas ofrendas en el trágico tributo.

—¡Dios nos ampare! —seguía ella diciendo, pasando en silencio el rosario. Sin embargo, los hombres remaban indolentemente, cantando a media voz el tololé:

¡Tololé, tololá
Guabina le dijo al bagre
vámonos pa' pozo hondo,
que allá viene Lino Burroco
con su tarraya en el hombro!

Consuelo reía, oyendo a los hombres cantar y viendo el miedo de su tía. Los árboles de la otra ribera se iban acercando, como atraídos por una fuerza poderosa que marchaba al compás de aquella milenaria música del río. Crujían los remos en las bordas. Los chi-gü-chi-gües pasaban sobre el toldo del bote con sus alas abiertas trenzando el aire y emitiendo sus gritos desolados. Las aguas hervían y los hombres remaban con cautela, temiendo algún tronco semihundido que era como un torpedo sin explosivo para la navegación del Tuy. Ya el puerto estaba a la vista. Allí las aguas penetraban en un remanso, y sobre la barranca brillaba al sol un techado de zinc. La presión de las ondas aminoró y el remero terminaba su canción:

Tololé, tololá
De la caramera vengo
y pa' mi pozo me voy;
si él viene con su tarraya
no le digas donde estoy;

—¡Compae Calso! —gritó el cantador dando un último golpe de remo—; váyase conmigo pa' El Colorao. ¡Allí sí es verdá que pica mochoroco y guabina costeña!

Algunos zancudos, enormes y agresivos, danzaban en el aire. La proa del bote encalló en el fango de la orilla. Dos negros fornidos, los pantalones arrollados, asomaron sus rostros a la puerta de la cantina. Preguntaron por la "familia Sarabia". Detrás del corral del negocio tenían las bestias listas. Los remeros tomaron en peso a las mujeres dejándolas en seco. Poco después montaban en las buenas bestias enviadas por el coronel Aristimuño, dirigiéndose a buen paso a Caucagua, donde la población se aprestaba a celebrar los sagrados días de la Pasión y Muerte de Nuestro Señor. La casa de la familia del coronel esperaba a sus distinguidos huéspedes.

* * *

Luis Pantoja se abrazó al pretexto única y exclusivamente para quedarse a sus anchas con la negra. Pero aquel dolor que sentía en la ingle, aquella hinchazón rojiza, le impedía caminar. Tan pronto dieron la espalda la tía, prima y demás mujeres, descorchó un litro de brandy y mandó por Teodora.

A poco llegaba ella, sonriente, perfumada. Acababa de bañarse y panquear en la poza, y su cuerpo lo tenía fresco como la pulpa de la cajúa.

—Negra —gimió él—: anteayer me rebajé un callo y hoy no puedo dar un paso.

—Mi amol, yo sé un remedio. Vámonos pa' hacételo en el patio…

Salieron. Lo mandó descalzarse.

—Te voy a picá la seca.

—¿Cómo es eso, Teodora?

—Guá, muy fácil mi blanco. Pon el pie ahí mismito.

El administrador afianzó la planta desnuda sobre la tierra húmeda. Teodora sacó una navaja de su seno y fue modelando a ras de la piel el pie desnudo en el suelo. Mientras él se calzaba nuevamente, Teodora cortaba a cruces la huella, rezando un ensalme, dividiendo la tierra en menudos pedazos.

—Ya está, mi amol. Ahora no sentirás más ná.

Volvieron a la alcoba. Allí se quedaron a puerta cerrada.

* * *

Coínta había recibido un recado de la señora Celedonia. Como siempre cuando se trataba de la madre de Tereso, dejó todo lo que estaba haciendo. Soltó la maza del pilón y sacudió el nepe de su cabeza, cogiendo a todo correr el camino de casa de ma' Celedonia, después de decirlo a tía Iginia. Iba cantando, pero detuvo sus pasos repentinamente. El camino orillaba la barranca, y un derrumbe lo había cortado en gran parte. En el borde del precipicio contempló un instante el raudoso y rojizo caudal.

Sintió un leve estremecimiento. El aire de las aguas precipitadas erizó los vellos de su cuerpo. Comenzaba el vértigo a marearla. Retrocedió y tomó otro camino, y no tardó en florecer el canto en sus labios, y en sus ojos de muñeca negra brilló la íntima alegría de un pensamiento. ¡Pronto sabría de él…! Sus pies se hicieron veloces y la fulía cruzaba apresurada, asustando el amor de tortolitas en los rastrojos…

¡Como lo siento lo canto,
lo digo porque lo siento;
mi corazón sufre tanto
que ya su canto es lamento!

Te espero con mi cariño
eterno como mi fe;
yo le pido a Jesús Niño
junto a mí te vuelva a ver.

En la curva del camino hizo una pausa, y siguió:

Si me olvidaste me muero
llorando mi desventura…

Estaba cansada y mutiló la copla. El canto enmudeció en sus labios frescos y rojos como quizandas maduras. Arrastrando las chancletas llegó a casa de ma' Celedonia.

—M'hija, te mandé a llamá pa' que me leas ese telegrama… ¡Ay! ¡'stoy asustá…! ¿Qué será este telegrama, m' hijita…? ¡Ay! Tómalo. Lelo tú pa' yo sabé.

Coínta casi arrancó de las manos deformadas por la restregadura en la batea, el papel amarillo, que comenzó a deletrear:

"Salimos hoy Ana Rafaela y yo. Prepárate. Saludos. Bendíceme. Tereso Martínez".

—¡Guá!, exclamó la señora Celedonia: ¿y esa Ana Rafáila quién será, señó?

Coínta temblaba levemente. El presentimiento le había trasformado ahora el rostro en palidez de ceniza. Encogió los hombros, sin decir nada. Ma' Celedonia siguió diciendo:

—Gua, gua gua gua… Esa será alguna comae… E pa' ve… ¡Jum! No mi acuerdo de ninguna de p'uaquí que se llame asina…

—Quién sabe si será alguna amiga d'él, má Celedonia.

* * *

—Tal ve, m' hijita…

Coínta bajó la cabeza y echó a andar sin despedirse. Caminaba sin ver, sin pensar, lentamente. Un suspiro lanzó su pecho al tomar el camino que iba a dar al derrumbe. Pero no tenía miedo a la muerte. Algo agarrotaba su garganta, haciéndola arder. Sus ojos grandes de juguete caro se llenaron repentinamente de lágrimas, y sus senos intocados, malditos por el deseo de los hombres, parecían saltar oprimidos por el opal azul de su traje. Pisaba el fango y resbalaba a menudo; no se cuidaba de las orillas, por temor a las serpientes; caminaba, caminaba…

El sol se hundía entre nubes plúmbeas, rojizamente siniestras. Un ardiente soplo abatía como una tufarada pavorosa las reverdecidas vestes de los árboles. Allí cerca comenzaba el Tuy a rugir. Era el estremecimiento de cien tambores tocados por Mandinga; el redoble de las minas infernales que sonaban enfurecidas, a cuyo toque bailaban las sombras de los malos amos, aquellos que azotaron las carnes indefensas de los esclavos buenos…

Pero el barranco hizo retroceder a la muchacha. Allá abajo, aullaba la muerte… Y Coínta tomó el atajo, mientras sus labios salmodiaban a media voz:

¡Si me olvidaste me muero
llorando mi desventura;
es tanto lo que te quiero
q' este amor no tiene cura…!

VIII
La culebra no sabe parir sus hijos

Esa noche llegó a Pozo Frío Juana Guaraco, acompañada de su hermano. Habían hecho el viaje en dos días, hollando la extensión de las playas de Machurucuto; atravesando los fangurriales tacarigüeños, sin cuidarse de la acechanza que ronda en la montaña de Anis. Era medianoche cuando vieron la primera luz de un rancho. Tocaron, desfallecidos, sudorosos. Era la casa de Luisa Sinza.

Tun, tun, tun…

—¿Quién e, m'hijita? —respondió por allá dentro la india Luisa, que tenía esa noche hombre en su cuarto.

—¡Comae Luisa, semos nojotros!

—¡Guá…! ¿Mi comae Juana…? ¡Guá!

¡Sí, Luisa, roncó Guaraco, ya estamos de regreso!

Encendieron luz en el rancho. Por fuera rondaban los zancudos trenzando sus gurrufíos ofensivos. Adentro, Luisa se tiró del catre, dejando arropado a José de las Mercedes, el de Vivianito, que logró al fin entrar al cuarto de la india.

—Ya voy, m' hijita, argüía Luisa, mientras se echaba encima un camisón.

Se abrió la puerta y los hermanos entraron. Tras el tabique de coleta vieja, roncaba el hombre a pierna suelta, y la luz del candil se filtraba por los agujeros. Cerraron la puerta rápido, antes de que se colaran los puyones.

—¡Mi comaíta!

—Aquí estamos, Luisa.

—¡Qué bueno!

Bebieron agua de las taparas. Luisa les buscó un paño y se secaron el sudor de la marcha. Luego dijo la india:

—Ha sido bueno que hayan tocado aquí, antes de dir pa' casa de Lino. ¿Ustedes saben…?

—No…

—Porque Lino se casó…; se casó con Altagracia, la de Carmen Ramona, y ya está al parir…

—¡Cómo…!

Un rojazo de leña en la grupa no habría hecho mayor efecto que esta mala noticia en Juana. Un frío mortal le cayó sobre el cuerpo.

—De modo que ese… se casó con ella!…

—Asina mismo, comae!

—Bendito sia Dios!, lloró Juana, tapándose el rostro con las manos. Su hermano le echó un brazo en la espalda.

—Cálmate, mujer de Dios… Una puerta se cierra, cien se abren.

Juana, jipiaba en silencio, resollando profusamente.

—Anda —siguió Guaraco, arrastrádola hacia la puerta—; vamos a pedirle una posaíta a negro Crisanto, vamos…

Pero antes de salir, ella se irguió, sin lágrimas en los ojos que le fulguraban de rabia:

—¡Por ésta! —y se llevó una mano a los labios—; ¡ese hijo no lo van a gozá!

Y sacudiendo las manos fuertemente contra los muslos, como dos cintarazos, afirmó:

—Créamelo, comae Luisa: la culebra no sabe parí sus hijos…, y si los pare se los come.

Dicho esto salieron. Luisa atrancó su puerta, trémula de miedo.

—¡Jesús nos ampare!

* * *

El administrador había amanecido bastante mal. De allá venían Lino y Crisanto comentando el asunto. Después de un silencio, el mayordomo exclamó:

—¿La cosa como que es pronto, Lino?

Sí, viejo, ya le avisé a la señora Celedonia, pa' que me le atienda a Altagracia…

—Te voy a beber la caña, Lino, a que es hembrita…

—¡No, viejo! ¡Usté ta pelao!, ¡ese va a ser un hombrecito! Ese va a ser de nuevo Timoteo Bermúdez.

El viejo, sin pensarlo, hizo un gesto de sorpresa. Lino lo miró extrañado. Pero Crisanto disimuló metiendo una mano en un bolsillo de su blusa, sacando el cachimbo, que encendió, dando tres chupadas, para decir:

—¡Hombre…! ¿Sabes quiénes vinieron anoche…?

—¿Quiénes?

—Juana y su hermano…

—¿Ellos…? ¿Conque… ella vino anoche, viejo?, exclamó Lino con voz recelosa.

—Sí, hombre; pero esta mañana temprano se fueron a Caucagua. Durmieron en casa. Guaraco, como siempre, maldiciendo la hora; quejándose de tener sueño y estar espiando… Lo malo fue que tampoco me dejaron pegar los ojos… En fin. ¡Cosas de mujeres!

—Es raro que esa mujé no haya ido a tocá a mi rancho.

—Es raro, hijo…

Volvieron a callar y detuvieron los pasos. Por delante tenían la valla erizada de púas de la hacienda.

IX
Amor de Semana Santa

En Caucagua, las fiestas de la Semana Mayor se celebraban pomposamente. El padre Arturo mostraba una actividad única. En la mañana, misa y sermón. En la noche, el acontecimiento procesional correspondiente a cada día, con mucha iluminación de cera cara, grandes nubes de incienso y gran número de penitentes y guardas en marcha, éstos, terciados con morochas, luciendo arriscados sombreros y vivos barboquejos. La guardia cívica imponía respeto y solemnidad a los "pasos". Por las calles empedradas marchaba la procesión, entre humaredas de incienso, lluvias de flores y luminarias devotas. Arriba, el cielo estrellado a veces; los conatos de aguacero hacían acelerar la marcha de las procesiones. Ni la temperatura calurosa ni el cansancio arredraba a los cargadores de las pesadas mesas. La procesión marchaba al rítmico compás de las marchas que la orquesta tocaba brillantemente. Las calles se llenaban de mujeres de andaluzas, velas y rosarios, tras los santos. Los hombres y muchachos hacían hileras precediendo con sus velones la marcha. Luego, el regreso. La entrada lenta a la iglesia colonial y el sermón final del padre De la Peana, recomendando penitencia a la multitud cansada y sudorosa. Alta la noche, volvía al hogar.

* * *

Doña Marta no perdía una misa. Consuelo dejaba pasar algunas. La familia del coronel Aristimuño era muy simpática y se esmeraban con ellos. Era una familia corta, distinguida y con muchas relaciones allí. Componíanla misia Romelia de Aristimuño, madre del coronel, señora muy espiritual, gorda sin ser deforme, a pesar de sus ochenta y pico primaveras; lucía esa obesidad pareja y maciza que caracteriza a los frailes que comen y beben bueno en los pueblos, pero que también empuñan la pala y montan la escalerilla para un remiendo o el encalado de la nave mayor. Misia Romelia, sin ser muy dada a los motetes y vía-crucis se alcanzaba para todos en la casa. Desde regar las flores, barrer y asear la sala, así como hornear un cochinito cebado, agregándole a todo esto la famosa torta de morrocoy. No obstante, lucía muy peinada y fresca, sonriendo entre sus encajes lucientes, arrellanada de noche en su mecedora, sobre la acera de su casa esperando, como lo hacen todas las familias notables de los pueblos, el paso de la procesión. En cambio Mónica, la señorita Mónica, su hija, una señorita vieja, era frágil y pequeña como su hermano, a más de ser sumamente religiosa. Resultando que Consuelo hizo más migas con misia Romelia y doña Marta con Mónica. Mónica era un ser múltiple en aquel pueblo. Para la organización de toda fiesta religiosa, para animar los onomásticos y bautizos, se hacía imprescindible su colaboración. Ella se bastaba para dirigir las "colectas", para adornar los templetes en Corpus, los altares miríficos de blancura que las Hijas de María erigían a la Divina Madre. Mónica siempre, entusiasta y voluntaria, cosechaba la admiración y el reconocimiento de todos. ¡Cuántos idilios surgieron por su mediación! Pero también, cuántos fracasos la alcanzaron, por ser ella mediadora inocente en algunas relaciones en que la ley biológica se imponía antes que los convencionalismos. Y su corazón escondía, además, un gran fracaso. La bancarrota de su adolescencia, de su vida robada y marchita por un amor olvidado. Ahora había envejecido y estaba más fea. Cierto era que la naturaleza nunca había sido generosa con ella. Pero las muchachas feas son las más serviciales y activas en los pueblos. Es la compensación por esas vidas condenadas a la soltería forzosa. Doña Marta la encontraba "encantadora". Así quería ella una mujer para su sobrino Luis…

Cuando al finalizar las copiosas comidas con que la familia Aristimuño honraba a las Sarabia, se hablaba de estas cosas, Mónica se ruborizaba, pero pronto volvía a su habitual palidez y sus ojos, a través de los lentes, adquirían la tristeza de las monjas ya conformes con su pasividad uterina. Se hablaba a menudo de la soltería de Luis Pantoja, y misia Romelia arremetía entonces contra el celibato eterno del coronel Aristimuño, su hijo mayor. Este argüía que era "muy exigente en eso de escoger compañera", y sus ojillos de casiragua brillaban, diabólicos, recreándose en la espléndida presencia de Consuelo. Mientras tanto la sobrina de doña Marta parecía ausente de todo. Reía sin poner atención a las conversaciones. Su pensamiento estaba en Pozo Frío.

La vieja Regana y Deogracia se avinieron bien con la cocinera de la casa, la señora Sótera, que estaba allí con su hija Pura, la sirvienta de adentro; ambas eran oriundas de Agua Clara, caserío de la costa baja del Tuy. Regana y Sótera se turnaban en los oficios culinarios, mientras Deogracia y la negrita Pura se iban de paseo por los aledaños, cuando hacía buen tiempo. Ambas se contaron sus historias. Pura tenía amores con el repartidor del telégrafo, un tal Salomé Flores, de Capaya. Ella lo quería mucho. Hablaban entre noches a través de las chaguaramas del corral de misia Romelia. Pero ella tenía miedo de que él brincara la cerca…, lo que él le proponía con insistencia. No sabía qué hacerse. Le tenía pavor al Infierno, lugar terrible a donde el padre Arturo afirmaba que irían las muchachas que atentaran contra Dios.

* * *

El coronel Aristimuño se enamoró violentamente de aquella joven Sarabia. La noche del Miércoles Santo la pasó en claro, sin poder dormir, pensando en esta posibilidad sentimental y poniendo en la balanza los valores personales con que podía contar para pesar suficientemente en la opinión de don Gisberto y su hermana. De verdad que económicamente no era más que un modesto empleado civil con algunos "palitos" productivos que no llegaban a diez mil siquiera. También tomaba en consideración la casona de misia Romelia; una construcción recia de mampostería colonial, con sus grandes aleros, sus pilares, sus treinta metros de galería y

el frondoso patio semejante a un parque, de casi una cuadra de circunferencia. ¿Cuánto podría valer? Poca cosa… Económicamente no era, pues, el candidato. Esto por ahí. Porque si se trataba de su edad, ya estaba cerca de los sesenta. Él había sido el primer fruto matrimonial de misia Romelia, que entonces tenía diecinueve años, viniendo al mundo cuando apenas tenía un año de casada. Su padre había sido el general Aristimuño Moreno. El cuitado se daba cuenta de que estaba a varias décadas de la armoniosa juventud triunfante de Consuelo. Pero tenía prestigio político. Era el hijo del general Aristimuño Moreno, llamado, no sin razón "Caimán Goloso" por sus hechos guerreros en el Llano y la montaña.

Su padre había muerto cuatro años después de la proclamación del general Gómez al poder, de resultas de una vieja herida de charpa, no sin la suerte de recibir directamente del Ejecutivo, por medio de la agencia bancaria, aquellos mil bolívares mensuales, los que sumados a otros tantos que le quedaban de la comisaría y las "obvenciones" respectivas, hacían que él y su familia disfrutaran de una vida regalona y feliz. Aparte de esto, ejercía privadamente como picapleitos, respaldado por el conocido bufete de los doctores Calazán & Laceros, abogados de nota en la capital, cuyos negocios y relaciones forman, se puede decir, la raigambre o telaraña jurídica en que se ha desenvuelto, crecido y menguado el existir paradójico de Barlovento. Y aquí precisamente su poder; su postulación irrebatible. No podía ser derrotado. Unos días más, y el glorioso apellido Aristimuño Moreno quedaría enlazado al de los dueños de las posesiones de Pozo Frío.

Los claros de la madrugada entraron a su cuarto. Recordó mientras se levantaba que estaban invitados ese mismo día a un regio almuerzo en casa del general Quezones, un andino buenmozote y amable que era el jefe civil del distrito.

* * *

Pasó el Jueves Santo, con su regio banquete ofrecido por el general Pausides Quezones a lo más distinguido de la sociedad local, y por la tarde se efectuó la solemne procesión del Cristo, luminoso y sangrante, abriendo sus brazos de redención a la humanidad. Y llegó el Viernes, el del Santo Sepulcro yacente entre albos lirios y

moradas azucenas; esos cálices deíficos que confundían sus colores con la cera chisporroteante y los pesados faldones de damasco y terciopelo de las mesas. Lirios y azucenas parecían así mismo los rostros de las mujeres —blancas y mulatas—, bajo las andaluzas negras y los blancos velos de las Hijas de María. De todos los labios brotaba la plegaria ferviente, y en todos los ojos temblaba el cristal de las lágrimas, meditando y oyendo el triste recuerdo de la sublime tragedia del Rabboni, que ahora, tendido y lanceado parecía dormir, ocultando bajo sus párpados llenos de polvo del Calvario aquellos dulces ojos azules que tuvieron el poder de sanar y de resucitar a Lázaro; de apaciguar la furia de los mares y de penetrar profundamente en el mundano corazón de María Magdalena… Allí estaba él, como lirio tronchado y exangüe. Dos siglos después de su sacrificio su palabra vibraba tierna como el canto de las tórtolas del Cedrón o restallantes y firmes igual que los latigazos con que marcara las ruines carnes de los mercaderes del Templo. Sus labios parecían una cuchillada que había dejado de sangrar; pero su palabra, encendido verbo, todavía estaba en el corazón de los justos, en el amor de los hombres.

¡De entonces a esta fecha, cuánto se ha tergiversado!

¡Cuánto se ha especulado con su tremendo holocausto; cómo ha querido engañar la serpiente de la hipocresía al amparo de su renunciación a la vida, de su bondad infinita; su desprendimiento por el oro, el incienso y el acicate de la Carne! Y ha vivido la apariencia de la caridad falsa; y la humildad forzada como boa en acecho, enroscada en vigilia de honores y opulencias…! De entonces a esta parte…! ¡Ah!, ¡Dios mío…! Desde entonces te llevamos en el corazón quienes no nos dejamos arrastrar por el histerismo beato; ni sorprender por esa fe de golpes de pecho de los nuevos sicarios, ventrirrepletos, olorosos a licor caro y a buenas viandas. Te amamos quienes llevamos la limosna a las manos antes de oír la súplica vergonzante, quienes no hacemos comedia en la vida, ni nos arrodillamos a cada instante. Solo te ama el que sufre, consciente del sacrificio en la lucha, persiguiendo ese Paraíso que es el ideal al que aspira, por sus medios honrados, el hombre. Nada importan los señalamientos de dedos, ni la ira que muerde como una fruta podrida el corazón del envidioso. Tú, serás fanal, luz y guía que refleja sobre

la frente del que lucha y del que sufre, el signo precursor de los elegidos.

¡El dolor de los humildes!

¡Legado de mansedumbre y bondad del corazón de Cristo!

* * *

Es Viernes Santo y las chicharras asordan entre los bucarales y cañafístolos. Los muchachos salen en parvadas, armados de cuernos y varas, a darles caza. Las traviesas manos infantiles tiemblan de emoción al tapar el cacho donde ha caído el macho de la chicharra sacudiendo con furia y susto sus élitros. Otros escarban bajo las raíces de la brusca, para recoger partículas de carbón, que se encuentran en este día sagrado bajo esa planta. El sol se muestra ocre, enfermizo. El aire pesa, cargado de una tristura de velorio. Es el humo de las rozas prendidas en el día y apagadas en las noches por el riego de las nubes, que tamizan la luz del sol.

Los esposos se separan esa noche. No habrá contacto de sus carnes. Es un día santo, y ni siquiera los borrachos dicen aquellas palabrotas de la pulpería entre espumarajos de caña…

Pero Salomé Flores, un zagaletón ya hombre, pero con pantalones más arriba del tobillo, lo que lo distinguía entre el muchacho y el hombre hecho, no tenía estas cosas muy en mientes. Después de hacer sus recados en el telégrafo, se iba a esperar tras las chaguaramas a Pura, la que no iba a las procesiones ni acompañaba mucho a misia Romelia. Esta noche, Pura está casi sola en la casa. Tan solo misia Romelia aguarda en su mecedora el paso de la procesión, pues Mónica y Consuelo habían salido en compañía de doña Marta. Y Sótera, su mamá, era devota del Santo ese día, habiéndose marchado a la iglesia desde la tarde con Regana. Así pues, Pura, temerosa y anhelante vio aparecer por otro lado de la calle estrecha y oscura, la silenciosa silueta de Salomé, que usaba alpargatas con suela de goma. Sus dos sombras se acercaron, separadas apenas por la delgada madera de las chaguaramas… Pero después la sombra de Salomé, se retiró un poco de la valla y luego, abalanzándose, dio un tremendo salto, encaramándose en el tope y pasando al otro lado. Pura, entretanto, se había acurrucado tras un grupo de zábilas, temblándole las rodillas…

* * *

El coronel Aristimuño, trajeado en negro y empuñando su velón seguía hombro a hombro a sus vecinos de hilera, el general Quezones y el fármacéutico don Lisandro. Desde allí divisaba, entre la velería y abigarramiento de andaluzas tras la mesa donde cargaban la Dolorosa, el rostro encendido por el cansancio y el calor de las luces de Consuelo Sarabia. Aquellos ojos se le parecían a los de una Magdalena moderna. Ojos grandes, bordeados de largas pestañas bajo el arco negrísimo de las cejas hábilmente depiladas. Ellos tenían sobre él un poder milagroso. Se sentía ágil y joven; su cerebro recobraba fuerza y lucidez. Con pesar recordó, mientras la procesión avanzaba, que el día siguiente debía marcharse a El Clavo, ya que el permiso se le había vencido esa noche y tenía una llamada telefónica de su amigo el doctor Goyo, que lo esperaba con sus fieros gallos de riña, entre los cuales tenía "en cuerda" el *canagüey* de Emeterio, el reclutado de Pozo Frío.

El dulce rostro de Consuelo tenía en verdad cierta tristeza doliente… Sus ojos se perdían entre el abigarramiento de los hombres, hurgando curiosos la aparición de alguien conocido. Y, súbitamente, su vista se animó con un brillo que llamó la atención del coronel. Sus ojos habían tropezado con la silueta de un hombre, de pie, descubierto en una esquina. Sus ojos se encontraron con los de él. No pudieron sonreírse. Por largo rato se fundió una mirada a la otra, mientras una muda, dulce angustia se les pintó en el rostro. La boca de Consuelo se entreabrió como para dejar escapar un grito de sorpresa… Era Pedro Marasma. Solitario y erguido la contemplaba, con aquella serenidad aparente, como insensible a sus encantos… El corazón de Consuelo aleteó como la torcaz golpeada de muerte. Su mano llevó el pañuelo a sus labios y sus dientes mordieron sin pensar el bordado de sus orillas.

El coronel percibió aquellos síntomas de su emoción, y lo interpretó como "la impaciencia de la mujer que se sabía amada por él, que no toleraba aquella espera injustificable de su declaración…" El coronel apagó la vela…

—Vuelo a casa —se dijo—; esta noche redactaré la carta, y mañana antes de partir se la entregaré en propias manos. ¡En marcha!

Y sin dar explicaciones ni excusas a sus compañeros de procesión se dirigió rápidamente a casa.

Llegó a la carrera, para sorpresa de misia Romelia, quien le preguntó:

—Hijo, ¿qué fue?

—Nada, mamá; estoy muy cansado y debo escribir algunas cartas.

Fue a su cuarto, mientras misia Romelia hacía comentarios con Deogracia que habíase quedado acompañándola a la puerta. Su hijo "siempre andaba a la carrera…" "Las gentes de leyes son así", decía.

Aristimuño se dejó caer sobre la cama y apretando sus sienes contra el dorso de sus manos, meditó un poco. Luego encendió el quinqué, se acercó a la mesa, sacó de una gaveta un bloquecito de papel de tinta, y tomando asiento cómodamente, comenzó a escribir:

> Consuelo:
> Tal vez esta carta llegue a sus manos y le llene de justificada sorpresa. Y no es para menos, cuando yo mismo, muy al contrario de lo que se estila en estos casos, como es aducir "que desde hace mucho tiempo, o desde la vez primera que la vi", soy el primero en sorprenderme, pues siempre me he mantenido escéptico con respecto al ideal de mujer a que todo hombre aspira para compañera…

Aquí la pluma quedó en suspenso. No atinaba a entrar en materia con estilo galante y a la vez realístico. Sabía que Consuelo era una muchacha de ideas modernas y nada cursis. Y no quería aparecer ante sus ojos como anticuado y ridículo.

Se sentía un hombre nuevo, y su cerebro, por esa asociación de pensamientos o engendros que aducen los filósofos, bullía de innovaciones persiguiendo lo inédito. Recordó el pensamiento: ¡Renovarse es vivir! ¡Sí…! ¡Debo vivir plenamente esta nueva juventud! Su gracia, su belleza, su candor, a pesar de su aparente mundanismo, saturan hondamente mi corazón y mi espíritu…

Sus palabras quedaron un instante cortadas por el cercano repique del redoblante y las notas agudas, elongadas, del cornetín de Tereso que en la orquesta marcaba el ritmo procesional. Ahogó una blasfemia. La delgada elegante figura del negrito, embocando muy tieso la boquilla de galalit de su instrumento nuevo y arrastrando la admiración del pueblo, le confundía las ideas que ya se le

escapaban fugazmente. Púsose en pie. Papeó en varias direcciones por el cuarto. Nada. El ruido de la procesión frente a la vieja casa de mampostería española dominaba el aire con su tocata entre marcial y fúnebre.

¡Rataplán…! ¡Plan…! ¡Plan… ¡Rataplán!

Sudoroso, angustiado, salió al patio. Los frondosos árboles envueltos en la sombra y el cielo refrescante de la noche mitigaron un poco su zozobra.

A pleno relente, su cabeza que rezumaba como un queso fresco, volvía a normalizarse. Las ideas vinieron a acariciar su cerebro. Comenzó a dar pasos bajo los mamoneros… De pronto, un ruido en la enramada del gallinero… Se acerca y escucha una exclamación de sorpresa… Un bulto salta, o intenta saltar sobre las puntas de las chaguaramas. Desenfundó el revólver. Dispara. Una voz hombruna grita:

—¡No me mate! ¡No me mate, coronel!

—No lo mate, por Dios, coronel! —exclamó a su vez la atormentada y llorosa Pura.

—¡Quién es ese vagabundo! —rugía Aristimuño.

Por allá adentro se acercaban a todo correr…

—¡Qué sucede, hijo, por Dios!

Misia Romelia se unió al grupo. Aristimuño sujetaba fuertemente a un hombre por el cuello del paltó. Pura sollozaba a lágrima viva, cubriéndose el rostro con las manos.

—¡Qué es lo que pasa! —exclamó la obesa señora, asustada al ver que su hijo apretujaba amenazante al hombre.

—¿Un ladrón, hijo?

—¿Qué ladrón…? ¡Un miriñaque de… esta con el muchacho del telégrafo! ¡Un abuso tamaño…! ¡Y agradezca que no tiré a pegarle!

—¡Jesús! —arguyó misia Romelia, alarmada y persignándose.

Aristimuño empujó al zagaletón hacia la luz del corredor, y éste, dejándose arrastrar reacio, se encapirotó para decir:

—¡Un momento, coronel! ¡No me empuje como a burro atascao! ¡Óigame…!

—¡Eche p'alante, y no hable tanto!

—¡Óigame, don… ¡Yo no hice nada malo!

—¡Ya lo vas a probar en la cárcel, so vivote!

—¡Ahí ta ella que pue decilo, señor!

Misia Romelia intervino:

—¡Mira, muchacho. Tienes que casarte con Pura, mañana mismo!

—¡Si señó, doña. Mañana mismo!

—Y tú, hijo; no lo jamaquees más. Llévalo tranquilo a la jefatura, sin escándalo. Afortunadamente el tiro fue al aire. Los vecinos creerán que es algún cohete… Mañana Pura irá a la jefatura con su mamá, y santo listo. ¡Casados, sin bullas ni aspavientos! Sácalo disimuladamente no vayan a percatarse de que entró por el corral…

—¿Lo has pensado bien, vieja…? ¡Hola! ¿Dónde está su sombrero?

—Aquí está, contestó Pura, con un hilo de voz.

—¡Arréglese la ropa, don Juan de Corrales, y acompáñeme a la jefatura. Pero eso sí, si intenta huir, le tiraré al cuerpo, ya lo sabe!

—¡Dios mío! —lanzó misia Romelia— ¡este mundo se compone de sorpresas…! ¡Conque Purita tenía sus tapujos! Tan calladita y tímida…

Unos pasos interrumpieron de pronto la atención del grupo. Eran los que volvían de la procesión. Mónica venía adelante, y al sorprender la actitud de su madre, así como las lágrimas de Pura, sollozando contra el pecho de Deogracia, y al notar que había un extraño en la casa a quien su hermano sujetaba por un brazo, retrocedió con miedo.

—Mamá… ¿qué sucedió aquí?

Por toda respuesta Aristimuño se llevó a Salomé Flores a la cárcel. Misia Romelia comenzó entonces a explicarlo todo. Sótera pudo enterarse detenidamente del asunto, y echando mano a Pura, se la llevó al fondo del corral… Se oyeron gritos y protestas. La mamá la arreaba duro con un palo de escoba.

Regana se santiguaba. Consuelo reía, para escándalo de doña Marta, que no encontrando actitud adecuada, se retiró a su alcoba.

Mónica no emitió opinión alguna, ni hizo gesto de sorpresa. Quedó en silencio, y sin saberlo, sus ojos se empañaron en lágrimas…

Corrió a su cama. Un pesar, como una torunda, le oprimía la garganta. Lloraba, lloraba, sin poder remediarlo. Echóse boca abajo, sobre las sábanas. Sus sollozos eran callados, como los de un niño asustado. Hasta sus oídos llegaban los alaridos de Pura, flagelada

con mano firme por la autora de sus días… Luego cesaron los gritos. Ahora, la voz fatigosa de Sótera:

—¡Pa'que sepa…! ¡Vagabunda…! ¡Gran puta!

Cada una de aquellas palabras, caía como pedrada sobre su conciencia…

¡Sí, ahora, cruda y salvajemente el recuerdo de su amor le destrozaba el pecho…! El recuerdo de Sierralta, el secretario que acompañó tres meses al general Algarrín, jefe civil para entonces del Distrito. Aquel mozo, alto, elegante y empolvado; con su bigotico puntiagudo, sus cejas encontradas, sus patillas a lo "Mariscal Sucre" y sus blusas, impecables de blanco, con botonaduras de moneditas de oro. Pablo Sierralta, el bachiller coriano, hábil y suave pareja en los bailes. ¡Ah! Cómo se sentía transportada, en la primera pieza, cuando su brazo fuerte le ceñía la cintura tibia y ágil, al compás sugerente del vals "Brisas del Campo…" Y en la fugacidad vibrante de los "lanceros", formaban una brillante pareja que atraía la mirada de todos. Recordaba la declaración, allí, junto a los porrones que adornaban el alféizar de la ventana del salón de las Inciarte. La orquesta suavemente tocaba ese sublime vals, "Quejas del Alma…" Fue antes de que él la enlazara con su fuerte brazo para ir a bailar, cuando ella le dijo, casi desfallecida: "Sierralta, soy tuya…"

Dejó de llorar por un instante. Otra vez la voz herida de Sótera, repercutía allá en la cocina:

—¡Vete a acostá, mala pécora…! ¡Por eso dicen: cría zamuros que te sacarán los ojos…! ¡Anda a acostate, bandolera!

¡Cómo caían pesadas y duras aquellas frases en su corazón también culpable! Eso era lo que a ella le había hecho falta. Lo que ella necesitaba expiar… Las lágrimas fluyeron nuevamente por sus párpados semicerrados. En esos instantes entró su madre.

—¿Lloras, hija?

—Sí, mamá…, dijo; pero no pudo agregar más nada. Hubiera querido confesar, decir con valentía; echar de una vez aquel falso velo de pudor con que siempre había disfrazado su vida. Tuvo miedo. Tuvo pena… ¡Era una cobarde!

—¿Llora Mónica, misia…?, preguntó desde otro cuarto Consuelo.

—Sí, mi hijita; esta niña es muy… con nada se impresiona… ¡Es que ella quiere mucho a Purita!

¡Ella, una niña sentimental…! ¡Qué irrisión! ¡qué castigo más grande! Y ella que se creyó invulnerable, cerrada al remordimiento. ¡Ahora comprendía lo que era la hipocresía; el mal de aquella falsa virtud, de la apariencia con que siempre disfrazó su gran tragedia…!

Le tuvo miedo al fracaso, a la ruina de su nombre, a la bancarrota del apellido. Calló por eso. No encontró el coraje suficiente para arrostrar su pecado.

Ahora aquellas palabras maltratantes y abultadas, salidas del alma sincera de Sótera, se enterraban en su pecho. Eran lajas que lapidaban su vida. El llanto corrió un buen rato por su rostro, como sobre una losa el agua que lava y purifica. De entonces a esta parte, habían pasado largos años de silencio, de sacrificios. Las mejores ilusiones de su juventud inmolada, como flores en un búcaro, se marchitaron lentamente.

El llanto bañaba su rostro, como lluvia fresca la tierra morena y árida. Y era que la señorita Mónica recordaba, como si fuera esa noche misma, que catorce años atrás Pablo Sierralta había saltado también el corral de su casa.

* * *

Cuando las campanas repicaban al vuelo y los cohetes izaban al azul su estela gris y detonante, el coronel Aristimuño le echaba la pierna a la mula. ¡Sábado de Gloria! ¡resurrección! ¡aleluya!

Contra su pecho se calentaba el papel comenzado a escribir. La carta mutilada por el incidente de la noche. El trote de la bestia y lo fresco de la mañana disiparon su mal humor. Era la ley de la vida, la fuerza de la naturaleza, impulsando los instintos que acarreaba al óvulo el espermatozoide ávido, por esa atracción o simpatía afín… El camino se abría, sinuoso, verdeante. Los arrebujados mogotes de las orillas lucían flores rojizas y azules. Allí los abejorros ronroneaban como minúsculos motores alados. En el interior de aquellos palacios de hojas nuevas, las reinitas y copetones hacían sus nidadas. ¡Todo, Amor! Cópula en el aire, en el agua, en la tierra…

A lo lejos el tocado rojo, cabelleras oxigenadas de los bucares, parecían, moverse y sacudir con gracia de mujeres coquetas, las vegetales trenzas al aire. El *pilar cucú* de los arrendajos dejaba sonar

sonoras sartas de perlas y silbos desafiantes antes de internarse en las haciendas para hundir sus picos canoros en el cobre fragante de las naranjas. Todavía retumbaba en sus oídos medio tapiados, la percusión de los morteros o cámaras, disparados en la plazuela de la iglesia. ¡Aleluya!

¡Aleluya! ¡aleluya!
¡Que cada uno coja la suya!

Como decían los muchachos y las mujeres en el pueblo, con intención picaresca. En cuanto a eso, Salomé Flores seguía el precepto al pie. Los dejó casados, previa prescindencia del artículo ese que tan bien conocen los plumarios. Matrimonio de emergencia…

Y ahora, sin explicárselo, sentía germinar un vino nuevo en sus venas, embriagante y ardiente; todo lo veía exactamente como en la edad veinteañera. Más azules y alegres las mariposas. Hasta el cri-cri de los grillos parecíanle violines minúsculos puntillando sus cuerdas…, las piedras polvorientas del camino, invitándolo a sentarse para contemplar el paisaje. Las charcas, infectas de orina rancia y estiércol de las bestias, espejeaban de azul, copiando en florecidas ramazones el paso fugitivo de las nubes. Las charcas poseían un alma, "el alma de las charcas", de la que habló el poeta… La mula detuvo su trote… Aristimuño descubrió su cabeza calva, salpicada de algunas hilachas plateadas, pero el sol dardeante lo volvió a lo real. Se encontraba ante el primer callejón, que era decir: fango, barro líquido, fango siempre… Aquello estaba lejos de ser un poema, y escondía su traición la estacada donde más de un peón sacó la planta de los pies chorreantes en sangre… ¡Estos callejones hacienderos! ¡La pesadilla de las arreas, el vía-crucis de los caminantes barloventeños!

¡Y el callejón que daba a la oficina en Pozo Frío apareció a su memoria, y los corredores de la casa, y el rostro terso, encendido de sol, de Consuelo Sarabia!

Sin pensarlo amasaba ya, sobre su buena mula, la extensión gris y maloliente de aquel sórdido callejón.

¡El domingo de Resurrección!, con el paseo del alba, la procesión del Santísimo, llevándolo en alto, bajo el palio dorado, el padre Arturo, cubierto con sus ornamentos púrpura y luciendo a

la espalda las iniciales de *Jesu-Homini-Salvatis* con su corazón y su cruz de oro. El redoblante de la guardia ritmando marcialmente la bizarra apostura de los milicianos, que disparaban salvas en honor del Señor vuelto a los Cielos.

¡Resurrexit…! ¡Resurrexit!

Las campanas se echan al vuelo, los rostros sonríen.

—Las mujeres hallaron la fosa vacía. Un desconocido les habla. Reconocen a Jesús, y exclaman transfiguradas: "¡Rabboni!, Rabboni…!" "¡El Señor ha resucitado…!"

El fármaceuta don Lisandro le habla de estas cosas al secretario del Juzgado, un viejito medio incrédulo.

En la tarde los muchachos sacaron a Judas, jinete sobre un penco matusalénico, ventrudo y embutido en un flux viejo del jefe civil. Decían algunos jóvenes temerarios que se parecía al propio jefe distrital, en eso de los banquetes generosos, donde daba palmaditas amables y repartía con la zurda algunas lochitas a los muchachos del barrio, haciéndose simpático con las mamás y los papás; y también en las "amables" incursiones que hacía en las rentas municipales, pues si quedaba algo para los policías y el secretario era por suerte de la gran habilidad de éstos.

Después de la quema de Iscariote relleno de trapos y aliñado de petardos en el barrio El Placer, Tereso volvió a la posada, donde lo esperaba su amada Ana Rafaela Guardó el cornetín por unas horas, mientras llegaba la hora del baile, y sentándose a la orilla del lecho junto a su mujer, comenzó a sacar cuentas de lo que se había ganado en toda la semana. Ana Rafaela era una muchacha alta, flébil como un bambú del río. Reía con cierto candor, dejando al descubierto su dentadura limpia. Su piel más bien trigueña aparecía en su rostro con los colores naturales del carmín que es peculiar en las graciosas hijas de la Sierra. El pelo negrísimo y lacio afirmaba a gritos su ascendencia indígena y bravía. Tereso se recreaba en sus ojos, rasgados como almendros. Hablaban:

—Mama Cele va gustá mucho de ti.

—Es el miedo que yo tengo, si no le gusto…

—Ya te dije Ana… Como base, tiene que quererte, puesto que eres mi esposa.

—Yo también la voy a querer mucho, ¿no?

—¡Y dígame cuando venga el muchachote que vamos a tené!

—¡Jesús, Tereso —rió la muchacha—; deja las boleras conmigo!

—¡Mañana, después de almorzar, raspamos pa' Pozo Frío! Ya están ahí las bestias que nos llevarán hasta el paso.

X
Vuelta a Pozo Frío

El camino se hizo interminable, cansino, reseco en partes, barrialoso en las hondonadas donde las bestias se metían hasta el pecho. Al fin comenzaron a ver la cantina, con su techado de zinc; a oír el ruido milenario del Tuy, rojizo, anchuroso como una gran serpiente. Había allí otras bestias. Algunas turistas. Era la familia Sarabia que llegaba antes, esperaban el aparejo del alijo. Desmontaron.

—¿Pa' Pozo Frío o pa'l Colorao?, les inquirieron los peones remeros, desnudos de la cinta arriba. Los ojos de los alijadores brillaron de alegría al saber que todos iban a Pozo Frío. También había allí un buhonero, el fardo al lomo, una gruesa pipa encajada en la jeta cetrina, bajo unos bigotes kurdos y la agresividad ganchuda de la nariz. El musiú volvió los ojos semiocultos bajo la maraña negra, encontrada, de las cejas y fijándolos en Tereso exclamó:

—¡Bor mi mama! Chico, ¿barese gue te zumbaste al agua?

—¡Qué hubo, musiú Luis! ¿Mucha venta?

—Y tú ¿mucha blata, hijo?

En el atracadero dos hombres achicaban el alijo. Luego tendieron tablones en el fondo y aparejaron la lona del toldo. El pagay, un negro alto y dicharachero, salió de la cantina escupiendo a un lado.

—Qué hubo, Caslo, ¿ya estamos listos?, dijo.

—Ya estamos, Morocota —le respondió el mentado Caslo.

—Entonces… ¡ráspalo! —y los brazos largos y musculosos como dos aspas de granadillo del pagay abriéndose y cerrándose sonando tres palmadas en seco que parecieron tres tiros.

Todos fueron llevados en vilo al bote, y a poco comenzaron a costear el río hacia arriba, para luego dejarse rodar por las aguas hasta el propio atracadero de la posesión.

* * *

Llegaron por la noche. Tereso y Ana Rafaela tocaron a su casa cuando la señora Celedonia encendía la lámpara en la salita. Su sorpresa fue grande. Por un buen rato se abrazó al hijo que volvía. Sus ojos lloraron sobre el hombro firme de Tereso. Entre tanto Ana Rafaela se quedaba corta, contemplando el tierno cuadro, reparando en el piso de tierra apisonada; las paredes desnudas de cal, terronudas, dejando ver los bejucos que sostenían los parales. A un lado una mesa, negra, vieja, sin paño, luciendo una múcura y tres vasos sobre un platón de hojalata. Arriba un cuadro del Corazón de Jesús. En otro lado, una ampliación fotográfica de la señora Celedonia, que lucía joven y blanca… En el aire, un olorcito de cocina… Al fin, madre e hijo se separaron y Tereso, restregándose los ojos, presentó a su esposa:

—Mamá: aquí está Ana Rafaela, mi mujer…

—¿Tu mujé?, exclamó la señora. Pero reparando en lo apuesta de la damita, sonrió y la atrajo hacia sí:

—¡Ah…! ¿Eres tú Ana Rafaila… ? Bien me lo suponía yo.

—Sí, misia…

—Jum, mujé de Dió: ná ’e misia ahora. Llámame Celedonia, o mama Cele, a según; tú eres su mujé y yo su mae… Debemos tené confianza, ¿comprendes?

Tereso rió de buena gana, mediando:

—Sí oh, Ana; a la vieja le gusta el trato sencillo…

La señora Celedonia pasó la lámpara al corredor. Allí había otra mesa, esta vez con su paño muy limpio. En un rincón, sobre un trípode de palos rústicos, descansaba un ventrudo y rojizo tinajón. En el alero colgaban tiestos de flores. La luz amarillenta descubría en la oscuridad del fondo las siluetas de los árboles frutales. Ahora el aire acariciaba con sus bálsamos el olfato. Un catre, cerrado y cubierto con sus sábanas, se recostaba a la pared, cerca de la mesa, tapando a medias el ventanuco negro del cuarto. Tereso y Ana tomaron asiento, mientras la señora Celedonia les traía de comer. Después de que comieron, ella dijo:

—Ustedes dormirán en el cuartico. Ahí está todo arreglado…

—Y…. ¿usted, mama… Cele? —arguyó Ana Rafaela forzando la pregunta.

—Pues hija, ¿no ves ahí mi catre?

Pasaron un rato charlando. Tereso miró su reloj de pulsera.

—Las dejo. . .

—Da una vuelta, hijo, por casa de Lino; Altagracita, su esposa, creo que está de parto… Yo le atendí unos días, y hasta la iba a partiá si no hubiera estao pendiente de ustedes.

Tereso Martínez salió, silbando. Entre las dos quedó un silencio ominoso, turbado solo por el croar de las ranas del platanal y los escarceos de los grillos. La señora Celedonia, bostezando dijo:

—Vete a acostá entonces, Ana Rafaila.

Un escalofrío le recorrió la nuca al oírse llamar por segunda vez Ana Rafaila… Se encaminó al cuartucho, despidiéndose:

—La bendición, mamá…

—Mamá Celedonia —terminó la señora—; mamá Celedonia, hija, tienes que acostumbrarte… ¡Que el gran podé de Dio te bendiga!

* * *

Tereso caminaba silbando bajo la noche estriada de luces, cruzada por el chal luminoso del Camino de Santiago… Un vientecillo frío soplaba del norte. Sentía la satisfacción íntima de que su madre congeniaría bien con Ana. De un lado se levantaba la oscura mole de la oficina, iluminados sus corredores por el gas acetileno. Más allá, la iluminada puerta de la casa del viejo Crisanto. A poco las

luces rojizas de otros ranchos… Un perro comenzó a aullar. Mal agüero, de seguro…

No había tropezado aún con ninguno de los muchachos conocidos. Era extraño. Iría al amanecer a casa del viejo Crisanto; abrazaría a Pedro… Los aullidos se fueron perdiendo en el silencio. La yacagua, oculta en los guanasnales, comenzó a dejar oír su lúgubre lamento…

Los ayes tristes, agudos, del pájaro nocturno le produjeron escalofríos… Se le erizó todo el cuerpo… Sintió miedo.

¡Yáaacabó…! ¡yáaaaacabó…!

Ese canto del ave tenebrosa significaba muerte segura en el lugar. Puso más cuidado en el camino, no fuera a ser víctima de una terciopelo, como le sucedió a Lionso, un amiguito de su infancia. También el canto de la yacagua anunciaba a la Sayona, el espanto terrífico que se aparecía en forma de mujer hermosa y complaciente, la cual conducía al cementerio a los atrevidos que osaran seguirla. Sin saberlo, echó a correr. Un instante después llegaba a la casa de Lino. En el patio se encontró con éste, bebiendo, caña y riendo con algunos amigos y dos mujeres. Dentro del rancho se escuchaban los quejidos de la mujer pariendo. Lo recibieron con los brazos abiertos. Lino estaba preocupado, bebía y reía porque ese era su estado natural, pero estaba preocupado.

—¡Tereso…! ¡Qué distinto y gordo estás, compa!

Menudeaban las libaciones. Un instante luego los quejidos de la parturienta cesaron. Los hombres en el patio guardaron silencio. Un chillido de muchacho estremeció a todos, arrebatando a Lino su resto de nerviosidad:

—¿Macho o jembra? —dijo anhelante.

—¡Machito! —gritó la voz cascada de la vieja Asunsa tras la coleta del cuarto.

—¡Gracias a Dios! —gritó Lino Bembetoyo. ¡Que viva Timoteo Bermúdez!, añadió a voz en cuello.

—¡Que viva!

Todos se precipitaron al interior. Altagracita estaba allí, desfallecida, pálida. Una mujer le daba unciones en los músculos y el cuello. A su lado se revolvía la criatura, lloriqueando. Los ojos de la madre, cercados en sombras oscuras por el sufrimiento, animáronse al ver a Tereso. Él le tomó una mano, oprimiéndosela en muestra

de saludo y de alegría. Las mujeres preparaban el bebedizo con alhucemas, papelón quemado, guásimo y ron. Las miradas estaban fijas en el angelito, cuyo pequeño rostro hallaban las viejas parecido al desaparecido abuelo. El recién nacido tenía el colorcito de la madre y el ceñito enfurruñado del maestro Miguel, su otro abuelo por línea materna. Agitábase inquieto bajo las colchas, lloriqueando mucho.

La celebración del nacimiento se prolongó hasta avanzada hora.

Tereso regresó a su casa, acompañado por dos amigos vecinos. En el camino hablaron de la yacagua y del chaure, aves de mal presagio, santiguándose varias veces.

Por la mañana, cuando se dirigía a casa de los Marasma, tropezó con Luisa Sinza que iba avisando de rancho en rancho la triste realidad: el crío de Altagracita y Lino había muerto en la madrugada.

¡Pobrecito, aducía Luisa juntando las manos; vomitó el cerato por la boquita…! ¡Por eso se quejaba y lloraba tanto el angelito!

—Maldiojo, de seguro…

—¡Asina parece, m’hijo… Yo me imagino quién pudo ser la autora de esa maldá…!

—Y… ¿lo velan?

—Sí. Esta noche. Ya lo sancocharon. Ahorita lo están arreglando con su palito ’e fósforo en los ojos, bastantes flores y sus cuatro velas de cera que le regaló doña Marta. Esta noche bailamos el mampulorio…

—¡Bendito siá Dios! —decía el viejo Marasma al saberlo, después de abrazar a Tereso. Y luego de un silencio, agregó:

—Ya Timoteo está muerto, muchacho; pa’ qué volvé a nacé?

* * *

Mampulorio

El velorio del muertico estuvo muy concurrido. Se bebió mucho y bailaron el mampulorio. La madre no estuvo presente, aunque la instaban, debido a su extenuación y al frío tremendo que le cogía el cuerpo. Su catre temblaba, con la trepidación de la fiebre, que comenzaba a consumirla. No hacía sino llorar, mientras todos se entregaban al jolgorio. Desde su cuartucho, semialumbrado con una gruesa vela de esperma, oía los cantos y los gritos del baile:

¡Por las ánimas benditas
que están en el Purgatorio;
apaga la vela del mampulorio!
¡Apaga la vela del mampulorio…!

El ruido ensordecía. La guitarra del Culencho hablaba, alegre, y las manos sabias del negro Morocota, el pagay —que se había quedado arrochelado en el sitio— sacudían violentamente las tablas del cajón.

¡Para pam, pam, pam!
¡pam, pam…!
¡Apaga la vela
del mampulorio…!

Y los hocicos soplaban la candela de velas imaginarias, al son del canto, con un ritmo que completaban palmadas unísonas, mientras el torso de los cuerpos avanzaba de un lado al otro buscando la llama de la vela misteriosa. Algunos daban brincos, acercándose y retrocediendo hacia la mesa adornada del difunto, levantando una polvareda en el patio que se pegaba a los rostros mojados de sudor, colándose por las gargantas resecas a cada paso vueltas a humedecer de alcohol. Las mujeres lucían "regalitos" de celuloide de distintos colores en la cabeza, comprados en la quincalla ambulante de musiú Luis. Cantaban todos. Mujeres viejas, con los senos bamboleantes como nidos de arrendajos. Jóvenes de cadera escorzada y muslos duros, como troncos nuevos. Allí estaba Coínta, con su pelo malaxado con aceite de coco, sin querer cantar, junto a su tía Iginia y la señora Celedonia. No abrió los labios en toda la noche. En frente, cerca de la mesa del muertico, reía entusiasmada y sorprendida con el canto Ana Rafaela, conversando y bebiendo con Tereso, que vestía de casimir y usaba cuello duro y reluciente de blancura. La señora Celedonia contaba todo a Coínta:

—¡No, no, no, m' hijita…! ¡No mi hace naitica 'e sangre! A cá paso: misia p' allá misia p' acá… Ya toy jarta 'e decíselo. Pero ella parece que lo jace a propósito. Todo pa' ella es una dificultá y un dengue… ¡Jum!, yo no congenio con gente fatua. Yo creo quem' hijo ta ambilado con una mujé como Ana Rafaila, cuando yo, que

emprincipio a conócela de ayer p' acá, ya le veo el mantuanismo de los blancos…

—Es que los blancos son pretenciosos porque se creen "mejores" —terció la tía de Coínta.

Ana Rafaela, con ese instinto infalible de las féminas, preguntó a Tereso:

—Poneme cuidado, Tereso: ¿Con quién habla tu mamá, que nos mira así…. como si quisiera regañarnos?

—Con una amiguita…, una amiguita de la vieja…

—¡Ay!, pero esa mujer te echa encima los ojos a cada paso. ¡Y tu mamá me tuerce ahora la vista! ¡Como que no vamos a poder amañarnos, m'hijo…! Ténme atención, amorcito. No es que yo le tenga mala voluntad a misia… digo, a tu mamá; pero ella no sé; se enfurruña, conversa en voz baja, tira los platos en la cocina y, para llamarme, grita, así esté pegada a ella. Grita: ¡Ana Rafaila…!, y a mí, francamente, no me gusta que me llamen así. Yo me llamo: A-n-a R-a-f-a-e-l-a, se lo dije esta mañana, sin disgusto, riéndome. ¿Qué crees que dijo…? ¡Pues…, un disparate que alas!, ¡me llenó de coraje…!

—¡Cosas de la vieja, perdónala chinguita…!

—¡Pónmele atención a "tu" amiguita! ¡Cómo me ve, de arriba abajo!

—¡No veas para allá y se acabó!

—¡Tú tienes algo con ella, Tereso…!

—No seas tonta, Ana; eso es así siempre con el forastero en todas partes de la tierra. Después se acostumbrarán, todo pasa.

Ana Rafaela torció el gesto. Desde su rincón apercibía los ojos grandes, vengativos de Coínta, mirándola con desprecio, con provocación… Quitaba la vista, y al cabo de un rato sentía de nuevo como puntos de fuego encima, el rencor de aquellas pupilas de la muchacha…

—¡Qué boleras tendrá esta con mi negro!

Terminó el mampulorio y comenzaron los juegos de prendas. A cada paso había un perdidoso a quien imponían como pago de premio, alguna prenda, una canción o algunos versos. Coínta perdió en seguida; no puso atención a las preguntas que le hicieron.

Perdió y debía pagar con un canto. Se puso de pie y comenzó:

¡Taquiquitaqui, corozo!
¡Negro con blanca es celoso!
Un negrito y una blanca
se tiraron entre un pozo;
y en la orilla 'e la barranca
estaba un caimán goloso.
La blanca que ya se ahogaba
al negro pidió socorro,
y cuando este se acercaba
lo mandó p'al Purgatorio;
lo mandó p'al otro mundo
poniéndoselo al caimán
que como era un vagabundo
¡se dio su buena jartá!
Y la blanca se reía
mientras se salía del pozo ;
taquiquitaqui, decía,
negro con blanca es celoso.

Una risa general acogió los versos de Coínta. Tereso sintió las orejas grandes, enormes, de encendidas. Ana Rafaela lo atrajo hacia sí y, riendo como todos, lo besaba, para disimular. Hasta Lino, espatarrado sobre un banco, que bebía y callaba en la oscuridad con el viejo Marasma, se rió de buena gana. Tereso lanzó una mirada terrible a Coínta, una mirada cargada de odio. Sí, la odiaba. Sabía que en el pecho de aquella muchacha se abrigaba el fuego del amor por él. Sentía repugnancia por aquella fidelidad, que resultaba para él como un dedo acusador de su olvido… La odiaba ahora, cuando antes le tenía lástima, porque la sabía víctima del deseo que muerde a todo negro: ¡tener mujer blanca. ..! Pero ahora, ¡ja!, ¡con eso!, "¡esto pa' ella!", no solamente la odiaba: ¡la despreciaba!

Tereso se puso de pie y le echó un brazo a su esposa.

—Anda, Ana; nos vamos.

La voz de un hombre, la de Morocota, sonó:

¡Arroz con güesito
sancocho 'e pescao;

quién ha visto negro
con cuello parao…!

Eso lo dijo por lo bajo, pero lo suficientemente fuerte para ser oído por todos. Tereso se detuvo. Giró sobre sí, y hubo un silencio.

Ana Rafaela, le echó el brazo a su vez:

—Vamos, amorcito; no hagas caso…

—¡Guá!, zumbó Morocota; y no se pue quejá el paisano; tiene un buen salao…, ¡un salao mantuano…!

Tereso saltó como un picado de alacrán:

—¡Eso no, Morocota 'el diablo! ¡Métase conmigo, pero a ella, no me la toque…! ¡No me la nombre, carajo!

Morocota, alto, fornido, seguro de su fuerza, célebre por todo aquello, púsose en pie lentamente ante la furia del joven:

—Mira, muchachito; yo te cargué a ti, cuando eras un cagoncito. Lo que te dije no fue sino una mamá 'e gallo… Yo no me pongo bravo nunca, muchachito, porque el otro día me pasó con un burro cuando era arriero, y le metí un piñazo que le quebré la nuca. Dejé de se arriero y me hice pagay… Ya tú ve, no quiero peliar contigo…

Pero Tereso, con un rápido movimiento, sacó a relucir una barbera avanzando hacia el hombrachón. Morocota retrocedió y se comenzaba a arrollar las mangas de sus brazos gruesos y largos, entre un inmenso griterío de mujeres, cuando el viejo Marasma se atravesó entre los dos:

—¡Calma, Tereso…! ¡Guarda esa navaja, hijo, que la cárcel es peor!

—¡Yo por ella voy al presidio! —gritó Tereso dejándose desarmar y debatiéndose entre los brazos de Lino y el viejo Marasma, rugiendo y amenazando a todos los que se metieran con su mujercita.

La señora Celedonia entre tanto, a duros esfuerzos, alarmada por el rápido y peligroso giro que tomaba el asunto, logró abrirse paso entre el mujerío y los hombres hasta su hijo. Ella y Ana Rafaela se lo llevaron a la casa. Morocota sonreía, encogiendo los hombros, duros y gruesos, mientras se echaba su trago de aguardiente doble del garrafón que tenía bajo el cajón:

—Pobrecitos mis paisanos. ¡Cómo se infatúan en la capital!

Coínta se quedó en su sitio, inmóvil. Al principio creyó sentir la satisfacción que le daba su venganza, una venganza bien sencilla;

pero ahora, viendo cómo Tereso defendía a la blanca, a aquella intrusa; ¡viendo cómo quiso hasta matar por aquella mujer, se sintió sola, abandonada en el mundo…! La tía Iginia la agarró de un brazo y preguntóle algo. No supo contestarle. Estaba ronca, ronca de llorar en silencio, de llorar con aquellas lágrimas que su tía Iginia le enjugaba, arrastrándola casi hasta la casa.

Todo había muerto para ella, hasta la esperanza, que es lo último. Ella misma era ya una muerta, con sus dieciséis años apretujados de primicias intocadas y de ilusiones truncas. ¿Qué le quedaba ahora?.

XI
El Negro Morocota

El coronel Aristimuño se paseaba a grandes zancadas por el salón de su despacho. Rebosaba de satisfacción. Se restregaba las manos con optimismo y su rostro lampiño reflejaba una sonrisa juvenil. El éxito parecía acompañarlo ahora. Su secretario —un joven descarnado y envejecido, de manos largas, huesudas y voz tuberculosa— había llegado de la gallera trayéndole la buena noticia del triunfo del canagüey…

—Mi coronel —le había dicho Goizueta el secretario, con su voz de soplo—, casamos el colín con el gallino de Boca de Cuira… ¡Fue una sola pasada…! ¡Ganamos "al soltar…"!

Y la inspiración venía también a través de la ventana abierta a la verde perspectiva de los platanales del río. Como un torrente, igual que esos fuertes y largos aguaceros que azotan y golpean las tupidas haciendas, las ideas y las palabras inundaron su cerebro… Detúvose un momento para poner orden entre sus pensamientos y la tremenda agitación de su pecho. Acercóse a la mesa, cubierta con una gris carpeta de flecos gruesos, cargada de libracos y folletos. Tomó asiento y empuñó la gorda estilográfica, comenzando a escribir con elegantes redondillas lo que quedaba en blanco de la inconclusa

esquela. Allí quedaba depositada como un tesoro precioso la esencia misma de sus deseos más puros. Puso su firma, adornada con rúbrica diabólica, jeroglífica, y sobre la tinta fresca corrió el cilindro de papel secante. Un suspiro profundo hizo entrar en sus pulmones el soplo cálido que venía de las risueñas vegas. El perfume del campo lo ponía sentimental, y al cerrar la nema del sobre, pensó en Consuelo, hasta cuyas manos acariciantes llegaría aquella carta portadora del secreto de su alma…

Era día domingo y El Clavo, pueblecito esencialmente agrícola, bullía de animación y jolgorio. Los peones de todas las haciendas circunvecinas rebosaban las pulperías y las tiendas, comprando lo de la semana y los justanzones para sus mujeres; zarazas y madapolanes de colores alegres y violentos, así como vestuarios para sus muchachos. La gallera era una algazara bohorrinosa, apestante de humo de tabaco, restallante de palabras gruesas, amenazas de macho, carcajadas de macho divertido y borracho. Alrededor de la valla de estacones enterrados, apretados, y cubierta con una tela de liencillo salpicada de sangre de gallos, los hombres apostaban, gritando, roncos, sacudiendo los brazos, levantando los puños morenos como mazorcas donde enseñaban trémulos y verdeantes los billetes de la apuesta. El cruzarse de los gallos, cansados, mal heridos, enchumbados de sangre oscura y brillosa, les encendía las pupilas con chispas deletéreas de rubí. Los ganosos rechinaban los dientes a cada nuevo trabuqueo de su favorito, descubriendo en una sonrisa salvaje y blanca la dentadura simétrica como rajitas de caña dulce.

Arriba, sobre los sombreros de cogollo y pelo de guama, sobre las cabezas negras y descubiertas, el globo terroso de una matejey semejaba una camaza prendida de las chamizas del techo de palmas.

Nadie se ocupaba del sordo rumor del avispero que daba inequívocas muestras de inquietud, perturbado por el denso humo del tabaco de los hombres.

Fuera de todo esto, las cortas callejas del pueblecito retumbaban bajo los cascos de las bestias de los mayordomos y dueños de posesiones, que venían a “echar su canita” y a hacer negocios. Dos hombres tambaleantes salieron de la bodega de musiú Zappa, a la espalda los pelo de guamas, sujetos del barboquejo a sus cuellos sudorosos. Los pantalones arrollados, la franela renegrida de sudor y sucio; en la ancha faja unos fuertes menos.

—Cuando uno se juma… se juma güeno, ¿verdaíta, vale Socorro?

—¡Con jénise legítimo, vale Caslo…! ¡Y lo demás, es lo de menos!

Contrario al trayecto de los borrachos, venía un negro alto, pernilargo, de dril nuevo y panamá. Venía de la gallera. Su rostro reflejaba una tristeza sombría, apretado de líneas rugosas, como las venas de un granadillo. Con un pañuelo se limpiaba los labios.

—¡Maldita sea! —exclamó cuando estuvo junto a los beodos.

—¿Qué te pasa, compae Morocota?

El pagay guardó un ligero silencio. Escupió un salivazo espeso, parduzco, y luego habló, deteniéndose ante ellos:

—¡No oh, compae Caslo…! toy echando puro culidó… No sé qué vaina me pasa denje unos días p'acá. Voy a la gallera y entro templao, ganando veinte pesos en el canagüey del coronel; pero de ahí p'acá, pierdo con el poncho, pierdo con el tuerto de Goizueta… Me aparto un rato y me voy al monte, allí quedé con solo dos fuertes. Vuelvo a los gallos, los apuesto al cuatro y do del viejo Onésimo y después de perdé al rompe con morcillera, viene una maldita avispa y me besó la bemba. ¡Ne me jo…!

—¡Ja, ja, ja, ja!

Ante la risa de Socorro, compañero de Carlos, Morocota dio un paso atrás y arremetiendo por sorpresa levantó uno de sus gruesos brazos y lo descargó puñicerrado sobre la cabeza del borracho. Como un mástil derribado, sin una exclamación, cayó el hombre, de bruces, sobre el empedrado de la calle.

—¡Eso, pa'que respete a los hombres!

Carlos recobró un poco de lucidez y abrazó al compadre.

—¡Morocota, no le pegues, compae…! ¡Ese ta muy jumao y no es hombre pa' ti!

Una mujer gorda, catira, en la casa del frente, al ver al hombre en el suelo, echando sangre como un grifo por las narices, dio un grito. De las otras casas salieron gentes alarmadas. Poco más allá, en la puerta de su bodega, musiú Zappa asomó su cara de cono-to siniestro, embutido entre su fina franela, gritando, mientras los hombres que llenaban su establecimiento lo rodeaban agolpados en la puerta:

—¿Qué pasa, Vivina?

A su vozarrón de acento itálico respondió la gorda musiúa, temblando de miedo, que habían matado a un hombre frente a su casa. Ya rodeaba a Morocota un nutrido grupo de hombres, mientras una mujer y Carlos levantaban al golpeado, que volvía en sí bajo el efecto de algunas totumas de agua fría con que le mojaban la cabeza. Morocota se deshizo de los hombres, diciendo:

—¡Déjenme. Yo voy solo. La cárcel se hizo pa' los machos!

Le dejaron el paso libre. Algunos cargaron al aporreado, que daba bufidos, llevándoselo a casa del doctor Goyo, mientras Morocota era alcanzado unos pasos más allá por Carlos.

—¡Compae no fue nada, graciadió!

—Lo que me falta es que se muera, pa' completá…

—Pero no fue sino el susto, compae. ¡Por eso dicen que a borracho lo cuida perrendengue…!

Siguieron caminando. La calle se fue quedando ahora sola. A esa hora ya muchos garrafones y litros de licor habían cumplido su obra. Los peones se "zumbaban" sobre los mostradores, en los rimeros de sacos de los almacenes, aturdidos y babeantes. El opíparo almuerzo en los vientres de los clávenos tumbaba a sus poseedores sobre los catres y camones, amodorrados de sol, acicateados de urgencias sexuales. El mediodía lucía un cielo despejado, de cielo ceniciento. El sol cegante, abrumador, caía sobre los cogotes de las bestias, emblanquecía las altas copas de los bucares hacienderos, donde silbaban los pecho-amarillos escondidos en las nidadas. El ruido de golpes y susurros; turbamulta inacabable de barrancas derrumbadas en su revuelto cauce donde tocaban cien tambores infernales…

Morocota y Carlos caminaban a la comisaría. Las aceras angostas de la calle se pegaban como un faralao a la desigualdad de las casuchas pintadas de hierro, decían de sus ricos residentes. Sus aceras eran más anchas, pero los perros paseaban ahora enseñoreados, haciendo el amor y mojando las paredes, sin poner distingo en clases. Morocota y Carlos se detuvieron un instante, frente al caserón de la comisaría. El empedrado suelo estaba regado por las bestias de estiércol y orina rancia, Morocota hablaba:

—Como te dije, compae; de toas maneras venía' casa del coronel Aristimuño…

Carlos iba a hacer una interrogación, pero él continuó, atajándolo:

—Yo creo que es pa' Pozo Frío la recomienda… No sé; no toy seguro… ¡En fin!

Con un encogimiento de hombros, terminó encaminándose decididamente a la comisaría, dejando a la puerta al compadre.

Una hora después, salía Morocota riendo, mientras el coronel, a la puerta, con los lentes calados y en mangas de camisa, le encargaba finalmente:

—¡Ya sabes, negro, en propias manos…! Y ya estás en la cuenta de que tienes que regresar hoy mismo, para que cumplas tu arresto.

—¡Despriocúpese, mi coronel…!

Pero la risa del negro fue momentánea. Líneas duras volvieron a surcarle el rostro, y apenas la boca, tumefacta por el aguijón del matajey, para decirle al compadre que lo siguiera.

Caminaron ahora hacia el río.

Como a cien pasos se divisaba la orilla de la barranca, pelada y ocre, demarcando toda la longitud del cauce en cuyo seno el ábrego de las aguas era como un coro infernal, ronco, intenso, bárbaramente eterno. Hacia el otro lado del río, se alineaban los blancos troncos de gallardas vestimentas simulando cabelleras verdes y enmarañadas, donde lucían su rojo azafrán los gallitos del bucare. Un ranchito gris torcido, semioculto entre el platanal, comenzaba a humear por los intersticios del techado. Los arrendajos salmodiaban desde sus nidos colgantes el soplo tenue de la brisa que los balanceaba, anunciando la caída de la tarde. El cielo se hizo diáfano, acentuando su azul hacia el naciente. El rugido del río era como la música del silencio y los hombres llegaron al borde de la barranca hablando a gritos para poderse oír. Los ojos de Morocota, por un instante, se dejaron llevar del reflejo centellante del sol sobre las aguas revueltas, para decir:

—Yo toy ambilado, compae Caslo. Denje la noche del velorito 'e Lino, vengo echando culidó… como te conté.

—¡Ay, compaíto!… ¡Mal negocio hizo usté con metese con Tereso! No porque sea un macho pa' usté, sino por la madre; esa vieja Celedonia, sabe echá lo malo… ¡Le tengo cócora!

Morocota volvió a su silencio y a su vista se dejó arrastrar de nuevo por la querella fuerte y luminosa de las aguas. Seguidamente,

como un autómata, se fue quitando el saco y Carlos, tomándolo de un brazo lo condujo hasta la próxima casa de madera, que tenía un nombre en rojo sobre el verde de redes se amontonaban los implementos del río: cala pintura, que decía LA MARINA. Contra los panalotes, remos, palancas. En el suelo, pequeñas torres de canastos insertados unos en otros; trasmallos, con sus tejidos sucios y descoloridos; trozas de caoba, tablones y cajas vacías o llenas de botellas sucias, que lucían vagamente la marca de refinación del querosene. Morocota y Carlos entraron allí, donde hablaron un instante con un zambo de bigotes agresivos y lucientes de negro, rechoncho, enfranelado, y que al terminar de entenderse con ellos, dejó caer en las tenebrosidades de su fajón mugriento el sonido de algunos fuertes.

—Bueno, muchachones; cuidao con “El Caguamo”, que es uno de mis mejores alijos… Yo… si no fuera el coronel… ¿comprenden?

—¡Cállate, Balbino, que hoy es tu día!, rio Morocota, que ya se había transformado en alijador, en verdadero pagay: vestido de coleta y con sombrero de cogollo. Lo mismo Carlos, que seleccionaba remos y palancas. Ambos se dirigieron nuevamente al borde de las aguas, y por una especie de zanja o atracadero fueron empujando un alijo de las tantas embarcaciones que se alineaban allí cerca bajo una enramada de palma de coco. Poco después sus voces se perdieron entre el bambolear tormentoso y sordo del río Tuy.

El zambo se quedó sonriente, acariciándose la panza, la fajota rellena de fuertes:

—¡Je, je, je…! ¡Ojalá se dieran todos los días estos negocitos!

* * *

El alijo corría río abajo velozmente. Una brisa fresca azotaba los rostros de los hombres, silenciosos. De lado y lado los bordes de las barrancas rojizas se aplanaban bajo la exuberancia verde y rumorosa de las haciendas y la montaña. A trechos un tejado ennegrecido, entre cargados cocoteros que semejaban inmensos arácnidos cobijando las cayenas color fuego, las berberías amarillosas como la espuma de las torrenteras, el encendido burdeos de las trinitarias desgonzadas al linde del patio sobre la barranca, reflejando sobre el espejo azulenco y turbio su lujuria en flor. Nubes blancas, algodonosas, cruzaban el raso celeste. Los chigüi-chigües evolucionando

a ras de la superficie y sobre la cabeza de los hombres, emitiendo sus chillidos tristones, siguiendo el raudo surcar del bote. Aún los labios de Morocota no se habían abierto, lo que por lo demás, le evitaba el dolor. Se había estrujado tabaco en ramas en la picadura y su mirada seguía fija en las revoltosas aguas, apartando con hábiles golpes la proa del alijo cuando algún tronco o bajío se atravesaba. Carlos palanqueaba, o remaba, según el bote se recostara a la orilla o navegara por aguas más profundas. En una curva se cruzaron con tres embarcaciones entoldadas que subían, a golpe de palanca, orillando el río. Los muchachos saludaron a Morocota con un grito. Sus espaldas desnudas cabrilleaban de luz y de sudor, marcando los músculos arracimados en el esfuerzo intenso de encajar la palanca contra la traicionera barranca que había sepultado a muchos ya bajo su alud pavoroso, o les obsequiaba a vía de cariño con un rollo de macagua…

—¡Oéeeeejeeee…! —gritaban los muchachos, al doblar la vuelta, y sus gritos se alejaban llevados por sobre el estruendo diabólico mas allá de las cimeras majestuosas de los peoníos, de la encharcada sombra de las haciendas, hacia el único horizonte, que no tenía límites: ¡la esperanza y el dolor del hombre!

Una claridad al final del cañón recto por el que se precipitaba ahora el alijo, hizo abrir la boca de Carlos, que ya bastante lúcido de la modorra aguardentosa, exclamó contento:

¡Compae: ya llegamos, a Dios gracias…!

Morocota sonrió y al levantar la vista de la inquieta linfa que surcaban, pudo comprobar que más abajo, a tiro de morocha, se divisaban los bambuales y samanes del atracadero de Pozo Frío. A medida que avanzaban, el puerto iba semejando el umbral de un templo, con sus grandes arcadas en penumbra, empenachadas sus verdes cimeras por lengüetas de oro del sol ido. El río se hacía más rumoroso, más ancho y profundo en aquellos alrededores. Los socavones de la barranca desprendíanse con más facilidad al empuje lento y penetrante de las aguas. La mirada avizora del negro vio avanzar algunos toletes oscuros y sospechosos contra las carameras ribereñas…

—Caimanes, compae Caslo…

Este fijó la vista en los saurios, indiferente. Pero al levantarla, por sobre la barranca de la izquierda, del lado de la oficina, y entre

espigadas cañas, tropezaron sus ojos con la silueta de una mujer. Iba a decírselo a Morocota, cuando esta, pisando el peligroso borde, resbaló intencional o inconscientemente al fondo del río, de cabeza, los camisones sobre la cara…

—¡Aguanta, Caslo!, gritó el pagay, mientras él tomaba otra palanca y la hundía en la arena con toda su fuerza. El bote se detuvo como una isla. Lentamente pusieron proa al barranco. Fueron minutos que parecieron siglos. Carlos sacudía a varazos la superficie del río para alejar los caimanes. El bote se acercaba más. Un bulto chapoteaba, se hundía y surgía a cada instante. El bote avanzaba, y un brazo de Morocota se extendió y agarró una ropa, luego un muslo de mujer. Pronto la tuvieron sobre el alijo.

—¡Pero si es esta muchacha!

—¿Coínta, la de Iginia?

—¡Muchacha..! ¿Cómo se te ocurre andar sola por aquí? ¿tás loca?

—¡Coínta!

—¡Coínta! —la sacudía el negro por un hombro. La muchacha parecía dormir. Ambos se miraron perplejos. No sabían qué hacer. Una lucecita brilló en el cerebro del pagay. La acostaron boca abajo sobre un travesaño, y comenzaron a moverle los brazos y presionarle los costados. El agua ingerida fue fluyendo por su boca y nariz. Respiraba ahora fuertemente. Tosió con fuerza. Un violento estornudo la hizo incorporar, quejándose. Los hombres la dejaron. Las pupilas de la joven se dilataron, como las de los que sufren de atropismo o están locos. Miró a los hombres, pasó una mano por su árido pelo, por el rostro, cual si quisiera alejar una visión espantosa. Después sonrió a ambos, que la miraban en silencio, y se echó a llorar:

—¿Por qué no me dejaron morir? —sollozaba; hubiera sío mejor… Hubiera sío mejor…

—¡Qué morí, ni qué guarandinga, muchacha! —arguyó Morocota, para risa de Carlos—; tú tan jovencita, en toa la savia…, y pa' qué?

—Sí señó…

—Hubiera sío mejor. ¡Yo no quiero viví más!

—¿Pero tú piensas en lo que te llevas…? ¿Que eso se lo coma caimán o arrierita…? ¿Y pa' nosotros, ná?

La muchacha seguía sollozando, en silencio. Bella estaba así, con su traje mojado que se le pegaba a las formas duras y nubiles. Los ojos de Morocota sufrían de sus piernas, de sus senos convexos de mazorca ansiosa de cosecha, de su vientre deprimido, dormido y virgen… Morocota se sintió mal. Le pareció que el bote se agigantaba, que el río era un océano. El corazón le latía en el cerebro. Era un tambor que repicaba en sus sentidos, queriéndole reventar los oídos, el pecho…

—¡Compae! —le gritó el otro—; ¡que nos pasamos del paso!

El bote había cruzado unas brazas más abajo del atracadero, cuyo fangoso callejón se hundía en la penumbra vesperal y desfilaba lentamente a la vista de ellos. Pero Morocota no escuchaba ahora sino al repique sensual del mina, sacudiendo sus instintos, susurrándole: “Si ella se iba a morí, lo mismo da…; que sea tuya, mejor que del caimán o de las arrieritas… ¿Qué jaces, marico…? ¡Cómetela! ¡Esa es tuya…! ¿Pa’ cuándo lo vas a dejá”…? No, Morocota no oía, no podía oír a Carlos. El bote siguió más abajo. Carlos lo miró asombrado. Arrimaron el bote, a la orilla, en una estrecha playa. Atracaron entre los majagüillos. Carlos saltó del alijo. Tiró del mecate de proa y lo amarró a una raíz de samán; Morocota le dio un bulto diciéndole:

—Toma; entrégaselo a la señorita Consuelo en propias manos. Yo te espero aquí, ¿comprendes…? Porque no puedo dejar sola a esta pobre muchacha… Ella tiene que secá sus ropas, pa’ podela llevá hasta su casa, ¿no es verdá Coínta?

—Dios se lo pagará, Morocota —contestó resignada y confiada la joven.

Carlos dio un resbalón en el fango y poco después desapareció entre los árboles. Ahora los dos solos, se miraron un instante. Los ojos del negro brillaban, golosos. Coínta sonrió, sin miedo, y preguntó:

—¿Y como podré secarlas, Morocota?

El negro se acercó a ella.

Yo prenderé candela, dijo, con un silbido entre sus dientes, a través de su bemba hinchada. Pero la agarró bruscamente. Las pupilas de Coínta se clavaron interrogantes en él. Sacudió el brazo. El negro endureció las facciones, rugosas como venas de granadillo. Le aferró los hombros. Ella gritó, asustada. Llamó a voces a su tía

Iginia. Pataleó y le golpeaba el pecho duro, arrancándole pedazos de coleta de la podrida camisola…

La bemba del negro babeaba su rostro terso de muñeca negra, buscando sus labios descoloridos que ella eludía salvajemente. Con las uñas, con los dientes, llorando, pataleando, implorando y maldiciéndolo, se defendía, impotente ante la fuerza asfixiante, segura del pagay…

—¡No…! ¡No…! ¡No me rompa mis pantaletas…! ¡Ay…! ¡Me mata…! ¡Me mató…! Me mató…

Paroxismo doloroso, vergüenza, terror. Algo le rompió la existencia, como un tizón de fuego, como chorro ardiente… No supo más.

Vuelta en sí, se encontró sola, en el propio patio de su casa. Las sombras nocturnas inundaban los contornos de los árboles y las cosas.

El ruido de los grillos ensordecía. Estaba acostada sobre un montón de paja. A su lado rumiaba la burra, en la que tía Iginia iba al conuco. Aquello, ¿fue una pesadilla…? Pero no. Tenía las ropas mojadas y… "¡El desgraciado ese!"

Se sentó un rato, pensativa. Pensó en Tereso y ya no tenía lágrimas. ¡Tanto hubo llorado! Ahora sentía una cosa distinta. Las entrañas le quemaban, se abrasaba en fuego, en rencor, en odio… ¡Ella tenía que vengarse!

Púsose en pie, y se dirigió lentamente, cabizbaja, a su casa.

Allí la tía Iginia la agarró por los hombros, sacudiéndola. Ella le contó todo. Cómo y por qué había sido. Le contó la infamia del negro Morocota, allá en su bote, río arriba, relamiéndose de su inicua victoria.

—¡Por ésta! —rugió la tía Iginia, haciendo cruz con los dedos, que para resoluciones tenía coraje—; ¡A ese perro lo he de ve yo dando lástima…!

La tía Iginia era una mujer alta, flacuda, vibrátil como un tallo de majagüillo. Sus facciones finas y envejecidas, y en el rostro moreno, bajo las greñas canosas, brillaban acuosos los ojillos supurantes y rojizos, resuelta a vengar a la sobrina que lloraba su desventura en el cuartucho oscuro, boca abajo sobre el catre.

La tía Iginia levantó los brazos desnudos, negros y flojos, apuñando las manos, metiendo los ojillos por sobre el pretil ahumado

hacia el cielo donde brillaban las cabrillas como siete brasas que le quemaban el pecho:

—¡Negro singón…! ¡No va a podé comé por tu mano! ¡Dios ta arriba!

En los patios encharcados florecía la nocturna letanía de las ranas, y, desde lejos, con el sordo rugir de las aguas, venía el responso ronco de los araguatos, celebrando los funerales del negro lascivo. La tía Iginia escuchaba repicar el bárbaro rito de los tambores en que oficiaban las malditas sombras del infierno.

XII
Amor infernal

Llovía, llovía. Un aguacero interminable azotaba desde hacía tres días seguidos la inmensa frondosidad verde, ahora en sombra, arrebujada en las tintas soñolientas de la madrugada. Las ráfagas norteñas golpeaban como una gigantesca regadera el viejo tejado de la oficina, enchumbaba las azulencas paredes, y los guamos silbaban, desgreñados como mujeres borrachas, mientras las abundantes cabelleras de los peoníos y samanes se tendían locamente con el desenfrenado regocijo de una bacanal de árboles. Silbaba la ventisca y los techos de paja ensayaban un vuelo, erizados como pelucas de viejo. Mugía el viento, igual que cien becerros sin madre; silbaba como las macaguas enroscadas bajo el guaritotal de los caminos; doblaba los robustos troncos de los seres vegetales, torcía las ramazones, arrancando dolorosos quejidos a los jabillos y mijaos al romperles los brazos, entre un revolar de pájaros asustados huyendo a otros albergues, atemorizados con los ayes de la carne leñosa desgarrada. Y la lluvia acentuaba el vertical de varillas endurecidas, golpeando el follaje rieloso, bañando la desnudez indígena de los leños, rodando como barroqueñas columnas torcidas de cristal, entre los raigones, inundando los alvéolos de las rosas, reptando en

mil riachuelos hacia los caños, hacia el lecho del padre Tuy. Parecía que el cielo se había desprendido con pesantez grávida y turbia. Hacia arriba el claror del amanecer apenas lograba iluminar la celosía esmerilada de las nubes plúmbeas. Era un cielo de colchas enchumbadas en lágrimas, de amodorrante y líquida morbidez.

Los patios extendían sus lagos de aguas picadas, agujereadas por cien mil chupones descortezados hasta hacer de ellos terrosos manares, llenos de coladura de fango.

El día se insinuaba, pugnante, con su luz de pantalla sorda. El varillaje de la lluvia se hizo impalpable, como un plumaje frío y gris. La azotaina del norte pasó en su rapto turbulento, y apenas los árboles se balanceaban ahora con el blanducho aleteo de la brisa, luminosas sus hojas, limpios y blancos sus troncos. Un griterío de gallos mojados que sacudían el agua de sus alas se extendió por todas partes. Los ranchos, la oficina, todas las casas comenzaron a humear, medrosas, con pereza lenta. Piaban los pájaros en reclamo amoroso y paternal. Las picúas afinaban sus añafiles y por un claror del oriente, contra la lejanía zafirina, los puntos presurosos, alados y bullangueros de los loros traían la misteriosa reticencia del mar abierto, allá frente al Codera, en la costa barloventeña orlada por la esmeralda de los manglares y guamos. Los cerdos hozaban el barro al pie de las matas níveas de blancos malabares. Ladridos de perros fastidiados se confundían con el cercano balar de los chivos, rumiando los albahacales fragantes, ennegreciendo la tierra blanduzca de cagarrutas. Los árboles frutales mecían como testículos sus naranjas y guayabas, y en ellos clavaban el pico amarillo los malpiches de plumaje carmelita y ojos azules. De los aleros surgían alegres golondrinas con sus hábitos de monjas aladas, ensayando en el aire claro el ritmo del amor, y los azulejos, pendencieros y ariscos, disputaban a pata y pico el dulzor nacarado de los riñones y la pulpa desflorada como pálida rosa de azúcar de los catigüires. Arrendajos y gonzalitos, desde los bucares mutilados, lloraban desafiantes la pérdida de los nidos. En los huertos las cayenas abrían sus rasos rojos, doblándose las irídeas, amarillentas, violáceas, blancas, con el peso tembloroso de las gemas cambiantes y líquidas. El aire se perfumaba de azahar, mezclado con el olor de la tierra mojada, la excreción de los insectos y plantas. Olía a najú y a chivo, mezclado con el aroma de los frutos desgajados y maduros.

El cielo terminó por despejarse, corriendo su pesado telón de nubes hacia el sur. En los taraceados troncos de los cedros se apiñaban las negras pregoneras, como las cabezas entumusadas de los peones. Las muchachas impúberes se las quedaban mirando. Y al volver los ojos a las apelmazadas y oscuras comejeneras, semejantes a la pelambre de un sexo empegotado de borra de café, sonreían maliciosas, rascándose el vientre o las canillas, con flojera.

La campana de la oficina empezó a sonar, ululante y ronca, insultando el oído de los trabajadores tumbados y abrazados en sus catres al cuerpo cimbreño de sus mujeres.

—¡Alevántate, José de las Mercedes…! Ya voy a montá el café.

—¡Ah…! ¡Jaaaa!, bostezaba el hombre, estirándose sobre el revuelto y tibio lecho: ¡no me jo…! ¡Tené que alevantarme, con tanto frío!

El rugido del río entonces volvía a dejarse oír, con más sordidez y amenaza; henchido de aguas nuevas, remozado de avaricia por la tierra que lo aprisionaba entre dos barrancas que iba sorbiendo a mordiscones sañudos, alevosos, traicioneros. Los caños se habían quitado el traje de aguas negras, por largas colchas de amarillosa corriente, precipitándose con ímpetu por sobre los terraplenes naturales hasta juntarse a la fiesta de los cien tambores del torrentoso Tuy.

El sol teñía de araguaney las vestes recién sacudidas de los empinados árboles. Un abejorreo se bifurcaba por entre las ramas, las espigas, y las esmeraldas rielantes de las hojas. Los aguijones y flagelos maléficos hurgaban los pistilos y túrdigas sexuales de las flores. Ronroneaba el gorgotear en las hojas del cacao.

El ruido de los animales salvajes y domésticos; de los hombres alegres; de las aguas embravecidas; todo era un solo himno a la naturaleza, incensado con el humo de los llares bajo la luminosa inmensidad dorada del astro generoso, sonriente a la vaharada intensa de la tierra preñada y retorcida de promesas…

***

En el salón, echadas las cortinas a la acuosa perspectiva del campo, doña Marta habla a sus sobrinos, arrellenados en las mecedoras. Consuelo mecíase levemente, abstraída de la conversación, mientras su mano jugueteaba con las enanas palmas del helecho y el

encrespado bouquet de novios y claveles que daban su nota alegre y viva, enmacetados dentro del pote ocre de la mesita. Luis tosía, respingando la nariz para alejar los estornudos de su gripe, las piernas sobre un brazo de la mecedora, mirando a ratos las puntas de terciopelo negro de sus pantuflas. La digna señora exponía sus razones con pausa, arrebujada en su sobretodo de pieles, enhebrando el crochet del tejido con su agujón de hueso. Razonaba y los sobrinos oían en silencio.

Afuera resonaban las voces de la peonada en marcha a las haciendas, confundidas con el cercano gorgoteo del agua en el alero y el follaje, el alborozo de los pájaros, los ladridos malhumorados de canes lejanos, llevados por las auras del eco sobre las precipitadas torrenteras de los cañaotes; sobre las vegas verditiernas, las lomas de ranchos tristones y humeantes donde las mozas pilaban el maíz con retumbar acompasado.

—Por mi parte, hija, —decía la señora—; no veo, como te dije, inconveniente alguno… Él es persona de estimación; hombre de porvenir asegurado …

Los ojos tras los finos cristales de la viuda se fijaron un instante en la inclinada cabeza de Consuelo que la oía dubitativa, y luego se elevaron a los cuadros y retratos que adornaban las azulosas paredes: Una ampliación en marco de caoba lacada de ella misma, veinte años más joven, con su peinado alto y un grueso medallón sobre pecho. Otros cuadros oleografiados, representando paisajes europeos; molinos y mujeres de zueco y cofia holandeses; cazadores rodeados de enormes galgos en campiñas medievales con lejanos y rojos castillos; vistas de Venecia iluminadas por lunas rielantes sobre románticos canales que surcaban góndolas…

—En cuanto a su familia,m' hijita —siguió diciendo—; Romelia y Mónica no pueden ser más decentes y dignas de nuestro aprecio.

Luis tosió para interrumpir:

—Pero tía, este asunto quien puede y debe resolverlo es la misma Consuelo…

—No seas inexperto, muchacho —arguyó enérgica la señora; ¡ustedes viven con la tontería del sentimentalismo! Yo no. A mí me criaron y enseñaron a ver la vida con ojos de realidad. Mi

matrimonio fue algo de importancia. Carlos Grünlow, cuando lo conocí era gerente de la compañía donde trabajaba. Me dio su nombre extranjero, viajamos nuestra luna de miel un año por Europa… ¿No debo yo aspirar para ella a lo mismo?

Consuelo se dio una manotada en un brazo, estrujando la carne amoratada donde un zancudo había clavado su agujeta.

Suspiró mirándose la picadura, puntito rojo-oscuro como un ojillo irónico.

Lo que más me disgusta de esta juventud de ahora, continuó la viuda impertérrita, es esa poca falta de estimación. ¡Se enamoran de cualquier presumido, engominado, sin importarles mañana enjarretarse los hijos en el cuadril, como hacen las negras de por aquí y dar lástima y vergüenza a los suyos…! ¡No señor! En estos asuntos, y más que en ningún otro, nosotros debemos tomar parte, calcular bien. ¡Es nuestro deber!

—Yo no digo que no, tía —resolvióse al fin Consuelo; pero debo pensarlo… Él es un viejo, que ha corrido el mundo al revés y al derecho. Yo soy joven… Tú comprenderás que hay sacrificios en que una debe reflexionar muy bien…

—¿Sacrificios dices…? ¿Sacrificio tu bienestar, tu porvenir, sin la amenaza de que sea un cualquiera que vaya a dilapidar lo tuyo…? ¡No seas niña!

Luis soltó una ligera risita poniéndose de pie. Llevóse las manos a los bolsillos del pantalón y comenzó a pasearse de un extremo al otro del recinto, como sobre plumas. O sobre ascuas.

—No vayamos a los extremos, señora —dijo—; es cuestión de tiempo, de gusto…, ¡en fin!

—¡Nada de tiempo! Ayer mismo le escribí a Gisberto, certificado. Yo creo que lo que él opine será la última palabra. Mientras tanto, Consuelo, debes contestarle al coronel, por cortesía, diciéndole que espere un poco, dándole margen a esperanzarlo… ¡Debes hacerlo, hija!

—Lo pensaré —explotó la joven, visiblemente disgustada, dejando la mecedora y yéndose al corredor. Afuera el paisaje del campo se había templado un poco. Los serpenteantes carriles de agua bullente y sucia solo dejaron sus rastros de resecos espumarajos en la tierra grumosa de la avenida, rodando a las charcas en que hociqueaban los puercos en el día y croaban los sapos a la luz de los

luceros nocturnos. El ancho patio de ladrillos se había lavado las babas resecas del cacao. Provocaba retozar sobre su piso rojo, como lo hacían los perros persiguiéndose y oliscando las cuevas de los lagartos que removían con sus patitas verdosas y manetas la tierra húmeda. En el aire, jugaban al amor las mariposas blancas y encendidas de San Juan, igual que lacitos palpitantes de vida. Allá, contra la alambrada de las haciendas, los gruesos troncos de los árboles se empinaban gloriosos de sol en sus humeantes vestes, entumecidas y maltratadas. Consuelo se pegó a la red metálica del corredor sintiendo sobre su frente y sus manos la fría humedad del alambre. Su vista se extendió hacia los árboles frutales, más allá de las banderas verdes de los plátanos, donde emergía el azuloso humo disperso sobre el techado rojo de la casa de Crisanto Marasma.

Volvió a suspirar, una, dos veces. Se encaminó a la cocina, mirando de paso la esfera aventajada del reloj del comedor.

—¡Niña…! ¡Qué pena! —exclamaba Regana alzando los brazos flojos, abiertas las palmas blancas de las manos orilladas del pigmento oscuro de su piel—; ¡sopla que sopla, m' hijita…! ¡Leña mojá… ¡Puro jumo…! ¡Uhmcú…! ¡Cuando está el tiempo asina, una pierde los pulmones!

La gorda cocinera resollaba grueso, grasosa de sudor, ahogada de cansancio. Consuelo sonrió oyéndola, mientras atendía al saludo de Deogracia, que molía carne en la maquinilla. El humo denso, acre, de la leña de cují chisporroteante en los infiernillos del fogón, inundaba el negro y ollinoso recinto del condumio, picaba en el olfato, hacía llorar los ojos.

—Pero ya está, ¿verdad? —preguntó Consuelo.

—Sí, mi niña; pueden sentarse, que la mesa está puesta. Solo falta el jervor de la noche… Vaya, vaya, Deogracia, avísale a mama Marta y al niño.

Deogracia soltó la maquinilla y se lavaba las manos en el chorro del fregadero para ir a dar el aviso, cuando Consuelo, dejándola secarse del delantal, la tomó suavemente por un hombro, saliendo con ella.

—¿No sabes que me comprometo?

La hermana de Pedro se detuvo, mirándola con ojos agrandados, ingenuos.

—No…, dijo, con pausa.

—¿No te alegras…, de me case?

—Todo lo que sea pa' su felicidá, me alegra, niña…

—¿Para mi felicidad…? ¡Quién sabe! —suspiró Consuelo, mientras dos gruesas lágrimas rodaban por sus mejillas.

—¡Usted…! ¡Llora, ¿por qué…?!

—No, contestó la señorita pasándose el pañuelo; es ese humo de la cocina… —Luego sobreponiéndose, aspirando aire, hondo, cual si evitara una asfixia, reclamó sonriendo, bella, iluminada por una sublime luz interior:

—¿No me preguntas con quién, Deogracia?

La otra, dudó un instante, tartamudeó un poco:

—Hum…, mejor …, yo…; mejor será que no, señorita… ¡Usté sabrá!

Deogracia se reía, con risa que emocionaba la actitud seria, el ademán pensativo de aquella joven que amaba con todo su corazón de campesina. Su risa murió como luz que se apaga en sus labios. Perlas de luz también rodaron de sus ojos, viendo a la señorita enjugarse nuevamente los suyos, exclamando calladamente:

—Es mejor…, es mejor que no me lo preguntes… ¡Podrías hacerme daño!

El reloj del comedor sonó sus primeras campanadas de las ocho. Ambas apuraron el paso, limpiaron sus ojos y penetraron al salón.

La mañana se entibiaba, asaeteada por la luminosa lujuria del sol.

XIII
Pero siempre pagan lo mismo

Continuaron los días malos de lluvias incesantes. Transitar por los caminos era hazaña dolorosa. Pujaban en los barrizales, atascados, los pobres asnos cargados con su par de fanegas de granos ensacados bajo el encerado, bañados en fango, orejigachos a los palos del arriero. El sol dejaba ver su facha de bermeja yema nadando en lentos nubarrones de plomo y caparrosa, en la tristura de las tardes. Los arrendajos enmudecían, huyendo de las clareadas copas de los bucares, donde las hojas pendían inhóspitas, y sus nidos parecían colgajos deshechos, saqueados por la gula de las macaguas que ateridas en la mojada hojarasca, buscaban las tibias nidadas, piantes de asustados pichones, cargadas de huevos, en los extremos de las ramas. Los matos amarillosos velaban a orillas de los caños, el paso de las cotaras, cuyos cantos irónicos se dejaban oír entre los casupos y guananas:

¡Cotará…!

¡Cotará…!

¡Cotaráaaa…!

Poniéndoles acezantes. Era un insulto burlón que se les clavaba en los mazagos, hinchándolos de rabia. Algunas garzas venían a

posarse entre los juncos y boroboros, reflejando la nívea silueta de sus cuerpos en el agua rojiza. Entre las flores moradas emergentes de las charcas, bullían nubes de plagas. A ratos, sacudía la nata parduzca que cubría las linfas un suave estremecimiento de babas y cotúas, rebuscando en las profundidades del agua, y los puyones podían librarse entonces del cascarón para salir ruidosos a estrenar sus alas y pico en las nalgas y piernas de los muchachos desnudos.

La familia Sarabia —decían por los ranchos— había dejado aplazado el viaje de regreso a Caracas para el mes de agosto, pese a la plagosidad que atronaba entre el monte e invadía al atardecer las casas. Grandes sahumerios de escoba amarga, eucalipto y "hojaspaja" se hacían en la oficina y los ranchos y parecía que todo el "sitio" estaba ardiendo, tal era la magnitud de las humaredas. Sin embargo no era un secreto absoluto el rumor de que la "niña" Sarabia se estaba casando… De El Clavo le venían abundosos regalos que ponían brillo de admiración en los ojos de los peones; suspiros y envidia en los pechos de las mujeres. En el patio de la oficina, cercado ahora con alambrada de gallinero, paseaban tres paujíes sus plumones de negro y verde cambiante. Cidras de todos colores, rosadas, blancas y azules, se confundían con la rosalina mansedumbre de los cucharones, traídos todos de la Laguna Tacarigua en sendos huacales por el negro Morocota. Hasta un mono tití hacía cabriolas en una vara colgante del alero, asido a una cadenita de acero, poniendo risas blancas en la cara de los muchachos y haciendo pipí a las mujeres. En las noches dejábanse oír ahora, confundidos con verraqueo de los cerdos, los gruñidos de gatos salvajes, de dos cunaguaros, cuyas pieles parduzcas y ojos nictálopes produjeron pesadillas a la hija de Crisanto Marasma. Una guacamaya lucía en su aro pendiente del travesaño del comedor, el verde vivo y el punteado de rojo candelero de sus plumas, cuyo grito estridente "¡guac, guac, guac…!", oía como ensimismada o pensativa la bella sobrina de ma' Marta. Asunsa, la abuela de Emeterio, le dijo a ma' Celedonia que esa niña sufría en silencio. "¿Qué iba a jacé la pobre, cuando todo lo que era se los debía a sus tíos?" "Si denje pequeñita, a raí de la muerte de su padre que era un borracho perdío, las recogieron a ella y a su hermanita Mariucha, educándolas, dándoles todo, enseñándolas a su manera de ricos hacendados", aunque la pobrecita no parecía muy dispuesta a los constantes rosarios, lo contrario de su hermana, que

resecaba su juventud en aquella especie de claustro que era la casa de los Sarabia en Caracas. De todas maneras Consuelo, a pesar del fastidio que debía sentir en el campo, encontraba allí con ellos más libertad, pues bailes, cines y demás guarandingas de la ciudad, se los prohibían celosamente. Asunsa decía que en más de una ocasión la encontraba llorando. ¡No así el coronel, que a menudo venía de visita, metido "en el casimí", y con aquellos colores!, ¡¡jum!

Cuando Pedro Marasma lo supo, sin querer, se le contrajeron los músculos del rostro y apretó los puños hasta dolerle. Fue peor que como siempre se imaginó, por lógica, que debía suceder. Sentía que algo se le despeñaba por dentro. Sus ojos de soñador sondearon el cielo y sintió el vértigo del infinito azul donde se hundían como en océano sin fondo sus convicciones, sus prejuicios, el aliento en fuego de su rebeldía. Había sido un necio. Quizás había roto igual que un cristal diáfano los sentimientos de aquella mujer. Y todo por llevarse un punto; por creerse un reivindicador de todas aquellas miserias que le rodeaban, que le crucificaban entre las espinas de un amor más fuerte que su voluntad.

Caminó un buen rato, bajo los abanos verdes de los plátanos aturdidos de chirridos y sol. Caminó hasta la casa de ma Celedonia. Allí, en el recién barrido patio, a la sombra de los mamoneros, Tereso descansaba la siesta, colgado a lo largo de un chinchorro.

—¡Eh! ¡Tereso! —el negro levantó la cabeza—. No te puedes quejar, Tereso… Vives como rico. ¡Ni el general Gómez!

—Guá, ¿y qué?, repuso el músico incorporando el busto, luciendo sus blancos dientes de blancura de malabar.

Tereso terminó por sentarse del todo, a horcajadas en el chinchorro. Pedro asió las cabuyas y siguió dándole bromas, mientras el hijo de la señora Celedonia llamaba a su esposa.

—Ana, trae la silla de extensión y café para Pedro.

Ana Rafaela, raíaela trajo la silla y dos tazas humeantes. Traía las trenzas a la espalda, dividida en dos moños. Lucía hermosa, gruesa, algo pálida. Los dos amigos la embromaron un poco con su aparente preñez. La andina sonreía, y medio acalorada los dejó solos. Pedro se arrellanó en su silla extendida y prendió un cigarrillo, antes ofreciendo la cajetilla al otro, quien rehusó: "él fumaba chester".

—Vale; vengo a distraerme un poco…

—Ah cará, colega; a usté como que lo pica el mismo bicho que a mí. No sé cómo he durado tanto por estos montes. ¡No hay como la capital!

—Al contrario, Tereso; quisiera quedarme siempre por acá…; es cuestión de gustos.

—¡Zape! ¡Yo no vivo por aquí una semana más! Yo no quiero volver a agarrar el machete. Mire: eso es cosa dura, triste…

Pedro guardó silencio, en tanto el otro seguía hablando, con voz un poco enronquecida, con voz que tenía el estremecimiento de lo sufrido en la propia carne:

—No, no, no, vale; eso de tener usted que levantarse al rayar la aurora; ir a amolar; salir a buscar los burros donde se encuentren, por los gamelotales, por los mogotes de venenito y guaritoto; luego montar, a pelo; ir al rancho a enjalmar, hacer la cuajada, correr al río a buscar agua. Después volver al rancho, el sol alto; cinchar el queso y llevarlo al pueblo, donde nadie te lo compra. Ese era mi trabajo en el potrero de musiú Zappa… Y roto, destrozada la ropa y la carne por las púas, acostarte en una troje, sobre una trampa de palos cubierta con sacos; sintiendo la picadura de animales que uno no sabe qué son. Oyendo el quejido de las perezas, "¡Ay…! ¡Ayyy…! ¡Ayyy…!" que parece que fueran ánimas en pena llorando en la soledad de la noche. Sintiendo el ronroneo de "mano de plomo", tanteando la empalizada; el ladrido de las macaguas —porque esas bichas ladran como perros recién nacidos—. Y allí te vas quedando dormido, boca arriba, cansado, a un lado la morocha; del otro, restos del chingo, el pocillo de café vacío, las hojas de las hallaquitas… Y vuelta a cruzar los gamelotales y a destrozarte el cuerpo entre las espinas. Si vienes a las haciendas, peor. Todo el santo día agachado, tirando liniero, desnudo de la cintura para arriba. Que el garabato se te enreda en el barbacoal, allí tienes el machetazo en la espinilla, en el tobillo. Sudas como un burro. Quieres descansar, buscas la sombra, y sin saber cómo, la boca fría te alcanza y te encaja los colmillos en la batata… ¡Caer boca abajo, muerto 'e bola …! Pero siempre pagan lo mismo. En esto sí es verdad que no hay diferencia…

Pedro dejó escapar un suspiro profundo. El otro continuó:

—En cambio, en la capital he encontrado mi vida, he comprendido lo que es la vida. Allí hallé a Ana, la pobrecita, que tanto ha sufrido aquí. Antes yo no era más que un peón, triste, mal comido,

queriendo vivir siempre en la ignorancia, porque así, al menos, lo que me pasaba resultaría más suave. Pero un día te fuiste primero y yo pensé también en Caracas. Otros se fueron después.

—Y… ¿Coínta? —agregó Pedro bajando la voz.

—Eso fue una simple ilusión, Pedro. Además, usté comprende, el colorcito… Hay que mejorarlo, vale. Yo la he corrío en Caracas y sé lo que es una buena hembra. Además, hoy soy otro; me he civilizado; antes usaba alpargatas barbonas, liencillo, y andaba jediondo. ¡Ahora tú pue ve!

Y el negro hizo un ademán con las manos describiendo gráficamente su atuendo.

—Sin embargo, Tereso, todas esas cosas no son más que porquerías, nada… Buscamos siempre lo imposible. Bastardeamos nuestros más puros sentimientos, es verdad; pero hay que ver que la realidad tiene cara de perro. Tienes razón y eres feliz, porque hasta el gusto de despreciar el amor te lo das. ¿Pero yo…?

Hubo un silencio entre ambos, donde el negro parpadeó mucho, abrió los ojos como dos huevos y adoptó la seriedad de la incomprensión.

Pedro siguió diciendo:

—A Coínta no se le ve la cara desde entonces, ¿tú sabes?… Me dijeron que se fue para Caracas…

Tereso comprendió entonces. Maquinalmente vino a su imaginación el largo y tortuoso camino de Palo Gacho, subiendo cerros, los pies ardiendo, con las piedras, el cansancio y el sol… ¡Palo Gacho! Montaña azulosa perdida en el horizonte, tras la cual verdea la risueña esperanza de Caracas, el anhelo de evasión del nativo. Y pensó: un hombre encuentra trabajo donde sea…, en lo que sea. En cambio una mujer…! ¡Pobres mujeres! A servir de adentro, a cocinar, a aplanchar. Y allá estaban las manos de los "niños de la casa", como garras de camuquenque, esperando carne nueva y prieta. ¡En fin! Todo eso era porquería, pendejadas. Las mujeres nacieron pa' los hombres.

XIV
Declaración

Tenía razón Asunsa en lo que andaba contando por allí. Consuelo estaba triste. Sufría silenciosamente. Cada vez que recordaba su compromiso con Aristimuño, sentía ganas de arrancarse algo de la conciencia. No había afecto; no sentía siquiera simple cariño por aquel señor afectuoso y magnífico. No sería feliz nunca, contra los buenos deseos de sus tíos. No podía mentir. Significaba un sacrificio superior a sus fuerzas sostener una conversación con su "prometido". Reía, aceptaba sus regalos, se dejaba estrechar las manos que él tomaba con finura propia de caballeros antañones. Le producía compasión mirar sus esfuerzos, sudoroso entre su ropa negra, por parecer agradable a los ojos de ella. Y reía sin misericordia. Y esto la perturbaba interiormente, porque inconscientemente se burlaba de su ridiculez; y él, lo más contento; complacido de sí mismo; halagado con sus propias gracias, magníficas para deleite de jóvenes veinte años atrás.

Consuelo meditaba de brazos cruzados a la ventana del salón. El cielo de la noche de junio parpadeaba de joyerías deslumbrantes. Bajo la misteriosa vigilia de luces, dormían en sombra de tinta china las haciendas rumorosas de hojas húmedas, de chillidos y vagos

murmullos que la llenaban de temor y placer. No sabía mentir. Sentía lástima de sus tíos, casi desprecio. Ellos querían cuidar de sus sentimientos con el mismo interés que ponían en los frutos de la tierra, aquellas haciendas que los enriquecieron… Y experimentó la sensación extraña de ser uno de aquellos árboles, y que sus hermanos le gritaban desde las sombras: ¡No sabes comprender! Ustedes no entienden, ni quieren entenderlo porque temen el análisis… ¡Son esclavos del nombre!

Aquellas mismas palabras de Pedro Marasma: "Somos esclavos de la apariencia"… ¡El cálculo! Somos como una raza rapaz, sobre las otras razas. ¡El convencionalismo nos envilece el corazón!

El vientecillo entre las hojas, el ruido lejano y bárbaro del río era todo un solo rumor eterno que aleteaba en su conciencia, que le sacudía todas las fibras del ser. Un momento sus ideas quedaron en suspenso, gravitando en el silencio soberbio de la noche de junio. Pero de súbito, en forma inesperada y musical, de la entraña misma de las sombras brotaron como miríadas de abejas sonoras los arpegios de una guitarra. Fue un interludio, fino como llovizna sobre cristal; quedó como un soplo entre las hojas húmedas. Y luego, una voz varonil, timbrada y tierna, cantó:

¡El amor que yo tengo es tan hondo
que por siempre quisiera guardarlo
sin decirte que es grande mi pena.
Es mi amor, como suave cadena
que prendida a la vida yo cargo
y que oculta a tus ojos escondo…
Si supieras lo triste y amargo
del dolor de mi vida en el fondo
con tus manos calmarías mi pena.
Es mi amor, como suave cadena
que en el fondo del alma yo cargo…!

Cuando la voz se extinguió, un infinito desaliento se apoderó de ella. Mientras la canción vibraba en el aire nocturno, las estrellas adquirieron una fascinación lumínica; se sintió una cosa intangible, que flotaba en vaporosas sedas, como una diosa mágica e insensible, a cuyos pies un hombre rendía su corazón… Abrió los ojos, estuches

de lágrimas que rodaron tibias sobre su rostro y la plantaron igual que un árbol a la realidad…

—¡Su voz de nuevo! Es una canción para mí.

Y no pudo evitarlo. Hablaba y lloraba, Eran sus propias emociones palpitantes, forjando a golpes de dolor y lágrimas su amor. ¿Podría ella seguir mintiendo? ¿Debía sacrificar su juventud, su tesoro más puro, la libertad de sus sentimientos, al capricho puritano de los viejos, que no les importaba el pensar de los demás sino las propias conveniencias?

—¡No! ¡Nunca!

Consuelo se retiró de la ventana, cual si esta estuviese al rojo vivo. Dio vueltas en redor de la mesita, enloquecida, insegura. Luego, reaccionó; su rostro iluminado por la luz de la lámpara colgante y el reflejo firme de una decisión, murmuró en voz alta:
—¡Quiero a mis tíos! ¡Les debo todo lo que soy! Pero esto… ¡esto es imposible! No tienen derecho a mandar en mi conciencia! ¡Se los prohíbo! ¡No lo quiero! ¡Es duro, pero debo decirlo!

Abandonó la sala y se plantó frente a la viuda. Casi no hubo palabras. Doña Marta se hundió en un silencio digno, como siempre hacía cuando estaba disgustada. No hubo reproches duros en sus labios; apenas se abrieron para preguntar el motivo de tan inesperada decisión de Consuelo, quien contestó con firmeza y segura de su corazón que palpitaba tumultuosamente:

—Amo a otro.

El rostro de la tía se enrojeció, fenómeno bien visible para la sobrina, a la luz del acetileno. La altiva dama se paró dolorosamente de la mecedora yéndose a su cuarto con medidos pasos, pensativa.

XV
Lo que la vieja sabía

Un paguarazo no le hubiera producido tanta impresión y rabia al coronel Aristimuño. Se comía los puños, vociferando salvajemente con la saliva seca de ira.

—¡Una burla…! ¡Tamaña burla! ¡Qué asco! ¡Qué ruindad de aquellas gentes! ¡Hacerle eso a él!

Regañó por una nimiedad de texto en una acta matrimonial a Goizueta el secretario. De un puntapié dejó vireco y retorciéndose por el suelo al canagüey, amarrado a uno de los pilares del corredor. El gallo aleteaba, gargareando de pánico, como cuando se cernían gavilanes sobre el patio, o andaba suelto el Hermano Penitente. Los dos hombres de la policía se recogieron de miedo, temblorosas las canillas arrolladas, mirando bufar, zafándose el revólver, rojo de soberbia, al coronel…

—¡Juan…! ¡Esto me jiede a plomo!

—¡Hacérmela a mí! —se le oía exclamar, dando vueltas en todas direcciones igual que un alucinado.

Morocota, que había llegado por allí, vio aquello muy mal. El coronel le contestó con un ajo. Todo le salía mal de un tiempo acá. Sentía dolores en el cuerpo, como si la carne se le volviera jañijañi.

Se tropezaba en las calles; tenía los dedos de un pie desflecados. Cojeaba igual que los patulecos. Y no valían ni reliquias, ni baños de viernes de José Trinidad… ¡Antes, no lo quería creer, pero ahora! ¡Hasta su protector de siempre se le torcía! "¡Malditas sean esas viejas de Pozo Frío!"

El negro regresó como un trompo falto de cuerda a su casa, en las afueras del pueblo. Se tiró sobre el catre, sin fuerzas, llorando su mala suerte.

***

Pero a Aristimuño no se le podía hacer semejante cosa.

—¡Les pesará! ¡Ya van a saber lo que significa despreciarme a mí!

Las amenazas de sus palabras calmaron un poco la hirviente olla de su cerebro. Sonrió, con el mismo o mayor placer que cuando se quedaba extasiado ante la serenidad de las pupilas de Consuelo. Deseos de venganza encendían sus ojos chiquitines, plegándole el rostro de fraile rasurado, cosquilleándole la columna vertebral.

—¡Ya van a saber, ya verán!

Y en los días subsiguientes, después de muchas idas y venidas a Merecure y a las afueras del pueblo, vinieron, alta la noche, hasta la comisaría, el Mocho Santiago, Morocota y un peón de sus haciendas. Hablaron a puerta cerrada. Nadie supo lo que hablaron. A lo lejos aullaban los perros hambrientos. Un chaure entre los jabillos del río fogueaba la noche con su grito restallante y desolado. Los murciélagos hacían el amor rozando las linfas rugientes, cruzando con sus chillidos histéricos el cielo sombrío que arropaba el pueblecito.

Una vieja curiosa y en vela, como todas las brujas de los pueblos, vio en la noche caminar en silencio a tres hombres, cargados con largos bultos sobre los hombros. Se dirigían al río. A lo lejos un golpe de canalete y el murmullo de conversación mezclada al rodar eterno de las aguas…

Pero lo que la vieja dijo, nadie lo quiso creer.

***

El aruco

Lo que la vieja contaba, nadie lo quiso creer. Solamente Morocota sabía y sufría lo que contaba la vieja a sus vecinos porque Ña Juana Estanislá, que era la tal —una vieja bachaca con los ojos rayados como los bocachicos—, era su abuela. Y Morocota padecía de alucinaciones… Sentía que lo llamaban; que lo siseaban del monte. En el atardecer escuchaba un gran pájaro posarse sobre el caujaro del patio, estremeciendo las ramas cuajadas de racimos de perlas de almíbar. El ave se quedaba quietecita, observándolo. Esa era su abuela que era bruja. Un día regó con mostaza en granos bajo el árbol, y cuando el pájaro volvió tomó un puñado de sal y le gritó:

—¡Ven mañana por sal y papelón!

Pero el pájaro no se movió. No hubo la risa de la vieja entre las ramas. "Eso no era una bruja; era otra cosa". Sintió miedo y atrancó la puerta de su casa. ¡Él, el negro Morocota, con miedo!

Y era que sus pupilas se encendían con la luz vacilante del candil, apuñando el escapulario, oyendo como lo siseaban del monte…

Descolorido, como una hoja seca; el sudor le empapaba la franela, le mojaba la ingle… Dio un tumbo y cayó sobre el catre. Lo siseaban del monte: ¡shisssssssss…!

Veía en la imaginación el extraño pájaro. ¡Pero no quería escuchar ni su canto ni su voz!… Se tapó los oídos con los dedos, hundiendo fuertemente la cabeza entre la cobija y las almohadas. ¡No quería escuchar la voz, como un aullido de la tumba, de aquel pájaro infernal!

¡Por amor de Dios! No quería escuchar su grito carrasposo. Pero sin saber cómo, se encentró en el patio, morocha en mano. Caminaba y no sentía la tierra. Caminaba junto al caujaro espeso, oscuro. Levantó la vista y se echó la escopeta al hombro. Allí estaba el animal, arrebujado entre sus plumas negras, fosforescentes las pupilas. Y el pájaro le dijo en una cancioncita:

"¡Morocota, Morocota:
apúntame bien, Morocota!"…

Apretó el gatillo. No escuchó el disparo aunque vio salir humo y sintió el golpe del arma. El ave cayó aleteando. La llevó a su casa.

En el fogón había una olla montada, hirviendo. "¿Quién montó esa olla?"… Y el pájaro le dijo:

"¡Morocota, Morocota:
esplúmame bien, Morocota!"…

Lo desplumó y lo echó a la olla que hacía hervir con mucha bulla. Y el pájaro entre la olla, habló;

"¡Morocota, Morocota:
cómeme ya, Morocota!"…

Lo bajó del fogón, poniéndolo en la sopera. Con el cuchillo lo dividió en pedazos, que fue mordiendo y mascando sin sentir gusto ni miedo. Al cabo de un rato, el ave habló en su estómago:

"¡Morocota, Morocota:
bótame ya, Morocota!"…

Fue al fondo y se agachó bajo las matas. El pájaro salió volando: ¡fun, fun, fun!

Se paró en las ramas del caujaro, y desde allí clavole sus ojos terribles, gritándole ronco, aterrorizante como un trueno:

"¡Aruco… Aruuuucoo!…

"¡Soy el pájaro Aruco! ¡Te salvas por la reliquia!" Y cuando el pájaro demoníaco repitió su grito, Morocota saltó del catre y cayó en cuclillas al suelo desnudo. Su vista recorrió la habitación en todas direcciones. Temblaba como las mulas con los celajes. Dolorosamente se puso de pie. Hablaba solo. Abrió la puerta. El sol de la mañana lamía las greñas de los árboles. Renqueaba, tropezaba. Un perro empezó a ladrarle. Todos los perros de la vecindad comenzaron a ladrarle. Y así pasaron los días. Al principio creyeron en el pueblo que el negro pagay no salía de una borrachera. Pero ahora se tenía la certeza de su extraña locura.

Caminaba renqueando, la bemba salida, los ojos mirando a todos lados. De súbito se paraba, llevándose una mano al oído:

—¡Shisssss! —decía—; ¡me llama…! ¡Ya voy…!

—¡Patuleco! ¡Negro patuleco, y ehjee!

Parecía que un destello de cordura le volvía. Se mesaba el cabello crecido, y esponjado; babeaba, llorando como una mujer…

XVI
Una gran voz venida del ancestro

24 de junio. ¡Nochebuena!

¡Nochebuena de San Juan! El tambor repica en los solares. Su gran voz de sonoridades sagradas vibra en la médula de todos, como una gran voz venida del ancestro a congregar el clan. En los solares, el mina repica: ¡bam, bam, bam, quipán, bam, bam!.., y las mujeres estrenan fustanzones rojos, azules y floreados; estrenan pavas capayeras y alpargatas del Tuy. Los hombres se bañan a las once del día, para ponerse de buena, y las muchachas núbiles echan huevos en un vaso de agua y agujas nuevas para ver la suerte que les guarda el destino. Los tambores repican desde las doce, cuando las campanas de la iglesia echan a volar sus voces de bronce y en los "sitios" se hacen salvas de morochas al aire. Los tambores repican bajo el sol de los patios para afinar el temple de los cueros, regulados a golpes de piedra sobre los remaches. El mina con su curveta, el culepuya, con su bordón, su tiple y su pujao. Los sombreros se adornan con cintas y flores; los cuellos con pañuelos de seda alegres. Florecen en los callejones los jazmineros de hacienda, purpurinas pinceladas rezumantes de intenso perfume. Despeja en los solares sus racimos de

fuego el candelero. Vibra el aire y la brisa de la tarde va dibujando en los rostros sonrisas blancas de ansiedad. Va entrando la noche… Ya el sol no es más que una yema rojiza nadando en el infinito vaso del crepúsculo. Ya la noche viene, y en redor de los fogones las mujeres atienden las ollas de dulces de lechoza y martinica. El Santo, luce adornado en el solar donde suelen jugar a la pelota y a las bolas, bajo su techado de palmas de corozo, entre cuatro parales, sobre la mesa cubierta de telas recién estrenadas. Roscas dulces, claveles y lirios, abanicos y clavellinas; muñecos de celuloide, grandes velas de cera; tres lámparas de carburo; aves disecadas y pieles de serpientes; mucha palma bendita y una lamparilla de aceite encendida… San Juan sonríe, rosado, trajeado con su manto rojo, oculta su pequeña mano por las cintas descoloridas de las que penden los "milagros" de oro y plata; sonríe, con su aureola dorada fija por un clavo a su cabeza tonsurada. A su espalda de taumaturgo de los negros, bambolean los abalorios prendidos de cortinas y sábanas, suavemente movidas por la brisa de la tarde.

Poco después se encienden las luces de acetileno, cuyo haz azulenco irradia sobre la tierra limpia del patio. Arriba, los luceros son lámparas encendidas y cambiantes, que hacen guiños y sonríen…

¡El mina comienza a repicar…!

* * *

Alrededor del fogón de casa de la señora Celedonia, están varias mujeres. Unas fumando candela para adentro; otras amarrando hallacas que echan en la ventruda olla, donde hierven burbujeantes. El aire se satura de olor a guiso, a anisado. A ratos vienen ráfagas de las haciendas con perfumes extrañamente mezclados. La conversación es animada. Las mujeres lucen cintas y flores en los moños. Se sientan sobre el pilón, en cajones y sillas, algunas simplemente en cuclillas. Allí está la india Luisa, vestida de vivo verde, chacharera; la negra Teodora, perfumada de pompeya, con un rojo justán de flores amarillas y sus brazos morenos, libres entre los tiros de las enaguas; también Carmen Ramona y Altagracia, y otras muchachas quinceañeras, riendo estrepitosamente con los cuentos de

ma' Celedonia. Desde afuera llegan las voces aguardentosas de los hombres, en el patio donde repica el mina.

Las mozas preguntan por Deogracia, que no está en el grupo.

—¡Uhm!, ¡mucha! —dice una—; ¡ella ahora es mantuana!

—¿Olvidaría al pobre Emeterio?

—No seas pazguata, Dominga, —remachó la primera—; ahora no canta Juan Quiquí… sino otro…

—¿Se pue sabe?

—Gua!… ¿y eso es oculto, mujer de Dios?

Altagracia apagó la voz llevándose la palma de la mano a la boca y dijo:

—¡Con don Lui!…. Yo lo miro algunas veces, cuando ella va pa' el ahilao, pasiandito… ¡Y él se deja i, como que no quiere la cosa, más atrá!

—¡Esos viven, muje! ¡Uhm!

Hubo un silencio, donde se oía el resuello contenido de Teodora.

El tambor comenzaba a llamar a los bailadores. La noche exprimía su olor a jazmines de hacienda, a "dama de noche" y a fango burbujeante, revuelto por los sapos en los charcales.

—Y esa vagamunda —exclamó Teodora—; ¿no pudo buscá otro hombre?

—¿Quién saltó ma' Celedonia? ¿con Crisanto el taita? Afigúrese que Tereso gustó una ve de ella. ¡Ay! ¡Ma' vale que no, hijas! Crisanto s'tará pensando lo de Cico y Francisca!

La negra Teodora y Luisa rieron a mandíbula suelta. Pero las jóvenes se intrigaron

—¿Quién era ese Cico y esa Francisca, ma' Celedonia? ¡Cuéntenos!

La madre de Tereso guardó un ligero silencio. Ahora podía hablar. Su hijo y Ana estaban ya en Caracas, que a Tereso no le gustaba oirle contar sus "cosas" a Ana Rafaila. En fin, probó el punto de dulce de una olla de lechoza en melado hirviente, y luego de dejar la cuchara, comenzó:

—¡Pue m'hijas, sucede que Cico era muy flojo, pero requeteflojo! Pasaba los días acostado en el catre, sobándose la barriga, engordando como un cochino. Pa' eso Francisca y sus tres hijas trabajaban desde que amanecía dio'. Vivían en ese pilón, pila y pila; haciendo

arepas y arroz con dulce, jalando, atendiéndole al conuco pa' siquiera, tené el plátano. Las hijas hacían sus ventas; cafungas, pan cernío pa' los piones. Pero Cico no se movía del catre. No sabe que un día Francisca no aguantó más. Fue y le dijo; "¡Cico, hombre 'e Dio'!… ¡Anda, tumba un piazo, porque yo toy vieja y cansá!" Y él le dijo: "¡Sí hombre, mujé de Dio'! Mátame mañana una gallina y jazme unas hallaquitas, que voy a tumbá un piazo bueno". "¡Ay!, ¡qué bueno!", gritaron las hijas. Y así fue que Cico salió al día siguiente pa' su trabajo; pero lo que hizo fue acostase y dormí, ahí mismito tras el rancho. A medio día, se montó en una mata, y disfrazando la voz, llamó a la mujé: "¡Francisca! Francisca". "¿Qué jue?", respondió ella sin saber quién la llamaba. "Es Dio' que te habla Francisca; ¡es Papa Dio'!" "¿Y qué quié Papa Dio' conmigo, señó?" "Dio' quiere, Francisca, que le mandes tu hija mayor a Cico, pa' que la jaga su mujé!" "¿Cómo…? ¡Papa Dio'! ¿Usté quiere eso?" "¡Sí, Francisca, porque si no, les voy a mandá siete año de ruina, y se van a morí, tuiticos…! La pobre Francisca temblando, le mandó la hija mayor al pae… Al día siguiente, hizo lo mismo con la otra que le seguía; pero al tercer día, Francisca se puso maliciosa y siguió caminando pa' la mata donde jalló encaramao como el caguamo a Cico su marío… ¡Miren! La rabia y la indignación que le dio fue tanta, que lo maldijo asina: "¡Cico; tú ere un desgraciáo…! Permita Dio' ahora mismo que te güelvas una comejenera". Con la maldición, ¡ahí mismo se golvió comején, negro y duro como borra 'e café seco! ¡Denje entonces hay comején en los palos, mis hijas!

* * *

Mina

El tambor repicaba. Su gran voz era sonoramente ronca. Había ritmar de epilepsias en el aire, en las hojas. Los luceros oscilaban al son de su música diabólica. Su eco percutía en las hondonadas, retumbando como la risa, la carcajada jocunda de un dios loco. El tambor se metía en los huesos, en la sangre; reventaba los nervios; torcía los dorsos de los cuerpos frenéticos; cabrilleaba en los ojos desorbitados, en las manos apuñadas, en los pezones de las mujeres.

Gritos guturales, inarticulados, salvajes, subían a las gargantas sedientas de aguardiente.

La noche se poblaba de una intensa vaharada de deseo, de violencias amorosas sobre las cepas, y sobre el rugir del mina las voces de los cantores eran celo y reclamo; broma y rencor eróticos.

De todas partes llegaban gentes. Bailadores y espectadores se confundían sin saber cómo. De pronto los pies comenzaban a bailar y los danzarines eran ahora los que miraban a los otros cuando sentían cansancio. ¡La gran voz del viejo mina! Voz del ancestro congregado el clan. Voz misteriosa, que reclama su sangre africana, su resto de sangre africana perdida en los recovecos de las venas como vaga reminiscencia… Zambos, indios, mulatos, blancos y "bachacos", todos daban saltos, giraban, ¡gritaban!; abrazaban las cinturas huidizas; mordían como bestias en celo las nucas perfumadas de extractos baratos; acariciaban los senos duros o flojos; se les crecía la bemba y encrespaba el pelo. Vértigo, torbellino de polvo, gritos de los nervios retorcidos como serpientes en coito. El tambor repicaba y reía con su risa retumbante de dios loco! ¡Ay! El tambor parecía burlarse en la agonía sensual de todos los seres. En el torbellino de su música, caían como en un remolino, y luego no sabían sino bailar; rendir homenaje a la gran voz que venía del ancestro…

Y así como otros muchos, allí estaban Guaraco y Juana. Allí también Emeterio, el reclutado evadido de las haciendas del Trompillo; fugado de la peonada de Gómez, donde jalaba el monte al toque de las dianas y donde el sol quemaba, ardiente, como un planazo en las espaldas. Confundidos entre el mujerío y el revoloteo de los hombres en el solar, eran desconocidos.

Tras el templete del Santo, abría sus dos puertas la bodega de José Trinidad, vaciando sobre la multitud contorsionada luz de sus lámparas de carburo. José Trinidad no se alcanzaba vendiendo sus amargos, mientras Lino Bembetoyo despachaba grangerías y cigarros. Casi un susto se llevó Lino, cuando vio entrar, a fuerza de codazos entre el apretujamiento de hombres que llenaban la pulpería, a Emeterio. Más delgado, la tez enfermiza, la voz cansada, cortada por una tos de perro, el muchacho se abrazó a él. Cruzaron algunas palabras al oído. Emeterio se cubría con sombrero alón de fieltro y sus facciones pasaron desapercibidas para los demás.

—¿Y ella?

—La veo ahora muy poco; pero todos ellos deben estar aquí también. Al final del patio, se les preparó una enramada a los dueños y a los invitados distinguidos. Ahorita deben hallarse ahí, mirando el baile…

Emeterio salió de la pulpería. Al llegar junto al Santo, una mano dura lo detuvo por un brazo:

—¡Tú…! ¡Guaraco!

Emeterio le dijo algo en voz baja. El indio señaló primero hacia los árboles en sombra donde se percibían confusamente las siluetas de algunas bestias; luego, hacia el confín del solar, por sobre el bambolear de las cabezas de los bailadores.

—Ella tambié ta ahí, con la señorita. Ten cuidado pa' hablale…

—Y tú… ¿a qué viniste?

—¿Yo? —replicó el indio, descubriendo la dentadura picada, renegrida con una risita nerviosa—; es una promesa que tengo…

La voz de Guaraco vibró extrañamente en los oídos del muchacho, mas, su emoción era tanta por ver de nuevo a la mujer amada, que lo dejó sin despedirse, encaminándose a la enramada.

Pero Guaraco sabía qué "promesa" tenía que pagar… Apretado con la faja, contra las carnes, sentía la fría filosidad del liniero. Lo que había espalmado hasta la rabiza… Allí estaba el doctor… ¡Iba a saber cómo se fuñe a un hombre; cómo se le exprime el sudor y la sangre, para hacerlo pagar 150 pesos!…

El mina seguía riendo con su risa retumbante de dios loco…

XVII
Y ahora, este papel inesperado

Todo había sucedido con rapidez tan vertiginosa, que no atinaba a poner en orden sus pensamientos. La Nochebuena, esa amorosa y siniestra noche, grabó para siempre en su vida los más dulces y más terribles recuerdos que puede llevar en la conciencia un ser humano. Consuelo… ¡Ah! ¡Consuelo…! ¡Cómo esa noche, a la luz de las estrellas brillaban de lágrimas sus ojos; cómo su boca se abrió para dejar pasar una y repetidas veces su nombre! Cómo se sintió el hombre más poderoso y feliz, teniendo contra su pecho recio la morenez de sus cabellos, mientras sus dedos los acariciaban. Y todo sucedió inesperadamente. Un papelito de ella, que trajo su hermana: "Si no le es molestia, lo espero. Venga usted, que también sufro su aburrimiento. Tía y Luis, en el tambor. Su amiga, C…" Todo fue tan rápido, tan fugaz, que no se explicó qué impulso tan potente, superior a la voluntad, los arrojó a uno contra el otro, allí sentados junto a la ventana… Y pasada la primera impresión, apenas pudieron hablar de sus esperas, de sus silencios, perdidos ambos en conjeturas y contradicciones que destrozaban sus vidas. A ella,

haciéndola aceptar aquel compromiso absurdo; a él despreciar en ella el espíritu de esos “reyes del cacao” roídos de avaricia.

Después vinieron los encuentros furtivos en los desolados ranchos de los conucos. Siempre su hermana los acompañó en aquellos inefables paseos, él llevando entre su mano la suya; mirando hondo el infinito negro de sus ojos. Igual que la granada, fueron sus labios que exprimían en los de él la angustiosa delicia de lo inmenso…

Ahora este papel inesperado; este papel que apretaron sus manos con rabia y dolor…

> Pedro:
> Tres días sin verte y es para mí como hallarme privada de la luz del sol. Tía lo sabe. Ya considerarás su sorpresa, sus reproches, fruto de sus prejuicios de hacendada, como tú me dices. Pero te he defendido. He llorado, pero he llorado por ti… Nada me importará que me oculten a tus ojos. Pedro; nada importará que me lleven con ellos mañana. Te amo a ti, por sobre mi vida misma. Ven mañana al embarcadero. Nos despediremos desde lejos, pero nuestros corazones seguirán siempre juntos. Tuya, eterna, Consuelo.

—¡La Nochebuena! —murmuró Pedro amargamente, semiacostado sobre su lecho, el rostro descansando en una mano.

—¡Nochebuena!

Y era que esta exclamación lo resumía todo en su vida. Recordó cómo ese día, mientras los demás siguieron fieles a las tradiciones, él aprovechó la mañana luminosa y limpia, para internarse solo haciendas adentro, hasta llegar a la montaña. Y allí, en plena montaña, encontrar retazos de viejos conucos; restos de ranchos, un pilón aquí, allá una piedra de moler… “Un extraño, un turista cualquiera que por aquí venga —había dicho— se imaginará que el cacao o el plátano, los árboles frutales, se dan silvestres por estos sitios… Sin embargo, hace quizás veinte años que estos lugares fueron abandonados. Sus dueños, pobres nativos, oprimidos, asfixiados por los dueños de tierras; víctimas de la recluta, de los embrollos jurídicos; burros sin paga de los Zappa y de los Goyo, se fueron cualquier día hacia Caracas. Al menos allá, malviviendo, hallarían más tranquilidad que aquí malmuriendo, ni siquiera tenían ni sabían para qué

habían nacido". Recordó cómo al regreso a la anochecida, poblado el eco de los retumbos del mina, halló a su hermana con aquel dulce mensaje… ¡Consuelo! sus lágrimas. Su boca húmeda, tibia… Sus cabellos brunos y frescos desgajados entre sus manos. ¡Ah! Y contra su pecho sus senos palpitantes, su cuerpo envuelto en calurosa fragancia de claveles recién cortados…

Pedro exhaló un suspiro.

Afuera, el sol moría en tonalidades araguaneicas sobre las cabelleras grisáceas de los árboles. Algunos cerdos chasqueaban bajo las matas de mango, donde el fruto desprendido ofrecía su pulpa empalagosa y perfumada. Con el lejano rumor de las aguas del Tuy llegaban los gritos burlones de los enfinteadoros, pájaros sarcásticos de la noche.

—¡En fin…! ¡En fin, te quiero…!

Y el rugido eterno del río orquestaba un *Dies Irae* tremendo, al que respondía el susurro del terral entre la fronda.

Pedro levantó sus ojos hacia el cielo, donde parpadeaba el diamante de un lucero.

—¡Nochebuena negra! —dijo, al pensar que también aquella noche, en el callejón de la hacienda, cayó muerto de un machetazo el doctor Goyo. Nadie supo quién lo ultimó. Su cuerpo fue encontrado a un lado del camino, la cabeza ensangrentada pendiente del pellejo del cuello; el liniero lo trajo por el cogote, con la misma facilidad que una macolla de plátano… ¡La venganza comenzaba a cumplirse, inexorable, tremenda! Él mismo era instrumento de aquella fatalidad ciega, despertando el amor en el corazón de aquella orgullosa hija de hacendados y una víctima por eso mismo. Allí, al pie de un cerro, bajo un gamellón de tierra marcado con una cruz torcida, descansaba también el cuerpo de Emeterio… Fugado de las haciendas de Gómez y perseguido como un perro enfermo, murió a la madrugada de esa tremenda noche de San Juan, vomitando la sangre a chorros, musitando el nombre de su hermana, con un ruido gutural, ronco… ¡Vino por amor y murió por amor!

Y ahora, cuando un sueño imposible lo despertaba con los reflejos terribles de las tragedias irremediables, la beata silueta de aquella señora lo sacudía hasta la raíz de su vida, echándole en cara su origen; encenagándolo con su desprecio; con su burla de rica dueña:

¡Se llevaba a Consuelo…! ¡Se la llevaba, creyéndola libre! Creyendo salvarla de sus brazos para siempre.

"Nada importará que me lleven con ellos mañana. Te amo a ti, por sobre mi vida…"

¡Por sobre su vida misma!

En sus ojos se metió la noche, con sus mil ruidos y sus fugaces luces.

"¡Eres mía…! ¡Iré adonde quiera que vayas!"

Y el primer lucero de la noche se reflejó íntegro en una lágrima que no pudo atajar.

XVIII
Víspera

1928.

Diez años han pasado sobre Barlovento. Pedro Marasma ha vuelto a su terruño. Recorre las calles como agente comercial, luchando a brazo partido con la vida. Enterró a su padre, según sus últimos deseos, en aquellas queridas tierras de Pozo Frío, levantadas con su trabajo. Don Gisberto pasaba sus últimos años en el manicomio, víctima de la enagenación mental producida por el terrible golpe que sufriera: En sus ricas pertenencias, meses luego de la partida de doña Marta, desenterraron un parque de armas los secuaces de Aristimuño. Aquellos treinta máuseres viejos, catorce escopetas oxidadas y dos cajas de machetes, fueron prueba aplastante de su culpabilidad como enemigo del gobierno.

Cuando los esbirros del Prefecto fueron a hacerle preso, solo hallaron a un pobre viejo loco, bailando y riendo con el frenesí que pone en los seres la ronca voz del tambor.

En cuanto a su hermana, siempre orgullosa, dignamente llevaba el peso del infortunio en Caracas. Días adversos se atravesaron. Mariucha iba al taller a ganarse a fuerza de pedal sobre la máquina

el pan de ella y de su tía. El sobrino Luis terminó casándose con la hija de Marasma. Pedro lo obligó a honrar a su hermana, a raíz misma de haber abortado un feto monstruoso cubierto de pelos…

De Consuelo nada sabía ahora. Ella se había casado con el hijo de una distinguida familia, agregado civil de una legación venezolana en el exterior. Era la única esperanza de los Sarabia: el regreso de Consuelo y su rico esposo. Pero ya Consuelo no existía para Pedro. ¡El sino fatal se había cumplido también en su propia conciencia!

* * *

Ahora recorría de nuevo los viejos caminos, aquellos hondones del recuerdo perdidos entre las ruinas de los ranchos y de los pueblos abandonados. Allí, en la paz de las haciendas, los hijos de la tierra seguían gibados bajo los sacos, bregando de sol a sol sobre los barbacoales rebeldes; alegrando sus vidas oscuras con aguardiente y tambor. La fulía en la boca de las mujeres, el mina, el carángano, el cuatro y la “grande” no dejarán de cantar como no dejan de correr y cantar el río y los pájaros. Y aún sobrará tiempo para darle el último beso a la tierra…

* * *

Barlovento es la sombra del abuelo que deambula y se retuerce bajo los viejos troncos. Es el espíritu que enciende su fogata en los solares; es el pañuelo rojo de la recogedora que baila y el grito herido del peón que tumba el fruto. Es eso y mucho más:

El dinero acumulado en los bancos; la quinta en la urbanización; el último carro lujoso donde pasea la niña bien que conquistó tres novios; la borla doctoral y el viaje al exterior. Es eso y mucho más…

* * *

Whisky, *dancing*, *tennis* y elegancia. Toda la historia de una sociedad.

El paisaje y las costumbres saturan la curiosidad del turista que olvidó su ascendencia y la sombra de un ave fatídica aletea sobre el cielo de la noche eterna que arropa a Barlovento como un sudario de muerte. Y esta voz desesperada del abuelo nadie la oye. Se la siente en las venas, obediente al llamado del ancestro, perdida en las noches de la herencia. Es la voz desconocida que todos han negado tres veces…

El tambor es la cruz del Cristo negro.

* * *

Nochebuena negra esta, llena del perfume de las flores y las charcas en las haciendas, cuerpo y espíritu, dolor y canto que encienden su fogata en los solares.

¡Nochebuena negra! Víspera de un día mejor. Cuando los hombres sean buenos y se siembren como árboles. Entonces serán largas las cosechas y el hombre dejará de ser una C, bajo los preñados sacos.

* * *

¡Nochebuena negra, víspera de un día de lluvia, cuando haya un rumor de aguas que corren cañaote abajo y el sol prenda bambalinas verdes al peinado de los árboles!

Entonces los pezones rojos del cacao madurarán. ..

* * *

Escrita en Curiepe, en el año de 1930.

Glosario

A

ALCAZADA. Manjar de masa de maíz fermentado, aromatizada con pimienta dulce.

AMBILAR. De ambil, brea. Embromar o perjudicar a alguna persona.

ANTIQUINA. Quiere decir: Así mismo.

AZARIENTO. De azar. En Barlovento se refiere a hombre peligroso, alevoso.

ARRIERITA. Voraz sardina del río.

ARUCO. Ave fabulosa de la montaña que los campesinos tienen como encarnación misma de los espíritus infernales. Dicen que quien la oye cantar, queda loco.

B

BIRRIONDO. Animal en celo.

BOCAFRÍA. Toda culebra venenosa.

BABAS. Pequeño saurio de los caños, lagunas y ríos.

C

CALIGÜEBA. Tarantera, epilepsia.

CAFUNGA. Bollo de cambur y coco envuelto en hojas de banano.

CANFINFIA. Rebullicio, alboroto.

CARAMÚO. (Caramudo). Refiriéndose a cornamenta. Venado.

CARÁNGANO. Instrumento elaborado con una palma de coco, maracas o bambú.

CATAMITA. Hecho aparente. Farsa.

CÓCORA. Idea supersticiosa. Recelo, temor.

COTARA. Gallina de monte.

CULEPUYA. Tambor.

CURVETA. Tambor acompañante del mina.

COTÚA. Ave anfibia. Abunda mucho en los caños y ríos.

CH

CHIGÜICHIGÜI. Diminuta gaviota del río.

E

ENFINTEADORO. Pájaro montañero, cuyos gorjeos imitan la palabra con que popularmente se le menciona.

F

FUÑIR. Lo mismo que ambilar.

G

GUARALIAR. Del lenguaje de los pescadores. Echar cordel al pez. Dejar correr las cosas.

GUARANDINGA. Zaperoco, rebullicio.

GUATANERO. Hombre que en las excursiones de caza y pesca, recoge las piezas cobradas.

J

JALAR. (Halar) Rozar, cortar el monte.
JANIJANI. Lo que se vuelve flojo, pudre y deshace.
JECHO. (Hecho). Que está hecho.
JUSTANZÓN. Pustanzón.
JACIO, JACIÍTO. Hacer un lugar al tiempo.
JOCHAR. Apurar, incitar.

L

LAURES. Esta palabra proviene seguramente de laudes. Llámase así a los palos con que acompañan golpeando la madera del tambor en los bailes de San Juan.
LEMBE. Golpe de mano abierta sobre la nuca.
LINIERO. Machete rozador.

M

MACÁN, MACANEO. Baile desenfrenado, loco. Dícese de lo hecho a la carrera.
MALABÍ, MATICÚ, LAMBÍ. La verdadera significación de estas palabras nos es desconocida. En 1918 las oímos de los labios de la anciana M.J. S., que murió a la edad de 120 años en la misma época, y nos contaba que a ella "la enviaron de cuelga, con una tarjeta y un arete de oro a la familia A…", ingleses de la colonia que vivieron en Barlovento. Dicha anciana pronunciaba tales frases en los momentos de peligro, como tempestades y temblores de tierra; cuando aullaban los perros, moría súbitamente un ave en el corral o cantaba el chaure. Por eso las ponemos aquí como un conjuro a los malos espíritus.
MALEMBE. Pasaje del toque del tambor, un poco más ligero que lo corriente.
MAZAMORRA. Atole de maíz o plátano.

MATACÁN. Venado fabuloso que los cazadores dicen que es el diablo mismo.

MINA. El tambor más grande.

MOCHOROCO. Pez del río.

P

PAGAY. Patrón de bongo de los ríos.

PAGUARA. Machete rozador. En otras partes taguara.

PASO DE VARA. Acción de tumbar las mazorcas del cacao con la vara del gancho.

PERRENDENGUE. o perro sucio. El Diablo.

PICHE. Lo descompuesto o fermentado.

PICHAGUA. Variedad de totuma.

PINTÓN. Plátano maduro. Se le dice “pintón con ñema” a cualquier baile o parranda en Barlovento.

PINAZO. Puñetazo.

PUYÓN. Zancudo grande.

PILAR CUCÚ. Onomatopeya para designar ciertas variaciones en el canto de los arrendajos.

Q

QUERESA. Pus.

QUICHIMBA. Tambor tocado en cuclillas.

QUIZANDA. Uva roja montañera, muy dulce.

R

RELAFICA. Palabrería.

REQUENETO. Hombre pequeño y grueso.

ROTABATIA. Repentinamente.

RULE. Papelón.

S

SALAO. (Salado). Carne en la comida. Mujer buena.
SANGUIAR. Solicitar, buscar, escoger.

T

TARITARI. Bachaco rojo.
TOLOTE. Variaciones del canto del tambor.
TOTUMEO. Imaginar, pensar.
TEQUICHE. Manjar de maíz.
TRASMALLO. Red grande de pescar.
TUCUTUCO. Trapiche rudimentario de madera, movido a mano. Usado en las casas de campo para extraer el guarapo de caña.
TUNGANO. Túnico.

V

VIEJITA. Pequeña serpiente venenosa.
VOLANTÓN. Hombre volantón, ágil. Guapo y alevoso.
VERRAQUEAR. Modismo acostumbrado en Barlovento. En Venezuela llaman verraco un árbol de las familias de las apocináceas. Según el Dr. Lisandro Alvarado: "Glosarios del Bajo Español en Venezuela".

Índice

Edición digital
diciembre de 2016
Caracas - Venezuela.



Uno de los méritos principales de este libro es el lenguaje. Sojo crea su despliegue metafórico con los elementos telúricos y vegetales de la fauna y la flora barloventeñas. Y en esa imaginería se confunden o se reflejan mutuamente la fruta del cacao y el sexo femenino. Un soplo de erotismo exasperado mantiene en vilo a gran parte de los actores de esta ***Nochebuena negra*** y Juan Pablo Sojo no atenúa giros y expresiones que describan los encuentros sensuales en los campos, los ranchos abandonados y los rincones de las casas. Se puede decir que el sexo y la naturaleza campean en esta novela y conturban con sus manifestaciones la vida de los hombres y mujeres que laboran, cantan y bailan, celebran sus ritos, atienden a sus quehaceres y cumplen con sus obligaciones o las evaden. La sensualidad y el lirismo alientan ese lenguaje mestizo y negro, sabroso, flexible, telúrico, de Juan Pablo Sojo.



Gobierno Bolivariano de Venezuela | Ministerio del Poder Popular para la Cultura

Feliz Navidad 2016